

PABLO NEMIROVSKY

Del Otro Lado del Otro Lado



milena caserola

PABLO NEMIROVSKY
Del otro lado del otro lado.
1a ed. milena paris, milena caserola, 2012
150p. ; 14,5x20,5 cm.

I.S.B.N 978-987-1583-30-0

1. Novela

Contacto con el autor: pablonelemirovsky@gmail.com

Página de escritores independientes: www.elasunto.com.ar

Todos los izquierdos están reservados, sino remítanse a la lista de libros censurados en las distintas dictaduras y democracias.
Por lo que privar a alguien de *quemar* un libro a la luz de una fotocopiadora es promover la *desaparición* de lectores.

Arte de tapa y chucrut: Cristian Forte / Milena Berlin

Corrección, ojo biónico y pinceladas: Melisa Wortman /
Chanchajistán / meliwortman@gmail.com

Edición: Matías Reck
www.milenacaserola.blogspot.com

Del Otro Lado del Otro Lado

1 Del otro lado...

Encandilado a causa del repentino resplandor, el Negro Hansen, cuando el capitán le quitó por primera vez la capucha, sintió que la luz le entraba no solo por los ojos, sino también por todos los poros del cuerpo. Aunque cerrara y apretara bien los párpados poniendo sus manos entreveradas a modo de filtro, la tenue luz de la lamparita de cuarenta vatios le atravesaba todo su ser, lo hería, lo ahogaba, lo quemaba.

Ya en los últimos días, encapuchado, Hansen lograba mal que mal aceptar la obligada oscuridad como una fatalidad. Incluso, hasta podía encontrarle el lado positivo, en cuanto el dolor le daba tregua, y menguaban las malditas náuseas, intentaba Hansen concentrarse en sí mismo, respirar hondo, relajarse, aflojar las mandíbulas, soltar los puños, y entonces sí, lo aliviaba un poco imaginar la luz y los colores. El primero que lograba visualizar era el anaranjado, después venían el violeta, el verde y el azul. Por alguna misteriosa razón le costaba mucho imaginar el rojo; invariablemente, los colores se le aparecían en forma de nubes monocromas.

A menudo, en cautiverio, recordaba la partida hacia el otro lado: salieron una noche de noviembre para París, sin decir agua va, el Negro Hansen junto a Bargas y al Gordo Suñé; a pesar de la angustia que les causaba a todos el hecho de dar ese tal vez irreversible salto, fue un momento risueño; no partieron desde Ezeiza para evitar riesgos, sino desde el aeropuerto de Montevideo, dejando todo y nada del otro lado del río, de ese río que parecía mirarlos y protestarles, con marrones olitas salpiconas y destortaladas.

—Llora el río, Bargas —dijo el Negro poniendo la voz muy grave, como para imitar lo que según él era el modo de hablar uruguayo— si no existe ya ese tango, habría que inventarlo: mientras acá lo dejamos, llora su oscura miseria, mientras allá lo dejamos, llora su oscuro rencor... Algún día volveremos, pero las aguas de este río no serán nunca verdes, ni azules, ni anaranjadas como en los sueños, sino siempre marrones, esas olas, no harán más que salpicarnos como garúa, este Río de la Plata, pretende ser mar, pretende ser mar a mares, pero río siempre será.

El incipiente verano se hacía sentir ya, pero una densa e insólita neblina, como un manto de medusas, cubría la ciudad de Montevideo.

El Gordo Suñé, quien conocía un poco el Uruguay por haber pasado una semana en casa de sus primos, fanfaroneaba diciendo que la mejor cazuela de mariscos que existía en el mundo se comía en ese país, haciendo caso omiso de lo que todo el mundo sabía perfectamente: era esa la primera vez en su vida que comía dicha cazuela. Al Negro Hansen lo que más le gustó no fue tanto la cazuela en sí, sino sobre todo la palabra *cazuela*. Quién sabe por qué, le resultaba vistosa, pintoresca; le recordaba tiempos lejanos en los que las palabras aún podían provocarle una magia inesperada, como sucedió cuando oyó un ocho de octubre, en boca de Bargas, la palabra *oxímoron*, había algo en esa palabra que lo llenaba de regocijo, no sabía muy bien por qué, pero lo exaltaba, *oxímoron*, resonaba para él, feliz como un arpa al viento, como un acorde perfecto mayor; la X lucía cual noble escudo, y sus cuatro sílabas lo encaminaban una y otra vez hacia una incansable búsqueda, hacia un impetuoso acecho para con las palabras mágicas, aquellas como las que ya de adolescente lo habían fascinado, (tales como) la palabra *aguinaldo* (el padre del Negro Hansen hablaba constantemente de *aguinaldos*, sin que el Negro llegara a entender, ni

por asomo, lo que aquello significaba), ni qué hablar de la palabra *testaferro*, *demagogo*, o *coyuntura*; “algún día —pensaba ya en ese entonces— utilizaré también yo las palabras de cuatro sílabas, con muchas equis, eñes, diéresis y demás ornamentos. Y si un día consiguiera atravesar el Charco y desembarcar en París —pensaba quizás premonitoriamente— lo primero que haría sería escribir y declamar a los cuatro vientos por las calles y avenidas parisinas, palabras con acentos circunflejos, sí, sí, montones de acentos circunflejos, como los que lucen en los libros de Diderot, aunque no sepa bien ni dónde se ponen ni para qué sirven, los usaré a destajo...”

El Negro volvió a recordar por enésima vez en su interminable cautiverio aquella noche montevideana, luchando encarnizadamente contra los crustáceos, los cuales parecían resistirse a ser deglutidos y querer desbordar del plato a toda costa. Un par de horas antes de la partida, el Negro se había jurado: “Tengo que grabar este momento para siempre en mi memoria”... Recordó Hansen al otro Hansen, a ese que quería recordar, que debía recordar. La memoria y su correlativo miedo a perderla se habían vuelto para él una obsesión desde el momento mismo en que decidieron dejar Buenos Aires y atravesar primero el río y luego el océano. Así fue como aquella noche, última noche en el Sur, lo acompañó siempre, tanto en el exilio como en el encierro. El olor del río, las olitas marrones y saltonas burlándose del mar, el color plomizo del cielo al atardecer, esa insólita neblina, todo eso quedó marcando para siempre su vida como un tatuaje. El río fue parte de todo esto que ya es historia y sin embargo presente: Bargas, el Gordo Suñé y el Negro Hansen, los tres a sus orillas, ya como un primer paso, como un osado saltito antes del inminente salto al vacío, hacia *el otro lado*.

Seguramente que la cosa iba a dar para largo. “Si guardo una imagen nítida del lado de acá, será esta misma: tengo que grabarla con todos sus detalles en mi memoria para poder evocarla durante mi ausencia, aunque esta neblina pretenda impedirlo; de esa manera, cuando esté del otro lado, podré estar del otro lado, o sea de este...”

Había que acostumbrarse ya desde ese anochecer de Montevideo a los nuevos pasaportes, como habría que acostumbrarse del otro lado a los nuevos crepúsculos, a las cuatro estaciones enrocadas, al invierno en verano, a la mostaza que hacía caer las lágrimas y arder el paladar, según decires del Colorado Tristán, pionero de la banda de oximoristas en desembarcar, o como decía Bargas en desenavionar en el viejo continente, el cual sería para el Negro, para Bargas y para el Gordo, más bien el nuevo continente.

El Colorado Tristán fue el primero en salir. En ese entonces, poco tiempo antes de irse del país, le había agarrado el berretín del “metafulbo”. Pretendía aunar en la *praxis* la fe pagana del creyente en la *Res futbolística* con las más sibilinas tesis metafísicas cartesianas. El resultado era de lo más sorprendente. Tristán sabía salir de noche por las callejitas del barrio con una carbonilla en la mano para escribir sobre las paredes frases emblemáticas de su *metafulbo* tales como: ¡Soy de Boca, ergo existo!, ¡El ser de Boca determina mi conciencia!, ¡Boca, y solo Boca, para no morir a causa de la verdad!, ¡Nietszche y Boca, un solo corazón!, “Así será, y en este orden, *ad vitam aeternam*” —solía declamar— “¡Existo sí, lucho sí, pero por sobre todas las cosas, soy de Boca!”.

Eran esos los primeros esbozos de la veta metafutbolística del oximorismo, más tarde conceptualizado por Bargas, (si se pudiera definir como concepto a aquella nebulosa de vagas intuiciones elaboradas por Bargas).

Algunos meses antes de la partida del Negro, del Gordo y de Bargas, cuando el Colorado Tristán percibió al

patrullero, recién acababa de terminar una de sus primeras pintadas metafulbísticas. En un primer momento quedó como petrificado, mas luego pensó que lo mejor sería escabullirse, y así lo hizo, caminando rápido; sabía que empezar a correr sería como deschavarse, una especie de reconocimiento de culpa que terminaría por cavarle su propia fosa. Por eso evitó, a pesar del pánico, huir de tal forma. Arrojó por la alcantarilla el carbón y apuró el paso mirando el reloj, como quien recuerda una cita importante con una hora de atraso. Al advertir que estaba abierta la reja del primer zaguán aprovechó y se metió de prepo, se escondió pegadito al muro, detrás del ligustro, al tiempo que percibió en el bronce del portero eléctrico de la lujosa entrada marmórea, el reflejo de las luces del patrullero que se acercaba lentamente. No supo si fue a causa del miedo de haber sido visto, o acaso para justificar *a posteriori* su intromisión frente al muchacho de pelo rapado y consecuente cara de policía que salía en ese momento del edificio, el hecho es que, movido por un impulso irrefrenable, se dio a regar los ligustros con abundante y espumoso orín, al tiempo que se disculpaba frente al muchacho que salía.

—Es la birra, qué se le va a hacer...

El muchacho morrudo, de unos treinta años, lo miró con cara de asco.

—Te vi desde la ventana pintarrajear con el carboncito, flaco. ¡Menos mal que sos de Boca, si no, te denunciaba sin aviso! Si te llego a ver de vuelta por el barrio, te aseguro que no contás el cuento. ¡Y no te me hagás el gil, que con esa pelambre de fosforito encendido te voy a reconocer a la legua!

El tipo rapado siguió su camino y el patrullero desapareció en la noche.

Una vez en su aposento, el susto persistía aún, al punto que el Colorado Tristán no conseguía pegar ojo, la imagen del patrullero junto a la del tipo con pinta de policía se le hacía omnipresente e insopportable. Era menester retomar la

calma, olvidar el incidente que, después de todo, no había sido tan grave. Al cabo de un largo rato consiguió al fin olvidar el miedo alcanzando un profundo sueño... Algunas horas más tarde, el timbre del teléfono retumbó en el silencio, a esa hora extraña en que es demasiado claro para ser de noche pero demasiado oscuro para ser de día. Despertó sobresaltado y tropezando con cuanto mueble u objeto se le atravesara por el camino llegó al fondo del pasillo y descolgó el tubo casi temblando. Todavía más dormido que despierto, quiso decir "hola", pero su voz no respondía, le salió penosamente solo una mezcla de tos y carraspeo. Esperaba encontrar del otro lado la voz del muchacho rapado, exigiéndole largarse del barrio; en medio del barullo que hacía el cable del teléfono reconoció la cálida voz de la tía Ruth, quien lo llamaba desde París, en donde ejercía desde hacía más de diez años como psicoanalista. El Colorado retomó de a poco sus cabales y le contó lo sucedido para desahogarse. Bargas le había recomendado evitar las conversaciones comprometidas por teléfono, pero Tristán juzgó improbable la posibilidad de que alguien se tomara la molestia de escuchar su conversación con la tía Ruth. Además, no había dicho nada demasiado comprometido, puesto que ni siquiera Ruth entendió por qué se sentía Tristán tan acosado.

—Tristán, dejate de embromar con esas pintadas y venite para acá, si querés darle un cauce interesante a tu vida. Te consigo trabajo, podrás vivir de la carbonilla, te bastará con instalar un puestito en Montmartre y te aseguro que te ganarás la vida con dos o tres retratos que hagas cada día, no te hace falta ser un Picasso, ni mucho menos, no te harás tampoco millonario, pero el pan y el vino no te van a faltar, Tristán, podés también, si te viene bien, dormir los primeros meses en casa, hasta que te empiece a funcionar la cosa. Además, si querés seguir elaborando teorías metafulbísticas, o como se llamen, acá podrás hacerlo sin miedo. Incluso, después de la jornada en Montmartre que te permi-

tirá el sustento, como ya te dije, podrás salir a escribir cuanta locura se te ocurra por las paredes de mi barrio, y si por ventura se te cruza un policía, seguro que te pedirá disculpas al interrumpirte en tan noble tarea. Tarde o temprano tus amigos oximoristas cruzarán también el Charco y no te sentirás solo. ¡Venite Tristán, dejate de joder!

Primero fueron los ruidos del cable que le impidieron oír lo que decía la ya lejanísima tía Ruth, luego fue el intermitente y triste sonido del teléfono ocupado. Al final, la tía Ruth se terminó de ir por esos cables telefónicos, “por esos cables de Dios” que, según decía Bargas, atravesaban el océano.

Fue así como Tristán, quien a decir verdad no sentía tanto apego por el barrio, movido por el empuje de la tía Ruth y los consejos de Salvatore, decidió dejar Buenos Aires y marcharse para París, con un block de hojas canson y una docena de carbonillas en la maleta.

Al poco tiempo, el Tano Salvatore, como su nombre lo indica, se propuso salvarlos a todos, de la única manera que le pareció factible: sacándolos del país como fuera. ¿Sacarlos por qué, salvarlos de qué? Ni siquiera él lo sabía, las aguas del río estaban más turbias que nunca.

—Al llegar a Buenos Aires, tenés que mirar siempre las aguas del río ¡El río no miente! —le había dicho una joven gitana en Retiro.

Ni le leyó la mano, ni le pidió dinero, con lo cual el presagio de la gitanilla pasó a ser axioma y palabra santa para el Tano, quien no pasaba un día sin asomarse al muelle para escrutar el color del río...

A las cinco de la tarde, hora en que todos los empleados del Consulado, desde el pibe de los mandados hasta el mismo cónsul, comienzan a agitarse como toros encerrados para salir del yugo lo antes posible, olvidando si fuera necesario todo trámite pendiente, Salvatore arañó de los armarios de su oficina, media docena de pasaportes prefabri-

cados, destinados en un principio a la familia Lungo. Salvatore fingió ante el cónsul italiano un error en los apellidos, que pasaron a ser de “Lungo” a “Longo”, puso entonces la mejor cara de circunstancia que pudo, ya que supuestamente reparar el error requería por lo menos una hora más, y tratándose a sí mismo de torpe dándoselo golpecitos en el pecho, le pegó un patadón a la papelera y desparramó los restos de legajos acumulados en su escritorio por el suelo de la oficina, así como los pasaportes en trámite. Luego del improperio, se desvivió en disculpas ante su jefe atónito, recogiendo todo a dos manos, mientras guardaba discretamente los pasaportes en los bolsillos de su elegante chaqueta amarilla. La mirada intrigada del cónsul no cejaba con las disculpas, pero el Tano Salvatore sospechaba que un acuerdo tácito se había establecido entre ambos, el guiño de ojos del cónsul fue tan fugaz que luego se preguntó Salvatore si había existido realmente. Su condición de foráneo le daba quizás cierta lucidez, hacía tan solo seis meses que vivía en Buenos Aires, y se veían venir horas sombrías.

Como primera medida, pensaba el Tano, había que convencer al Colorado Tristán que lo mejor para él sería rajarse, y no solo del barrio, aunque después del reciente susto aquello no resultaría difícil, el resto, la partida de Hansen, de Bargas y del Gordo Suñé, se daría de forma natural. El consejo de la gitanilla, sumado al evidente color sombrío del río, y de la vida en general, harían que el exilio de los oximoristas siguiera un cauce quizás tortuoso mas ineluctable.

Con los pasaportes truchos, los nombres de pila no habían cambiado, eran los mismos, pero no así los apellidos. Hasta la llegada a Europa, los tres oximoristas pasarían a ser hermanos, como por arte de magia: los hermanos Longo, “*i fratelli Longhi*”, bromeaba el Gordo imitando esta vez un supuesto acento italiano que más bien parecía polaco o ruso.

El Negro Hansen veía claramente, ahora en el recuerdo, al afable rostro del Gordo brindando en el restaurante.

—“*Lunga vita ai fratelli Longhi!*”

El rostro de Bargas se le aparecía también en el recuerdo, menos jovial que el del Gordo, como si vislumbrara ya que la cosa iba a dar para largo: un salto al vacío. Cuando Bargas sintió en los intersticios de las risas la llegada abrupta de la tristeza, pensó: “No debo mirar hacia atrás, como en el mito de Orfeo, o en el del Minotauro, o en el de Sísifo, o del Unicornio, o en qué sé yo qué mito, si miro hacia atrás me convertiré en estatua de sal, o me matarán de una pedrada, o me enceguecerá el Sol o la sal, o el Minotauro me encerrará en el laberinto...”

El gamulán del Gordo desentonaba con los atuendos veraniegos de Bargas, del Negro y del resto de los parroquianos del boliche.

—¡Sacate ese gamulán, Gordo! Siguiendo con las premisas de nuestro movimiento oximorista, ya tendremos mejores ocasiones de llamar la atención para pasar desapercibidos, pero eso será del otro lado, muchachos. Antes de cruzar el Charco, es menester por el momento que usemos los oxímoros con suma prudencia —dijo Bargas.

Probablemente, fuera del mozo gallego del bar Acuarium, en el cono Sur de América contábanse con los dedos de una sola mano quienes habían oído hablar del Movimiento Extremista Moderado y Oximorista, M.E.M.O.

—Es buena señal —argumentaba Bargas— eso muestra que nuestras ideas avanzan. Si no se habla de nosotros, si no nos conocen, eso significa que tampoco nos rechazan *a priori*, lo que es de por sí sumamente positivo.

El Gordo, para no contradecir a Bargas, se quitó el engorroso gamulán; no le cabía ni en el bolso ni en la maleta. Se vio obligado a acarrearlo, entonces, hasta la llegada al “otro lado”, como una sombra.

2...Del otro lado

Habían pasado ya varios meses, pero Bargas seguía sin comprender. Aquella mañana, lo que más lo había sorprendido del telegrama no era su contenido sino el color rojizo de los caracteres.

Eran casi las cinco de la tarde, una agradable modorra invadía su cuerpo, y sus manos, como ajena, acariciaban una vez más el insolente papel. El telegrama se fue convirtiendo poco a poco en una minúscula pelotita que Bargas dejó caer en la copa.

“La vida no es más que eso: una insignificante pelotita de papel ahogada en el alcohol”.

Del telegrama al Negro Hansen no había más que una sensación de ausencia, redonda y estrepitosa, “como la risa del Negro si me escuchara cantar” —pensó.

Bargas no pudo contener una inusitada pulsión lírica y cantó; cantó con voz de pecho (quizás fuera esa la primera vez en su vida en que cantara, y sin embargo las notas fluyan de su garganta como pájaros heridos): “...*la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser...*”

Atraída por los cánticos y vociferaciones de Bargas, hizo irrupción en el cuarto *Madame Duverneuil*, quien no se tomaba ya ni siquiera la molestia de golpear la puerta antes de entrar. Bargas la miró de arriba, casi con desprecio. Le fastidiaba esa condenada costumbre que se había otorgado de invadirlo constantemente sin el menor tapuzo.

“Maldito sea el día en que acepté dejarle las llaves”, se dijo.

“Solo para casos urgentes”, le había dicho *Madame Duverneuil*, y desde ese momento Bargas no pasaba un solo día sin su visita.

Se sintió acosado, por un lado *Madame Duverneuil* y por el otro el Negro Hansen, ambos entrando y saliendo de su vida con la desenvoltura de un delfín. Se veía como en un espejo empañado: un Bargas cansado, bostezando ostentosamente en las narices de *Madame Duverneuil*, desorientado y tambaleante, como en el centro de un *ring*.

—Si sigue así, Bargas, le va a pasar como a Michel, mi yerno. Él siempre sostuvo que el canto ahuyentaba las penas... Sus vecinos parecen no estar muy de acuerdo y han firmado una petición para echarlo del edificio.

—Los franceses son así, señora, no pierden la oportunidad de ofuscar al prójimo. ¡Su yerno no es más que una basurita en el gran carburador que es este país —agregó enfático, sin medir el alcance zahiriente de la metáfora!

— ¡Le aclaro, mi estimado inquilino, que mi yerno no es ninguna basurita, y si hay algo en este país que no carbura bien, es su propia cabeza, Bargas!

“*Madame Duverneuil* tiene razón” —pensó Bargas— “mi cabeza no carbura para nada, o lo que es peor: carbura demasiado”.

— ¡Su yerno *me ne frega un cazzo!* —gritó Bargas cerrando de un portazo.

Bajó corriendo las estrechas escaleras, saltando los peldaños de dos en dos. Afuera comenzaba ya a oscurecer.

Echó a correr por las calles de ese barrio que conocía palmo a palmo. Pateó la primera chapita que encontró en su camino y recordó su infancia en Buenos Aires.

Era casi un rito: todos los días de la semana, al salir con el Negro Hansen de la escuelita de Saavedra, caminaban juntos hacia Belgrano por Avenida del Tejar. Al cabo de un rato, se ponían a jugar al fútbol, a condición de que encontraran en el camino una chapita de Pepsi. Tenía que ser de Pepsi, las chapitas de Coca Cola o de Fanta no eran dignas de ser transformadas en pelota profesional número cinco. Eran capaces de distinguirlas de un solo vistazo a más de diez metros de distancia, el azul y grana de su tinte las hacía inconfundibles. Un guardapolvo y un portafolio delimitaban cada uno de los arcos y el cordón de la vereda representaba la pétrea frontera entre el siniestro y oscuro mundo de la *calle* (en donde el peligro se encarnaba en autos, colectivos, vigilantes y maestros) y el mundo de la *vereda* (territorio libre por excelencia, en el que la bicicleta y el monopatín eran aún dueños y señores).

A decir verdad, aquello que practicaban no era fútbol, el nombre de aquel singular deporte callejero era más precisamente pepsigol. Las reglas del juego eran sumamente estrictas: ganaba el que marcara el primer gol, los partidos no podían durar más de ocho minutos por reloj, si no al regresar a las casas se les podía armar la de San Quintín. Si la pelota-chapita (la chapelota) se les iba por la alcantarilla, perdía el último que la pateara, a condición que el futuro

supuesto ganador gritara “¡alcantarilla, alcantarilla!” y corriera tres veces de arco a arco, antes de que pasara por ahí algún auto o colectivo. Si el vehículo pasaba antes de las tres vueltas, el partido lo ganaba quien había mandado la chapita a la alcantarilla. A menos que se tratara de un taxi, en ese caso se declaraba empate.

Es por eso que ahora, tantos años después, en las calles de *Montmartre*, la chapita de Pepsi brillaba como una estrella; era un puente mágico de espacio y de tiempo, que lo llevaba por segunda vez en el día al Negro Hansen.

No eran aún las siete de la tarde pero ya la noche cerraba definitivamente sus negras fauces.

Al reconocer, pese a la oscuridad, los colores azul y grana de la chapita, Bargas se sintió crecer alas en los pies, y entre innumerables taquitos, bicicletas, chanfles y medialunas, se dio a gambetear ágilmente a los atónitos transeúntes.

— ¡Olé! ¡Olé! ¡Aquí está Bargas! ¡Atrévanse a sacarme la pelota!

Evidentemente nadie se la sacó, ni lo intentó siquiera: Bargas era el único rey y la chapelota su cetro.

“¡Alcantarilla pierde! ¡Alcantarilla pierde!”, volvía a gritar desde el recuerdo el Negro Hansen.

Con una destreza que rayaba ya con el virtuosismo, de un golpe seco de chanfle pasó la chapita del pie izquierdo al derecho, del derecho al izquierdo, la chapelota se elevaba a la altura de las rodillas y ahora pasaba de una rodilla a la otra y volvía a rodar por la canilla hasta el empeine; mientras tanto, intercalaba gritos con risotadas:

—¡Grande, Negro! ¡Grande! ¡Mirame!... ¡Pepsigol, Hansen! ¡No te vayas! ¡Pepsigol!

La nítida imagen del Negro Hansen comenzaba de a poco a desdibujarse, cuando en un último intento desesperado por mantener el dominio de la chapita, pegó Bargas resbalón tal que, de no aferrarse *in extremis* al farol, se hubiera ido por la alcantarilla con chapita y todo.

“¡Alcantarilla pierde! ¡Alcantarilla pierde!” Los gritos triunfales del Negro resonaban como campanazos en su cabeza. Bargas pensó en la posibilidad de recuperar la chapita del empedrado.

“Recuperando la chapita tal vez pueda recuperar al Negro”, pensó. Pero se dijo luego que aunque la chapita rescatada le hubiera devuelto al Negro, Bargas sabía con certeza que, a la larga, el Negro no se lo hubiera perdonado. Las reglas del juego eran sagradas: “¡alcantarilla pierde! ¡Pelito pa’ la vieja!”

En esas cavilaciones estaba cuando el Gordo Suñé apareció por la esquina de la *rue Lepic*: una vez más, Bargas había ganado y perdido al mismo tiempo la estéril batalla contra sí mismo.

Los primeros montículos de nieve pisoteada comenzaban a ensuciar las veredas. Al verse en mangas de camisa, Bargas se sintió ridículo. “Sin embargo, no tengo frío”, pensó.

—Aparentemente, la meteorología no debe ser tu punto fuerte —inquirió Suñé como en un reproche.

Bargas bajó los ojos como un niño travieso; del brazo del Gordo entraron al bar *Le Progrès*.

—¡Vladimir, dos *guignolets*! —pidió el Gordo sin consultarlo.

Bargas se sintió en confianza, protegido. Contó a su amigo lo sucedido: no lograba sacarse de encima la visión del cartero entregándole aquella mañana el telegrama rojizo, al Negro Hansen desapareciendo en el hoy para aparecer en el ayer, *Madame Duverneuil* al acecho de quién sabe qué... la incertidumbre... Por pudor no quiso evocar la chapita de Pepsi. “Sin embargo, el Gordo me entendería”, pensó aliviado.

— ¿Te das cuenta, Gordo, parece que al yerno de la *Madame Duverneuil* lo echaron del edificio? ¡Pretendía él que el canto alivia las penas!

—¡Barguitas, pichón! —repuso Suñé, palmeándolo afectuosamente— ¡Si el canto aliviara las penas, hace rato que yo sería Caruso!

Desde la caja, Vladimir los observaba asombrado. No recordaba haberlos visto reír ni una sola vez desde que decidieran hacer del bar *Le Progrès* el cuartel general del oximorismo.

Sola, en el desorden del cuarto de Bargas, *Madame Duverneuil* se recostó en el viejo tapiz turco que cubría en parte la no menos vieja alfombra azul, apoyó la cabeza en la guía telefónica que le hacía las veces de almohada y alcanzó a distinguir en la tabla de planchar, o “mesa de trabajo”, como la llamaba pomposamente Bargas, una pila descomunal de catálogos de pintura. Se incorporó luego lentamente haciendo crujir uno a uno los huesos de sus manos, como para cerciorarse de que estaba bien despierta. Tomó un catálogo al azar y leyó en voz alta: “Braulio Agnelli... la elegancia de sus líneas contrasta con la crudeza de sus temas...” Seguían algunas reproducciones de sus obras, tales como *Denso*, *La Puñalada* y *Adiós*. En la última página, se veía una acuarela sin título en la cual había garabateada una silla vacía, un violonchelo partido en dos y una gabardina gris colgada de un castaño.

“¡Y a esto le llaman pintura! —pensó.— ¡Este Bargas está cada día más chiflado! ¡Semejante grandulón juntando estos espantosos folletos como si fueran figuritas!”

Tomó otro de los catálogos y guardándoselo en el bolsillo de su delantal, salió cerrando la puerta con dos vueltas de llave.

Volvió a su habitación, sola como siempre. Puso la radio a todo lo que daba y gracias a un imánctito escondido tras la figura del perro Snoopy de plástico, colgó el catálogo que sacó de su delantal en la puerta de la heladera. Aprovechó de paso la ocasión para descorchar el vino blanco

y servirse un buen trago. Intentó, como de costumbre, ver su rostro reflejado en el cubito de hielo; no lo logró, vio tan solo una triste figura, parecidísima al Snoopy del imán, ancha y taciturna, con quien no tardó en sentirse identificada. Se asumió como un perro triste; pasaba sus días al acecho de las idas y venidas de su inquilino. Pero en lugar de lamerle los tobillos, su instinto la llevaba a morderlo y a gruñirle constantemente. Nadie podría quitarle a ella el placer de mordisquearla a diario, ni bien se le presentaba la menor ocasión.

En su tan oscuro como diminuto *atelier* del barrio *Kremlin Bicêtre*, Braulio sonreía, eufórico y orgulloso con su flamante decisión de pasar a una nueva etapa de su vida artística. Dejando de lado su autoproclamado estilo figurativo-testimonial, se ensañaba esta vez en plasmar, esa misma noche, una serie de “anaranjados puros” para el próximo *vernissage*. Los trazos eran espesos, casi circulares. A medida que avanzaba en la serie, el blanco de la tela ganaba terreno hasta llegar a la gota naranja, también circular, pero de apenas un centímetro. El resto del cuadro no era más que la tela blanca, immaculada. En los quince cuadros amontonados encima del sillón, la serie continuaba con la misma gota naranja cada vez más escondida en algún recoveco del cuadro, hasta que la otrora virginal tela comenzaba a sufrir la alteración de pequeños tajos, que se hacían mayores a medida que avanzaba la serie (que contaba ya con una treintena de cuadros). Los últimos ejemplares consistían, de hecho, en una tela enteramente deshilachada, en la que dentro de algún jirón se escondía la gota anaranjada. En una hoja en blanco, emprendió la enumeración y nominación de la lista de cuadros en la columna izquierda, mientras que en la columna de la derecha colocó la lista de precios correspondientes, el valor de cada cuadro de la serie naranja era directamente proporcional al número de tajos en la tela e inversamente proporcional al tamaño de la mancha. El último de la serie alcanzaba el precio de siete mil quinientos francos.

“¡Esto es lo que se llama conquistar Europa, llegó mi hora!”, pensó. “La soledad me cuesta cara, pero por fortuna compenso con la pintura. Si no fuera por el arte, más vale me hubiera quedado en Argentina. ¿Qué tengo yo que ver con las cosas que pasan por allá? Lo que allí sucede no lo sé ni me interesa saberlo, no, tan solo quiero pintar, plasmar mis vivencias en las telas, por lo demás hago de tripas corazón. ¿Cuál es mi lugar aquí, en esta ciudad que de luz no tiene más que el mote? ¿Cómo medir y espantar mi soledad si por acá mi única referencia es Bargas, qué digo Bargas, Bargas y los demás perdularios, quienes me huyen como si yo fuese la peste o Jack, el destripador? ¿No saben ellos que no soy ni blanco ni negro? ¿Ni bueno ni malo? Voy para donde me llevan las olas y los óleos. Lo cierto es que pintar aunque sean estos monocromos, o las diferentes representaciones de la ausencia, como la gabardina y el violonchelo hecho trizas de Hansen, me quita las náuseas. El médico ese de la Embajada me dijo que si quería sacarme de encima de una vez por todas las náuseas debía seguir adelante con la pintura y olvidarme del resto del mundo. Si bien el remedio funciona, creo que el médico se equivocó, las náuseas estas no me vienen de la culpa. ¿Por qué debería sentirme yo culpable? ¿Acaso no soy un gran artista? ¿Acaso no aporto yo una nueva visión del universo pasada por el tamiz de mi dolor? ¿Acaso mi dolor, fruto maduro de mi soledad, es menos agudo que el dolor que pueda provocar el vacío, ese que debe sentir Bargas, cuando este mismo vacío le va ganando terreno a la vida?”

“Te damos el salón —le había dicho el médico de la Embajada—, te facilitamos incluso la visita de unos cuantos empresarios que se mostrarán, dalo por cierto, Braulio, interesados en adquirir tus obras, no te pedimos nada a cambio, tan solo un poco de buena voluntad, esto es lo que aquí llaman un intercambio de buenos servicios, una colaboración entre vos y las instancias superiores. Mirá, pibe: con-

cretamente necesitamos saber cuáles son los movimientos que se preparan de acá para allá, es un problema de organización, imaginate que se avecinan eventos muy importantes. ¡Dale brillo, Braulio! ¡Dale lustre a tus pinturas, dale nomás que así ganamos todos! Por aquí se cuentan muchas historias, muchas pavadas que no hacen más que denigrar nuestra imagen en el exterior, si ganamos, ganamos todos, Braulio, pero si perdemos, perdés solo vos..."

—¿Pero qué quiere usted que yo haga, doctor? ¿Qué puedo hacer? ¿En qué puedo serle útil? Usted sabe que soy un artista, un verdadero artista, no como esos perdularios, pintores de pacotilla que pululan esbozando mamarrachos por la plaza de *Montmartre*, tal vez le parezca pretencioso, pero soy de aquellos artistas que con una pincelada podemos influir sobre el rumbo de las cosas —imploró Braulio con la esperanza de obtener del médico el salón de la Embajada tan solo a cambio de su pretendido talento.

—Una señora te va a contactar, no tenés que firmar nada, vos prepará tus cuadritos para la semana que viene. La exposición es un hecho, con el triunfo asegurado. En el microcosmos cultural parisino no se hablará más que de tu pintura, Braulio, les taparás la boca a los rotos artistas truchos *montmartrianos*. Eso sí, no te olvides de colaborar con las instancias superiores, a ver si te redactás un informecito acerca de los oximorones, o qué sé yo cómo carajo se llaman los tipos esos; bien detallado, Braulio, tanto de los que quedaron acá como de los que volvieron para ensuciar nuestra imagen; tampoco te olvides de los que tienen la intención de volverse al pago. Cuento con vos. ¡Chocá esos cinco!

Braulio extendió su mano tímidamente. Como patitos de hojalata en el *stand* de tiro de un parque de atracciones, uno a uno, los oximoristas giraron en su memoria. Sintió la mano fláccida del médico y una repentina náusea lo hizo salir disparando hacia el baño. Mientras luchaba contra las arcadas, oía la risa del médico, quien comentaba con la señora:

—Largamos el fin de semana que viene, abriremos de par en par las puertas de nuestra Embajada, seremos vitrina de una nueva era: ¡Argentina potencia! ¡Braulio Agnelli, pintor eterno! Vaya comprando el *champagne* y los *petits fours*, doña Elsa, que la Embajada “*se vestirá de fiesta...* —y prosiguió cantando en una burda imitación de Carlos Gardel—... *¡con su mejor color!*”

—Gordo, ¿te puedo pedir un favor? —preguntó Bargas vaciando de un trago el resto de *guignolet* y alzando luego la copa vacía hacia el campo de visión del camarero Vladimir, pretendiendo con ello renovar su contenido.

—Bargas, ¡tus deseos son órdenes! —contestó el Gordo.

—¿Nos podés dejar solos?

—¿Solos? ¿A quiénes?

—A mí y a mi conciencia...

Siguió un largo silencio, Bargas se sintió obligado a darle explicaciones, las palabras le salían con dificultad, casi tartamudeaba.

—Vos sabés cómo es ella, Gordo, no me da respiro; conviven en mí un Bargas inconciencia-edén, despreocupado y bohemio, con otro Bargas malhumorado y hosco, conciencia-remordimiento. Hay dos Bargas en uno, sabés, como los chicles Adams, mejor dicho: peor aún, hay cuatro Bargas en dos como dos chicles Adams unidos, pegados como con chicle... y entre tanto Bargas, que Bargas de aquí, que Bargas de allá, finalmente me siento... ¿cómo te explico?... ¡embargado! ¡Eso mismo, me siento embargado! —gritó Bargas ante las miradas atónitas de los parroquianos.

—Mirá, Barguitas, si vos a causa de tu conciencia te sentís embargado, yo entonces a causa de la mía me tendría que sentir engordado, lo cual no es precisamente lo que me recomendó el médico. Esta contradicción, como te podrás imaginar —agregó Suñé—, me crea a su vez un grave problema de conciencia-remordimiento, como vos decís, que me

lleva a su vez a engordar nuevamente, y aunque todavía me queda suficiente margen para hacerle honor a mi oximorístico apodo —dijo palpando su liso vientre—, es cierto que el médico me insistió para que bajara el colesterol.

Dejó Vladimir sobre la mesa el nuevo *guignolet*, que Bargas comenzó a ingurgitar mientras proseguía su tesis, ayudado por la precaria lucidez que le procuraba el alcohol.

—Mirá, Gordo, la civilización judeocristiana, en veinte siglos de existencia, lo único que supo inventar fue el huevo de Pascua. Tuvo al alcance de la mano la prueba de la existencia de Dios (y no la perogrullada de San Anselmo), pero no supo verla. Convencete, Gordo, Dios existe y aunque tan solo soy un pobre bípedo implume, te lo puedo demostrar —agregó Bargas— con mi teoría apócrifa acerca de la diciembricidad de Cristo.

Volvió a alzar una vez más la copa ya vacía pero, temeroso del efecto del *guignolet*, Vladimir no se daba por aludido.

—Bueno, Bargas, ¡largá el rollo de una vez! ¿En qué diablos consiste tu bendita teoría?

—Es muy sencillo, Gordo, te lo explicaré platónicamente, es decir: aplicando la dialéctica socrática, para favorecer el proceso de *gnosis deductiva* ¡en manifiesta contradicción con el cartesianismo de barrio que anima tu mosquiforme cerebro, y la progenitora que te dio a luz, carajo!

—Creo que la teología no es tu punto fuerte. Tu teoría de la diciembridad, cantásela mejor a Gardel.

—El Zorzal Criollo nada tiene que ver en esta historia, además, no se dice diciembridad, sino diciembricidad. ¿Queda claro? Y ahora contestame, Suñé: ¿podrías decirme exactamente en qué día nació Jesucristo?

—Si mal no recuerdo —ironizó el Gordo— fue el 24 de diciembre...

—¿Y me podrías precisar de qué año? —el Gordo Suñé se rascó el barbijo, como siempre que lo visitaba la perplejidad—

dad, finalmente respondió a desgano, aceptando por anticipado el triunfo sofístico de Bargas.

—Debo admitir que fue en el año uno antes de Cristo, puesto que la era cristiana debería empezar el primero de enero, aunque más no sea para justificar *a posteriori* a las huestes pletóricas de vendedores de almanaques, que tanto abundan en esta ciudad.

—¡Por ahí cantaba Garay! ¡Te *infragué pescanti*, Gordo! —gritó Bargas triunfal. Faltaban exactamente siete días, para que entremos en el año uno después de Cristo; o sea y como acabás de reconocer: Cristo nació... antes de Cristo. *Ergo* concluimos: ¿quién es el único ser, capaz de Ser antes de Existir, o dicho de otra manera, capaz de nacer antes de nacer? La respuesta es obvia: *solum deus aeternum est*, carajo! ¿Qué te parece, Gordo?

—Bargas, querido, me parece que si te seguís entregando desenfrenadamente al libertino beberaje, en lugar de convertirte en el bípedo implume de Sócrates, te convertirás en un bíplume in pedo.

“El Gordo quizás tenga razón —pensó Bargas—, si Cristo nació antes de Cristo, eso significa que cuando el Niño Jesús abrió sus ojos al mundo, aún no había nacido, lo que daría lugar a serias dudas, en lo que atañe a su existencia, por lo menos desde un punto de vista semántico-cronológico”.

El Gordo Suñé se dio por vencido. Bargas estaba más allá de la lógica. Océanos aristotélicos los separan irremediablemente. Si A fuera igual a B, para Bargas habría solo una remota posibilidad de que B fuera igual a A. No solo ignoraba el carácter transitivo sino que, para colmo de males, le dejaba apenas una remota chance, de manera tal que su interlocutor perdiera incluso la certeza de saber que el sentido común habían abandonado por completo su razón. Si por ventura en alguna de las miles de batallas dialécticas a las que Bargas se lanzara triunfara el *sensus communem*, el

insecto omnipotente que en él dormita despertaría furioso, y con su espada cargada de sofismas descabellados, haría coincidir el mundo objetivo con el de su propia locura.

Suñé salió del bar, no sin antes pagar con un cheque sin fondos una asombrosa cantidad de *guignolets*, y en un gesto de incalculable ternura, quitarse el suéter violeta para depositarlo sobre los hombros de su amigo.

“¡Al fin solos!” —se dijo Bargas, utilizando el inevitable plural con el cual solía dirigirse a sí mismo cuando bebía más de la cuenta. El bar estaba casi desierto. Tras haber leído por enésima vez el cuadrito dentro del cual lucía como un pergamino el artículo 7356 inciso B de la reglamentación aplicable a bares y restaurantes de la República por la cual se prohibía la venta de bebidas alcohólicas a menores de dieciocho años, observó hasta el hastío los infaltables grabados, ofreciendo la visión de un patrón de café barbudo, convertido en linyera como consecuencia lógica e ineluctable del pecado de falsa generosidad vulgarmente llamado fianza. Cerró los ojos y volvió a penetrar en su bargolaberinto. El hilo de Ariadna le lastimaba el alma, había que hallarlo, asirlo.

Se entregó a la idea borgeana del laberinto: “Borges me tiende el hilo que me sacará (¿me sacará?), quién sabe, de este bargolaberinto”. Retomó, gracias a la irrupción de Borges, su teoría de la novelitud del Ser.

“Soy literatura pura, *ergo*, soy. Soy verso, soy libre, soy el sueño de Calderón. La mano de mi demiurgo me llevará hacia nuevos meandros, poco importa si sufro, si me transformo en minotauro, si alcanzo a asir el hilo de Ariadna, con tal de que sea yo *epistogénico*, alimento indispensable para hojas en blanco”.

Se sintió flojo, vacío y sin cuerpo. El aire viciado de la sala tenía ya la consistencia de sus propias manos. Estaba llegando de lleno a ese estado de *no-Ser* en el que sus

pensamientos pesaban más que cualquier parte de su cuerpo. "El infinitivo y el reflexivo pesan más que el pasado, el presente y el futuro. Me pesan mucho más en la mente que cuando están ya en el aire", solía decirle al Negro, cuando este se quejaba por la cantidad de verbos en modo infinitivo y reflexivo que Bargas introducía en cada frase.

—El infinitivo —decía Bargas— abarca mucho más que la idea. Es La Idea misma, sumada a todos los posibles que fueron, que serán, que podrán ser o que podrían haber sido. Por eso, una vez que los pensamientos se me aparecen, intento realizarlos. De esa manera, por lo menos una parte del infinito que existe en ellos, admitiendo que el infinito pueda dividirse en partes y que estas tengan un mínimo de consistencia, se evapora, aliviando así mi ser y mi conciencia.

Sacándolo del ensueño, y sin que Bargas lo solicite, Vladimir le trajo un café.

—¿Qué se hizo de aquel muchacho rubio que solía venir contigo? —inquirió Vladimir.

— ¿El Negro Hansen? El Negro Hansen se fue por los campos de Dios —replicó. Y pensó, "el Negro se hizo humo".

"¡Hacerse humo! —continuaba su elucubración en modo reflexivo—. El alma ha de presentarse en estado gaseoso, ha de ser humo, de esta manera será omnipresente, se expandirá con una cierta armonía y una dosis de azar hacia los cuatro puntos cardinales, que no han de ser cuatro sino infinitos. Tendría que estudiar científicamente el movimiento expansivo de los gases. Quién sabe encuentre allí el nexo misterioso entre la física y la metafísica. Imaginemos una teoría de los elementos ligada a la idea de Perfección: cuanto más sólida la materia (¿cuanto más apretujados estén los átomos? ¡Tendré que consultar al viejo Demócrito!), más nos alejamos de la idea de Perfección. El estado líquido, al igual que los ángeles en la cosmogonía griega, representa la transición entre el estado terrenal, perecedero y mutante con el

estado gaseoso, al mismo tiempo efímero y eterno, provisto de un mínimo de materia tangible, pequeño defecto que transforma la belleza en Perfección, como las disonancias en la obra de Bach. ¡Salve, átomos gaseosos! Ladrillitos de lo Bello, destinados a la construcción de nuestros sueños. ¿Hacerse humo?...” —siguió pensando, pero se detuvo sonriente al comprobar que aquella frase sonaba sumamente bíblica, como *levantarse y echarse a andar*, o *caminar sobre las aguas*. — “Hacerse humo, es lograr ser el mínimo de materia...”

La sombra de Braulio en el correo densificaba más aún el manto de preguntas sin respuesta que cubría el hueco dejado por la ausencia del Negro. Humo de un lado, sombra del otro. Humo y sombra, como dos caras de un eclipse de vida.

Bargas dejó el café intacto y decidió volver a su aposento. Mientras caminaba cuesta abajo por las escalinatas, anticipó *in mente* sus actividades venideras:

“Sentarme con la espalda pegadita al radiador; hojear los catálogos; sentirme Bargas por sobre todas las cosas; prepararme un puré de berenjenas; olvidar el telegrama; saltar hasta tocar el cielo raso con la punta de los dedos; pensar siempre en infinitivo; vendarme los ojos y jugar a ponerle la cola al chancho; escuchar a John Coltrane tocando *My favorite things* en Estocolmo; olvidar el telegrama; estudiar el gambito Evans; tomar una taza de mate cocido con el último resto de yerba; pensar en infinitivo; sentarme una vez más con la espalda bien pegadita al radiador; olvidar; olvidar el olvido...”

Ya en su cuarto, pasó Bargas de la serie infinitiva a la serie interrogativa: “¿Salir a la urbe? ¿A la mugre? ¿A la ubre? ¿A la lúgubre mugre de la ubre que cubre la urbe?... El Negro Hansen tenía razón cuando desde *el otro lado* decía: París es una gran teta, y el que no llora...”

Un dulce cosquilleo le anunciaba la inminente llegada de las lágrimas. “Honda y fugaz es la vida de las lágrimas, nacen para morir. Les doy vida y al mismo tiempo las mando al muere. Soy un demiurgo asesino.”

“¡Pucha que me estoy volviendo romántico! —se dijo— mejor salir, afrontar una vez más a la gran ciudad teta.”

La gabardina gris, aquella que antes de su partida el Negro Hansen olvidara en su cuarto, brillaba impávida en el respaldo de la única y desvencijada silla.

“¡Qué fácil es —pensó— ponerse la gabardina y protegerse de la lluvia! ¿Platón habrá conocido las gabardinas? ¡Los peripatéticos se deben haber mojado hasta el alma!... ¿Se estaría empapando Hansen, dondequiera que esté, sin su gabardina?”

Caminaba pisando los charcos y sentía el agua helada atravesar la suela de sus zapatos. “De esta forma se aprecia mucho más el calorcito de los bares” —pensaba.

Tomó por la *rue de Clignancourt* y se detuvo frente al correo, eran casi las siete, tiró a cara o cruz su última moneda, para decidir si entraba al bar o a la oficina de correos. Salió cruz, pero en lugar de ir al bar como lo había decidido la suerte, Bargas entró al correo.

“Quién sabe si un día de estos, jugándole una buena pulseada al destino, podré salir de una buena vez de este marasmo, desorientando a mis hados, manoteando la vida por el lado más frágil, y entonces sí, cuando ya todo parezca perdido, descubriré que soy tan solo el personaje de esta novela, que tal vez nunca haya sido escrita”.

Tan satisfecho estaba Bargas con su nueva teoría de la “novelitud” del ser, que tardó varios minutos en percatarse de que ya le había llegado el turno en la larga cola. Para colmo de males, en ese momento, olvidó por completo el motivo exacto de su presencia detrás del vidrio que lo separaba de la cincuentona erguida, cuya mirada punzante exigía inmediatas explicaciones.

Bargas atinó solo a balbucear vagas incoherencias acerca del color rojizo del telegrama del Negro Hansen, aunque ya ni siquiera estaba seguro del color del mismo, la duda era tal que tampoco sabía si el telegrama estuvo en sus manos. *Madame Duverneuil*, a esta altura del día, ya se habría inmiscuido en el cuarto, y sin duda alguna habría vaciado la papelera, menos en aras de ordenar que en el de hacerle sentir a Bargas su omnipresencia, un poco a la manera de un animal que orina a fines de marcar su territorio. Probablemente quedaría Bargas con la duda acerca de la existencia misma del telegrama, el cual en caso de haber existido, estaría ya paseando en los camiones verdes de la basura, esperando la fatal incineración quién sabe dónde. Pensó en el cuento de Julio Cortázar “Pérdida y recuperación del pelo”, en el cual un señor termina destrozando todo un edificio con el único propósito de recuperar un cabello perdido...

—Estimado señor —dijo la empleada, utilizando un tonito sobrador que sacó a Bargas de sus casillas. —Estamos en una oficina pública y no en un taller literario; nuestra empresa —acotó inflando los pechos ya de por sí prominentes—

tes, separados por un vistoso crucifijo dorado— no le dedica tiempo ni al coloreo, ni tampoco al perfumado de sus servicios. Nos limitamos, eso sí, a satisfacer a nuestra clientela. Fíjese, por ejemplo, en la señora que le sigue: ¡lleva un paquete lo suficientemente pesado como para que un caballero como usted le ceda el turno o por lo menos, le sostenga semejante paquete!

Herido en su amor propio, o más bien en su “odio propio” (tal como definía Bargas a ese incomparable peso mismo existencial que lo caracterizaba), arrebató de un tirón el bulto de la señora depositándolo al costado de la ventanilla y retomó el diálogo con la empleada cual si estuviera en familiar tertulia, ante la mirada impaciente de la señora del paquete, a la cual se le sumaba ya la de tres alemanes con cara de pocos amigos.

—Sabrá disculpar lo retórico de la pregunta, pero quisiera saber si usted es creyente. Me refiero por supuesto a Dios, porque a veces los símbolos engañan —dijo Bargas, mirando ostensiblemente el crucifijo, ubicado estratégicamente *in petto donae*, provocando así el rubor y la cólera de la empleada.

— ¡Sí, señor! Soy creyente. ¿Pero a usted qué diablos puede importarle que lo sea o no? Hasta nuevo aviso, el correo es una institución laica, respetuosa por demás de la libertad de culto.

—Es que quisiera mandarle un telegrama a Dios... o tal vez al Negro Hansen —semejante incoherencia salió de su boca sin previo aviso, nuevamente se sintió a la merced de un demiurgo que le dictaba el libreto.

En este punto, el único alemán que entendía francés, aliado circunstancialmente con la señora del paquete, recorría la oficina en busca de alguna autoridad capaz de echarlo a Bargas a las patadas, mientras que los otros dos alemanes se desvívan en impropios teutones. No era necesario poseer un perfecto dominio de la lengua de Goethe, para intuir el

sentido inhóspito de aquellos gruñidos.

—Sabrá disculparme, señor...

—Puede llamarle Bargas, nomás.

—Bueno, Bargas, si eso lo complace, ¿tendría usted la amabilidad de indicarme la dirección del destinatario de su telegrama? —preguntó esta vez con voz calma la empleada, tal vez inspirada en la sabiduría popular que preconiza la conveniencia de seguirle la corriente a los locos a fines de evitar problemas mayores, como si se hubiera dirigido a un cliente cualquiera y no a un Bargas con ojos desorbitados, al acecho de encontrar a Dios o algo que se le parezca, aunque más no sea a través de un pretérito y rojizo telegrama.

—Si lo supiera, señora, no estaría aquí, sino en el reino de los cielos, o por lo menos en algún vehículo que me acercara al Paraíso. ¡Fíjese en la guía telefónica! Si Dios existe, como infatigablemente intento demostrarlo y como además nos lo enseñó San Anselmo, ese Dios debería ser omnipresente, ya que la omnipresencia (fugazmente atravesó por su mente la imagen de *Madame Duverneuil* omnipresente y le hizo perder el hilo de su razonamiento, si podemos llamar hilo o razonamiento a “eso” que no era más que la manifestación del estado de “odio propio”, contra el cual no dejaba Bargas de luchar). — ¡Sí! —retomó Bargas—. La omnipresencia, o aunque más no sea la presencia, es uno de los atributos de la perfección. Por lo tanto la consabida presencia, como su nombre lo indica, resulta absolutamente incompatible con una inverosímil ausencia en una guía telefónica tan completa y eficaz como la vuestra.

—Mire, Burgos...

—Bargas, señora, Bargas...

—Bueno, Bargas, o como se llame, recapitulemos un poco —ahora empleaba un tono cálido y comprensivo, como si dijera: lo entiendo Bargas, y puedo ir más allá de sus palabras—. Pasando por alto sus absurdas pretensiones acerca

del supuesto color rojizo del telegrama, el señor Bargas nos exige, y cuando digo “nos”, hablo de nuestra institución...

Bargas notó que cada vez que la empleada pronunciaba la palabra “institución” se le iluminaban los ojos, como si tuviera que redimir a la humanidad entera con la densidad de aquel vocablo, hasta tal punto que Bargas barajaba ya la posibilidad de buscar a Dios dentro de La Institución, cosa que felizmente para la empleada descartó rápidamente, guiado menos por la razón que por una aversión visceral a todo tipo de institución y por el miedo a la empleada, que contaba ya con la simpatía incondicional de los alemanes.

—Nuestras guías —prosiguió la empleada— no son guías espirituales, sino la forma más simple que tenemos los ciudadanos para poder...

Creyendo divisar a Braulio, de quien temía algún oscuro vínculo con la Embajada argentina, y por ende con los servicios secretos, Bargas dejó a la empleada hablando sola en el momento en que la señora del paquete, asida fuertemente del brazo de uno de los alemanes, se acercaba a la ventanilla en compañía de quien, por su arrogancia, parecía ser una autoridad indiscutida en la oficina.

—¡Braulio, quo vadis! ¡Vade retro, carajo! —gritó Bargas.

—¡*Manu militari!*! —retrucó el supuesto jefe, aprovechando de paso de las dos únicas palabras que conocía en latín, que explicaban elocuentemente la forma en que Bargas se vio obligado a abandonar el recinto, soportando también, por encima de los empujones, a la voz chillona de la señora, quien, ya liberada de toda carga, se desvivía en explicarle a los alemanes en un inglés más que rudimentario, alguna frase incomprendible acerca de los “ángeles guardianes”, apelativo con el cual pretendía abarcar a la policía, al correo, a los bomberos, a los gendarmes o a cualquier tipo de empleado público, digno representante, a sus ojos, de La Autoridad.

A fines de reponerse de los golpes recibidos, Bargas se sentó un buen rato sobre el capot de un Citroën estacionado

frente al correo que comenzaba ya a cerrar sus puertas. Vio salir junto al jefe de la oficina a la empleada del crucifijo, y a pesar del ruido del autobús, Bargas creyó oír algo acerca del telegrama rojizo pero, a causa de su estado físico lamentable, prefirió hacer caso omiso de la conversación y, cosa rarísima en Bargas, pensó una vez más, que la frase sobre el color rojizo fuese, tal vez, como el telegrama mismo, como el color del telegrama, como la aparición de Braulio, o como todo cuanto vivía, fruto de su propia imaginación, o fruto de la imaginación de alguno que desde otro lado tiraba los hilos de su vida.

Todo perdía consistencia, era como si la materia misma que lo rodeaba se esfumara a la par que sus ideas, un telegrama rojizo convertido en pelotita dejó de ser un recuerdo para ser una imagen, como aquellas imágenes que invadían su memoria e iban pasando lentamente y en fila india hacia el olvido...

Al pasar por la *Place du Tertre*, pintoresca placita en donde pululan a toda hora falsos bohemios y fracasados pintores, Bargas divisó al Colorado Tristán, quien tronaba en su habitual butaca, sobre la cual se daba a hacerle caricaturas a cuanto turista cayera en sus garras.

Contrariamente al Gordo Suñé, que de Gordo no tenía nada, el Colorado Tristán le hacía honor a su apodo. Lo llamaban el Colorado no solo por evidentes razones de pigmentación capilar, sino también por el tono rojizo de sus manos, de su piel y hasta de sus ojos.

Bargas pretendía que la razón principal del éxito de Tristán como dibujante no era tanto su talento (cosa muy fácil de comprobar echándole tan solo un vistazo a sus pobres retratos), sino la curiosidad que despertaba en el turista semejante profusión de roja pelambre y de vistosas pecas por doquier.

“No me extrañaría que un día sus manos destiñeran y que el papel de sus caricaturas se volviera tan rojizo como los caracteres del telegrama del Negro” —pensaba Bargas.

—¡Ave, Tristán! ¿*Quod talcum*?

—¡Ave, Bargas, *moritur te saluta!* ¿*Quod talcum*, Bargas? —preguntó Tristán, haciendo caso omiso, cosa no muy frecuente en él, del cuarto japonés en el día que se disponía a desembolsar diez francos a cambio de la caricatura de pacotilla que el Colorado le entregaría “en menos que canta un gallo”.

—Aquí andamos, Tristán, escapando como puedo de mi demiurgo.

—¿Quién es tu demiurgo, Bargas? ¿Acaso me vas a decir que si vos no existieras habría que inventarte?

—¿El demiurgo? Es aquel que me escribe después de tanto tiempo, me abandona, me retoma, me olvida, me corrige y termina haciendo de mi vida lo que quiere.

—¡Ah! Ya me contó Suñé tu famosa teoría de la “novelitud” del ser.

El japonés miraba sorprendido tanto a Bargas como al Colorado, este último apretujaba inquieto la carbonilla en lugar de llevarla al papel y terminar el retrato.

—Si fuera así —prosiguió el Colorado— también formaría yo parte de tu novela, sin embargo estoy tan aquí como que me llamo Tristán. Tu demiurgo no existe, si no el tiempo ya se hubiera detenido. No se puede parar al tiempo, Bargas. Acá estamos, llegamos al setenta y ocho, se nos viene el Mundial de fútbol, y sin embargo estamos del otro lado, Barguitas ¿Qué digo del otro lado?: ¡del otro lado del otro lado! Quién sabe si al final de cuentas, el Negro Hansen no se habrá tomado en serio tu teoría y...

—¡Del otro lado del otro lado! Es exactamente lo que hubiera dicho mi demiurgo, si existiera.

—Vos mismo lo dijiste: ¡Si existiera! No hay tal demiurgo, Bargas. ¡Vos sos tu propio demiurgo!

—Sin embargo, Colorado, no me siento libre, mis decisiones las toma otro, es alguien que, como diría San Anselmo, está más allá de lo cual nada puede ser concebido. No fui yo quien pisoteaba la nieve el otro día, tampoco fui yo quien terminó pateando la chapita de Pepsi, no soy yo quien busca el sofisma perfecto para confundir a Dios. El demiurgo mueve los hilos, el tiempo ya pasó. Es verdad que estamos del otro lado, pero no solo del suelo, también lo estamos del tiempo y, por qué no decirlo, del Cielo. Esto ya pasó,

Colorado. El japonés ya te pagó los diez mangos, la chapita de Pepsi ya se fue por la alcantarilla, y el Negro Hansen tal vez ni siquiera exista.

—¿Chapita de Pepsi, Bargas? ¿No podés tomar Coca Cola como todo mortal? ¿No podés ser de River o de Boca? ¿No podés laburar como todo el mundo? Si es cierto que tenés un demiurgo, decile por lo menos que te devuelva a la ruta de la razón, y no me lo espantes al japonés, que si no fuera por él, no sé de dónde sacarías los fondos para financiar tus alocados planes.

Tal como si lo hubiera oído, el japonés sacó su aurea moneda entregándosela a Tristán, sin siquiera esperar a que este culmine la caricatura que, a decir verdad, se parecía más al Pato Donald que al incauto turista.

Cuarenta francos en una mañana eran más que suficientes para un opíparo almuerzo en el restaurante indio de Barbès.

—Paga el Colorado —dijo Tristán.

Bargas no se hizo rogar y entraron al *Himalaya*.

Dos pollos al curry y una jarra de vino tinto de la casa constituían un manjar divino, que contrastaba con el triste y frugal arroz blanco, base y esencia de la alimentación de Bargas.

Una generosa dosis de ají picantísimo hizo subir de varios grados la temperatura corporal de ambos, y gabardinas, pulóveres y chaquetas terminaron descansando en el respaldo de las no por barrocas menos incómodas sillas. Fue en ese momento cuando Bargas percibió por vez primera la flamante camiseta albiceleste de la selección argentina que con tanto orgullo lucía el Colorado.

El cocinero se asomó desde la cocina, y al ver al Colorado en tal atuendo se puso a silbar la musiquita de: ¡Argentina será campeón, borombomborombombom!

Reconfortado en su fuero patriótico-futbolístico, Tristán acompañó los silbidos con un discreto tarareo.

—A ver si aprendés un poco del muchacho —dijo al

final de la segunda estrofa— y dejás tranquilo a tu maldito demiurgo, para bajar de una buena vez del mundo de lo universal y llegás de una buena vez al mundo de lo contingente. La única metafísica válida es la del fulbo: en el metafulbo, las altas esferas están representadas por La Esfera, tangible y terrenal por antonomasia, vulgarmente llamada “pelota”. El mesías llegará de nuestras pampas un buen día y no caminará por las aguas ni multiplicará los panes, pero moverá, sí, las “altas esferas” con una zurda universal, telúrica y magistral.

—¡Ay ay ay, Colorado! Pensar que nos pasamos horas con el Gordo y con el Negro hablándote del Devenir de Heráclito, del Ser de Parménides...

—¿Parménides? ¿Heráclito?: ¡Metafulbo puro, Bargas! Para Parménides, el Ser era único, indivisible, inmóvil y eterno; estaba representado por una esfera perfecta: ¡la pelota, Bargas! ¡La pelota de fulbo! Pelota única, inmóvil, indivisible y eterna, la cual Heráclito concibió en movimiento, para que veinticinco siglos más tarde, otro Sócrates, ya no de Atenas sino del trópico, ya no en sandalias sino en Adidas, la pise, la toque, la peine, la acaricie y la distribuya igualmente por doquier como el Ser de Parmé...

—¿Para eso te instruimos, Colorado? ¿Para que me termines haciendo la apología de Sócrates? Pero no la apología del gran filósofo y, por qué no decirlo, genial sofista helénico, sino la del mediocampista brasiler. Además, los presocráticos...

—¿Los presos cráticos? ¿Jugaban tan mal los Cráticos para que los llevaran presos?

—¡No, Tristán, los presocráticos! Heráclito y Parménides...

—¡Ah, sí! Esos que eran como River y Boca...

—Hablando de fútbol, el Gordo pasó el otro día por Aerolíneas Argentinas para leer el *Clarín*. Fue una gran aventura, me contó, ya que tuvo que abandonar el barrio para adentrarse en el corazón de los *Champs Elysées*, en

medio de señoritas con tapados de astracán y jóvenes engomados luciendo rutilantes corbatas. En Aerolíneas ni rastros quedaba del diario *Clarín*. El empleado le dijo que se lo habían devorado todos con el asunto ese del partido entre River y Boca. Hizo entonces de tripas corazón y, armado de un coraje digno de un caballero andante, se encaminó hacia la Embajada argentina, de ahí consiguió el *Clarín* con sección deportiva y todo. La única noticia importante del diario era la goleada de River. ¡Cuatro a cero, Colorado!, ¿te enteraste? El Gordo, que también es “gallina”, saltaba en una pata, valió la pena la expedición, decía.

—¡Hablando de Roma, ahí pasó el Gordo! ¡Gordo! —gritó Tristán, sin tomarse siquiera la molestia de salir a la calle.

El Gordo volvía del lujoso almacén *Fauchon* con un flamante paquete de yerba mate y entró al *Himalaya* alzando su *Nobleza Gaucha* cual trofeo olímpico.

—¡El oro verde, muchachos! ¡El oro verde! —declamó Suñé.

—¡Matienzo, Gordo! ¡Grandioso! —insistió Bargas—. ¡Alma mater de la filosofía gauchesca! Si el viejo Descartes hubiera conocido el mate, muy distinto hubiera sido el principio ontológico cartesiano. ¡Ma' qué meditaciones metafísicas! ¡Ma' qué Discurso del Método! ¡Ma qué pienso, luego existo! ¡Matienzo, luego existo!

—¡Matienzo, luego existo! ¡Matienzo, luego existo! —corearon los tres al unísono, juntando sus manos en torno al preciado paquete.

—Tristán, ¿te comentó algo Bargas acerca del triunfo de River? La noticia es posta, che, viene del *Clarín* que me afané de la Embajada, por si no me creías.

—En la oscuridad, de nada sirven los colores —comentó enigmáticamente Bargas. Siguió un largo silencio, nadie se atrevió a avivar las llamas de las elucubraciones de Bargas.

—¿Te lo afanaste en la Embajada? Vos sí que sos valiente, Gordo. Yo no puse el pie en la Embajada desde que

llegamos a esta pálida ciudad y ni pienso ponerlo. Está llena de milicos, allí el que no corre vuela.

—¡Callate, Colorado! ¿O te pensás que fui a la Embajada por amor al deporte?... Bueno en realidad sí, fui por amor al deporte, quería saber cómo terminó el clásico River y Boca. Hay causas nobles por las cuales vale la pena arriesgar la vida. La señora Elsa, esa que recibe al público hablando un pésimo francés pese a que sabe pertinente que yo soy argentino, me vio cuando agarré el *Clarín*...

—¡Santos rascacielos, Gordo! ¿Qué hiciste para salir de semejante redada?

—No te burles, Colorado, te quiero ver a vos en semejante situación. ¿Qué hice? Me puse el *Clarín* abajo del brazo y me fui para el baño, pensé que era el único lugar seguro al cual la pesada esa no me seguiría. ¡No me equivoqué! Dejé la puerta del retrete ligeramente entreabierta para bichar y poder rajar cuando la doña Elsa bajara la guardia... tuve que esperar como media hora cuando, al fin bajó la guardia la alcahueta esa y me disponía yo a salir cuando veo que entra como una tromba en el baño...

—¿Quién entró, Gordo? ¿El embajador plenipotenciario? ¿Platini? ¿El presidente de Francia para exigirte que devuelvas el diario? —se burló Tristán.

—No, Colorado, vos reíte, nomás, pero el que entró como una tromba fue Braulio, me pregunté qué carajo hacía Braulio en la Embajada, encima temí que me agarrase con el *Clarín* en las manos y me delatasé a las autoridades. Atiné *in extremis* a entrecerrar de nuevo la puerta y declarar con una voz lo más gangosa que pude para disimular mi identidad: —¡Ocupado!—. Braulio entró entonces en el baño de mujeres y, por lo que pude oír, su arcada más suave se habrá escuchado desde aquí, no sé si lo habrán envenenado al pobre, pero no paraba de vomitar. Aproveché yo para salir gracias a la confusión y el tumulto que provocaba el

exabrupto de Braulio y me dirigí hacia la puerta caminando lo más lento posible hacia la salida, recordando aquello que solía decir el Negro citando a Napoleón o a no sé quién: “Vísteme despacio que estoy apurado”. Bonito oxímoron, ¿no? ¿Qué me decís, Bargas?... a la alcahueta de doña Elsa la miré fijo a los ojos con el diario enrollado abajo del brazo, tratando de parecer lo más natural posible. Creo que ella ni siquiera reparó en mí. Estaba parloteando risueñamente con un tipo con cara de milico. Curiosamente, hablaban de arte si no me equivoco. El tipo quería colgar unos cuadros y le indicaba a la señora los lugares idóneos para ello, ella asentía con la cabeza, acompañando sus movimientos con un recurrente “Sí, Doctor, lo que usted diga”. Les dije entonces: “Si me permiten una humilde opinión, para mí el mejor lugar sería este”, y me dirigí hacia la puerta, señalando un rincón cualquiera en el muro. La señora me saludó con una sonrisa que parecía petrificada, el tipo ni se inmutó. Desde el baño se seguían oyendo las estruendosas arcadas de Braulio.

—Pero, ¿qué hacía Braulio vomitando en la Embajada?
—preguntó el Colorado Tristán.

—No sé, che, me dio mala espina, eso no me gusta nada; pero vos no te hagas el piola y no cambies de tema, que si te hablé del *Clarín* no fue en aras de mencionar a Braulio, sino de comentar ciertos resultados deportivos que, de alguna manera, supongo, resuenan en tu corazón como ácidas campanadas.

—¿Comió ácidas empanadas? Entonces fue seguramente eso lo que le dieron de comer a Braulio en la Embajada, y no cicuta —comentó Bargas, ajeno como siempre a la incipiente polémica deportiva.

—No sé, che, yo, sin llegar a la cicuta —contestó el Gordo— tampoco me atrevería a probar las empanadas de la Embajada, y sabe Dios cómo las extraño. La última vez que comí un par de empanadas, fue cerca de La Bombonera, un

día en que fuimos a la cancha con el Negro Hansen. Nunca me olvidaré del Negro en medio de la barrabrava de Boca, tocando un laúd desafinado y cantando aguerrido extrañas melopeas gregorianas. En torno a él se hizo un silencio abismal, los tipos de la barrabrava lo miraban azorados, lo único que se oía, además del plectro, de la cuerda y de la voz del Negro, era el ruido de la pelota; creo que hasta un defensor de Boca alzó la vista un momento para curiosear de dónde venía aquel “estruendoso silencio”, mezclado con notas de un anacronismo esotérico. El Negro comentó a la salida, entre una empanada y otra, que se trataba de un primer paso hacia el oximorismo, el cual consistía en aquel caso en acoplar a la barrabrava de Boca con las sabias melopeas; no me atreví a preguntarle más nada, temía que sacase de nuevo el laúd ahí mismo, en medio de la cantina...

—Gordo, querido —contraatacó Tristán a quemarropa, poniéndose de pie y declamando—, en las noches de insomnio que no fueron otra cosa que el natural corolario de aquel nefasto domingo, volví a reflexionar acerca de un nuevo aspecto del metafulbo, es decir de la metafísica y la dialéctica hegeliana aplicada al fulbo, (te confieso, para que no dudes de mi honestidad, que la ventaja de meterlo a Hegel en este baile es porque casi nadie lo leyó, y porque los pocos que así lo hicieron no entendieron absolutamente nada). Ya sé, vos me dirás que soy rienda suelta a mis delirios provocados por la depresión, engendrada por esa mezcla fatal de lejanía con derrota, pero yo confío que una persona tan ávida de *gnosis* como vos, pondrá toda la buena voluntad necesaria para analizar de forma desapasionada, aquel no por triste menos dominguero acontecimiento. ¡Es una ilusión, Gordo! Lo que vos considerás como un triunfo, no es más que una vil derrota, y lo que yo consideraba como derrota es un arrasador triunfo (hablando mal y pronto, una goleada). Todo es cuestión de poder financiero. Imaginate por un instante que el presidente de Boca tuviera un poco de guita ahorrada, y hubiera comprado a uno de los jugadores de River: no creo

que el resultado hubiera sido esencialmente distinto. Ahora, suponete que con unos mangos más, comprara no a uno, sino a tres o cuatro jugadores: supongo que la cosa hubiera estado mucho más pareja, pero el resultado final no hubiera impedido ni mi depresión, ni tu algarabía. Sigamos imaginando que la coyuntura económica lo permitiera y que esta vez comparara a todo el equipo contrario: en ese caso, mío sería el jolgorio y tuyo el desconsuelo. ¿Y si además del equipo, compráramos la camiseta, el monumental, y en un gesto magnánimo les regaláramos nuestras migajas, a saber el estadio de *La Bombonera*, los jugadores y la camiseta azulkeneize? Entonces, a causa de aquel nefasto domingo, el sabor amargo de la derrota te haría un nudo en la garganta, pero en tu fuero interno te dirías: soy “gallina”, pero me la banco; a lo sumo intentarías evitar la confrontación conmigo desapareciendo del barrio por un tiempo prudente. Dicen que lo último que se pierde es la esperanza, yo, como soy un pesimista nato, pienso que no todo está perdido: ¡todavía podemos perder un poco más! Lo último que nos queda, cuando ya no hay ni siquiera una esperanza, es el Nombre, es decir, ese misterioso sentimiento de orgullo que tenés al decir, sí, sí señores yo soy de River... Pero justamente, la función del metafulbo es la de ir más allá de las vanas apariencias del mundo terrenal, y romper ese último tabú: el Nombre, eso que nos queda cuando ya no hay esperanza. Y si hasta aquí me seguís, podés dar ese último paso, e imaginar que ese mismo presidente de Boca, con unos cuantos millones de dólares más, decida comprar también al nombre de River, y nuevamente en un gesto dadivoso, dejarles a ustedes, el tan vilipendiado nombre nuestro. En ese caso, no solo te quedarías con la derrota, sino que ni siquiera sobreviviría en vos ese oscuro sentimiento gallináceo que tanto te enorgullece. O sea, y esta vez para resumir un poco esta paradójica e instructiva situación: ¡Qué paliza que les dimos el domingo pasado, Gordo!

Suñé quedó desarmado, la lección de metafulbo alcanzó su paroxismo.

— ¡Bravo, Colorado! ¡Gracias a vos, el metafulbo adquirió hoy sus letras de nobleza! —exclamó Bargas, acompañando sus palabras con rítmicos aplausos.— ¡Qué discurso! —y agregó— ¡Ma' qué discurso del método ni discurso del método! ¡El discurso del *Himalaya*, obra cumbre!, como su nombre lo indica.

Una vez que el Colorado hubo pagado el almuerzo, el cocinero paquistaní le ofreció un cafecito a cada uno y propuso de antemano su televisor en colores a la hora de mirar los partidos cuando llegase el Mundial.

Después del almuerzo en el *Himalaya*, y a fines de tomar unos amargos en casa de Suñé, se encaminaron cuesta arriba por la *rue Clignancourt* hasta llegar, luego de atravesar las callejuelas de Montmartre, a la plaza *Marcel Aymé*. Saludaron con guturales cánticos pseudogregorianos a la escultura del *Pasamurallas*, puesto que habían decidido semanas antes mostrarle afecto y solidaridad cada vez que por allí pasaran. Contrariamente al *Pasamurallas* del texto de Marcel Aymé, para quien no había muro capaz de detenerlo en su camino, el *Pasamurallas* de la escultura no lograba, a pesar de los innumerables esfuerzos que denotaba la expresión de horror en su metálico rostro, dar un paso hacia atrás o mejor aún: pasar del otro lado de la muralla dentro de la cual fue encerrado para la eternidad por algún oscuro escultor parisino y despiadado.

— ¡Algún día te liberaremos, coraje! —susurró Bargas al oído de la imperturbable escultura—. Romperemos a mazazo limpio el muro que te aprisiona y te llevaremos en andas hasta la cima de *Montmartre*.

—Yo no quise ser estatua, lo soy porque alguien ajeno a mí así lo quiso, yo también tengo un demiurgo, las estatuas no lloramos, tan solo vemos pasar el mundo... Algún día también pasará mi demiurgo —pareció responder el *Pasamurallas*.

El *Clarín* de la semana pasada hacía las veces de mantel, o mejor dicho de “posapava”, en la redonda mesa del Gordo Suñé. Una vez la pava en el aire para cebar el mate, se descubrió la primera plana de *Clarín* con la foto del “Beto”

Alonso con ojos desorbitados, gritando el cuarto gol de River en las narices de la hinchada de Boca.

Bargas aprovechó la cebada del Gordo para hojear el diario, a pesar de saber pertinente que fuera de la goleada, poco y nada podía haber como noticia importante.

—Yo voy directo al horóscopo —comentó Suñé— y a los chistes de *Clemente*, que son un valor seguro, el resto no se puede ni leer.

Siguió mirando los titulares muy por encima, hasta llegar a la última página, esta vez la tira de *Clemente* ni siquiera era graciosa, hablaba de la guerra sin cuartel que reinaba en el país y se libraba entre dos facciones de argentinos diametralmente opuestas. No se trataba, como era costumbre leer en aquellos tiempos, de la guerra entre “patriotas” y “antipatriotas”, entre “subversivos” y “fuerzas de seguridad” o entre izquierdistas revoltosos y miembros de las fuerzas armadas. ¡No, señor! Las dos facciones antagónicas que tan ferozmente se enfrentaban, eran la de los hinchas de fútbol que “aspiraban poder tirar papelitos a la cancha” para recibir triunfalmente a la selección vernácula cuando llegara por fin la tan esperada Copa del mundo, contra la de los guardianes del orden y las buenas costumbres, quienes consideraban que el pueblo argentino sufriría un oprobio ante el mundo si millones y millones de papelitos revolotearan por encima de las tribunas del estadio Monumental, ensuciando tanto el fértil césped pampeano como la impoluta imagen de la argentinidad.

—¿Y vos, Bargas, aspirás también a poder tirar papelitos en el monumental? —preguntó el Gordo.

—¡No! —respondió un Bargas seco, hosco y tajante.

—Entonces, ¿se puede saber a qué aspiras en la vida? —insistió ingenuo el Gordo.

—Mirá, viejo, hoy por hoy, a lo único que aspiro es a

comprar una aspiradora... ¡Muchachos! ¡No salimos, muchachos, no salimos ni en *Clarín*! —exclamó Bargas.

—Tendríamos que pasar de una vez a la ofensiva —sugirió Tristán—. Si no salimos ni en *Clarín*, eso quiere decir que no existimos. Deberíamos iniciar urgentemente un plan de acción por estos pagos.

— ¿Y el contacto con Platini, Bargas? —preguntó Suñé.

—Es casi un hecho, podemos dar con la dirección de Platini, anoche oí por enésima vez a la Duverneuil hablando como siempre a los gritos con su hija, le decía “pasame la nueva dirección de Michel Platini”. Le dije a la *Madame* que quería conseguir un autógrafo para mi sobrino y ella ni me contestó, pero en cualquier momento le robo la libretita y listo.

— ¿Vieron, muchachos? Barguitas tiene razón: la albiceleste no era solamente para expresar mis inclinaciones metafulbísticas. ¿Quién podría sospechar algo de un Colorado luciendo la camiseta de la selección? Cuando tengamos las camisetas, seremos invulnerables, con la albiceleste no habrá kriptonita verde que valga. ¿No era esa tu teoría, Bargas? Les confieso que el corazón se me desgarra entre el amor sincero a los colores patrios y los objetivos tácticos y estratégicos de nuestro M.E.M.O. ¿Y si fueran compatibles? Un triunfo de la albiceleste sería nefasto para nuestras ya diezmadas huestes, no obstante eso mi intuición me dice que debo seguir las ideas de Bargas, aunque al ponerme tal atuendo, de alguna manera colaboro con el más que probable triunfo albiceleste, lo cual, pese a toda la culpa que me provoca, no deja de ser de mi agrado, y aquí me ven, entonces, debatiéndome conmigo mismo cual un vulgar Bargas. Lo mejor, creo, es dejar pasar la tormenta, pero sin abrir el paraguas, para pasar desapercibidos y de esa manera hacernos ver en primera plana a los ojos del mundo. ¿No aprendí bien la lección, Bargas? Podés considerarme desde ya como tu mejor discípulo y mano derecha, contá conmigo

para las camisetas, aunque estoy seguro que ni siquiera vos sabés bien para qué servirán... ¿Vos querías camisetas? Tendrás camisetas.

—¿Yo te dije que quería camisetas? Si te dije eso, alguna razón tendría, pero lo más probable es que haya sido idea de mi demiurgo.

—¡Y dale con tu demiurgo! Por lo menos, si tu demiurgo existe, ponete de acuerdo con él, yo ya estoy embalado con la idea de las camisetas, así que demiurgo o no...

—Demiurgo sí, el demiurgo nos construye de a poco, éramos humo como el Negro ahora, pero de a poco vamos tomando cuerpo; ¿no te das cuenta que si no somos nada es porque mi demiurgo así lo dispuso? Aunque en verdad debería decir “nuestro demiurgo”. Vos, si querés, podés creer en tu existencia, sentirte vivo, podés considerar al Colorado que sos, aristotélicamente, en tanto que *causa sui*, porque por lo menos sos “eso”: un Colorado, es casi una certeza cartesiana, “soy colorado, *ergo* existo”, podrías decir. Yo, en cambio: ¿qué puedo decir de mí? Tan solo puedo decir que soy Bargas, es todo lo que sabe de mí mi demiurgo, el resto se diluirá en la nada. No soy Gordo, ni Colorado, no tengo edad ni tengo trabajo, de mí mismo no sé absolutamente nada, salvo que vengo del otro lado, eso es todo lo que me deja vislumbrar mi demiurgo. Al final, me da casi lo mismo saber si fui yo quien inventó al demiurgo o si fue al revés, no dejo de depender de él, pues no soy nadie, Colorado, soy humo, soy casi alguien, soy Bargas, pero aún no soy nadie; si yo existo, eso querría decir que mi demiurgo no existe, pero el problema es que yo dependo de él para pasar de ser simplemente Bargas, un apellido sin nombre, una historia truncada, una cruz sin cara, a ser un Bargas vivo, de carne y hueso.

El Colorado se acercó hasta Bargas y le hizo cosquillas en el cuello, como se le hace cosquillas a un niño, luego le pellizcó la mejilla. Bargas, resoplando de fastidio, se lo sacó de encima con un empujón que casi lo tira al suelo.

—No te lo tomes así, Bargas, quería nada más comprobar que eras de carne y hueso y no humo en devenir, como pretendés ser.

—Mi carne y mis huesos no alcanzan para justificar mi ser, no estoy tan loco como para negar los estímulos físicos, pero aquello no es razón suficiente; algo está obligado a regalar mi demiurgo para que yo crea en él, mientras que él pueda seguir contando su estúpida historia, en la que un Bargas, probablemente hecho de carne y hueso, se debate como la bola de billar que se niega tanto a la carambola como a caer en el hueco.

A pesar del desorden monumental que reinaba en el cuarto, Bargas reparó inmediatamente en la desaparición de la pila de catálogos y de diversas invitaciones a *vernissages* que se habían acumulado en la tabla de planchar a lo largo de los últimos meses.

La notable intromisión de *Madame Duverneuil* le provocabía asco y rabia, se debatía entre una voluntad ciega e inexplicable de recuperar sus papeles y la aversión que le producía la sola idea de asomarse, aunque sea al corredor del quinto piso en donde vivía su vieja propietaria, a quien imaginaba con sus finas manos, quién sabe por qué siempre húmedas, hojeando ávidamente los catálogos y las invitaciones.

Ignoraba Bargas para qué diablos quería *Madame Duverneuil* adueñarse de sus papeles; después de todo, tampoco sabía él mismo qué hacer con ellos.

Sin embargo, por una extraña razón, a pesar de que su aversión por Braulio primaba sobre cualquier sentimiento, se sentía atraído por sus siniestras pinturas. La invitación al *vernissage* representaba, más que una obligación, una especie de salvavidas de fuego, con el cual podría Bargas salir a flote, a condición de soportar el dolor provocado por las llamas, dolor que no menguaba siquiera al ahogarse en las profundas aguas del desasosiego.

Detrás de una pincelada, a través quizás de la huidiza mirada de Braulio, podría Bargas desenredar los enmarañados hilos de la duda. En ese lugar en donde los caminos se bifurcan, en el primero de los atajos, estaban Braulio, su

felonía y su veneno; en el otro, el Negro Hansen encarnado en una araña desorientada, tejiendo los hilos de la tela que con él acabaría.

“Nuevamente pensar en infinitivo. Pisar los charcos para sentir el calorcito de los bares. Aferrarse al ígneosalvavidas. Hundirse para apagar las llamas. Buscar argumentos ontológicos para demostrar la existencia de Dios. Hacer estallar los círculos concéntricos del dolor, olvidar el olvido... Si la disyuntiva final, si el libre albedrío oscila entre vivas llamas y aguas profundas, entre diluvio e infierno, entonces, ya no hay Dios posible. Soy ateo —se dijo. Soy impío, necio y mentecato. Soy muy ateo. ¡Pero no lo suficiente como para creer en Dios!”

Bastó esa chispa prototeosólica para que Bargas se lanzara a la búsqueda de un teléfono, a fines de confrontar su flamante aforismo al escepticismo congenital del Gordo Suñé.

La escasez de cabinas telefónicas en el barrio, sumada a su falta crónica de monedas en el bolsillo, hizo que emprendiera nuevamente el camino escalinatas arriba, hasta la placita *Marcel Aymé*. Luego de palmejar amistosamente el helado metal de la escultura del *Pasamurallas*, subió al primer piso dispuesto a despertar al Gordo Suñé y hacerlo una vez más partícipe de sus desvaríos existenciales.

—Gordo, ya sabés que soy ateo, muy ateo (suponiendo que el ateísmo permita distintos grados), pero no lo soy tanto como para creer en Dios —declaró sin más preámbulos Bargas, apenas el Gordo vestido con un kimono naranja hubo abierto la puerta.

—Que me lo apabulles al Gordo con tus excéntricas elucubraciones teosóficas en *Le Progrès* o en el *Himalaya*, vaya y pase, Bargas —protestó Régine—. Pongámoslo a cuenta de algún exceso de *guignolet*. ¡Pero que me despiertes a estas horas para infligirme tamaña incongruencia!...

—¡Sin hablar del susto que nos pegaste! —se envalentonó Suñé—. Debe ser esta la primera vez desde la Revolución Francesa que suena un timbre por aquí a estas horas.

—Vamos, Gordo, ¿acaso me vas a decir que sonaba el timbre durante la Revolución Francesa?

Bargas intentó, como era su costumbre cuando se encontraba en alguna dificultad dialéctica, el subterfugio que consistía en desplazar el centro de la conversación hacia algún fútil detalle o hacia alguna incongruente polémica. “Del huevo o la gallina, para Bargas, lo primero es el gallo”, solía decir el Negro Hansen.

Al ver a Régine en camisón, con los ojos hinchados echando chispas y la boca torcida resoplando cual caballo furioso, pensó también en la posibilidad de una honrosa retirada. Luego del reciente altercado con la empleada de correos, la perspectiva de una nueva confrontación teológica con una dama gálica le causaba terror. En cambio, la visión del Gordo y su kimono anaranjado lo llenaba de serenidad y confianza. Delante de él podía dar rienda suelta a su búsqueda desenfrenada del aforismo perfecto, de la paradoja final que ponga a Dios en un brete.

—Yo no pregunto si existe o no, sino que vaya saliendo. ¡Ontología gauchesca, canejo! —gritó Bargas, parafraseando al Martín Fierro.

Esta vez, perdido por perdido, y una vez superada la inhibición producida por la asociación de ideas que lo llevó de Régine, la mujer francesa del Gordo, hasta la empleada del correo, y por ende al recuerdo de su propia deportación. “Sí, Gordo, fue una deportación —le había contado a Suñé—, por suerte me deportaron, pero no me defenestraron”. Decidió Bargas, entonces, defender su “novedad teórica”: Argumento Reversible, de la existencia (o no) de Dios.

—Ya tuvimos el argumento ontológico, ya les hablé de la diciembricidad de Cristo, sin convencerlos. Pero ahora no

pueden mostrarse indiferentes al “Argumento Reversible acerca de la existencia (o no) de Dios”. Sirve tanto para demostrar su ausencia como su existencia. San Anselmo hablaba del necio y del mentecato refiriéndose al ateo. ¿Necio? Sí, soy necio y mentecato, también soy ateo, pero no lo soy tanto como para creer en Dios...

Con el impulso de las palabras, Bargas ensanchó el pecho y, sirviéndose del borde del canapé a modo de bombo murguero, comenzó a cantar con voz de multitud, imitando los coros informes y desentonados que suelen escucharse en las canchas de fútbol porteñas:

Sí, sí, señores, yo soy ateo
Sí, sí, señores, yo creo en Dios
Soy mentecato y
Aquí en la tierra
Como en el cielo
No existe salvación
Sí, sí, señores, yo soy ateo...

Régine sacudió la cabeza rápidamente de izquierda a derecha y volvió a soplar en forma de cortos relinchos antes de tomar la palabra, decidida a hacerle pagar con creces a Bargas el insomnio que ya se veía venir. Suñé, resignado a pasar un buena parte de la noche, si no toda, en compañía de Bargas, puso la pava al fuego para cebar unos mates, con el doble objetivo de calmar por un lado los ánimos de Régine y por el otro de oficializar la venidera noche de insomnio.

—Bargas —respondió Régine, una vez reencontrada la calma y concluida su incontrolable serie de breves relinchos—, pasando por alto el estado lamentable en que me estás dejando el canapé, así como el estado en que lo dejaste al Gordo la última vez que estuvieron juntos en el bar, ¿podrías explicarme de manera cartesiana cómo justificas semejante contradicción? —tras lo cual tomó el ejemplar del

Prosligion de San Anselmo olvidado por Bargas y en vez de mostrarle las partes subrayadas por ella luego de una profunda y crítica lectura, lo puso de canto como un hacha en movimiento, y se lo pasó por el cuello imitando un acto de degüello en aras de amedrentarlo.

—¿Dices que no eres lo suficientemente ateo como para creer en Dios? ¿Pretendes acaso que aceptemos tamaña incongruencia y tomemos el acto de fe como una aceptación resignada de tu infantil nihilismo? ¿Y que también admitamos tu ridícula glorificación del mentecato como el primer peldaño de la escalinata que te llevará a Dios? ¿“Dios, esa cosa más allá de la cual nada puede pensarse”, como lo afirmaba tu bendito San Anselmo? Entonces, si es así tan grande e incommensurable Dios, dime, ¿por qué cuernos no lo dejas tranquilo de una buena vez? No se puede pensar algo incommensurable, eres necio. Tu razón es finita, por lo tanto no puede concebir lo infinito. ¡No entra todo el mar en una botella! Necio y mentecato eres. Dios no te necesita, Bargas, déjalo en paz...

—Lo que sugiere Régine no es del todo falso, Barguitas, tomate un matecito —acotó Suñé, quien en presencia de Régine abusaba de perifrasis y galicismos y en lugar de afirmar simplemente las premisas, negaba negaciones y hablaba en diminutivo, para demostrarle a su mujer cuán integrado estaba en Francia.

—Mirá, Régine, está visto y comprobado que la tendencia natural del mentecato es la de buscar a Dios. El *Sentimiento trágico de la vida* de Manuel de Unamuno, nos lleva inexorablemente a buscar a Dios por todas partes.

—¿Manuel de Unamuno, Bargas? ¡Si hasta el peor de mis alumnos sabe que Unamuno se llamaba Miguel, como Cervantes!

—Si Dios no existe —continuó Bargas, imperturbable— quedan dos posibilidades: o bien el mentecato en su magno

desasosiego tira la toalla, acepta su fracaso resignado y se sienta en el umbral a la espera del cortejo de su propio funeral, o bien se rebela y desafiando la sensatez y la lógica declara altivo: ¡Creo en Dios! La angustia existencial del “necio” es tal que el camino de lo oscuro lo lleva de la mano del ígneosalvavidas hacia la luz. No sé si ya les hablé de la paradoja del ígneosalvavidas. Se trata de un salvavidas de fuego que nos salva del ahogo pero nos quema, en fin, no nos desviemos del tema fundamental que es la demostración del “Argumento Reversible”. El inconveniente es que el mente-cato sabe perfectamente que la luz a la cual puede acceder aferrándose, aunque entre llamas, al ígneosalvavidas, no es natural sino artificial, y sin embargo cree. Sí, señores, al constatar que Dios no está al alcance de su razón, el escéptico cree. No le queda otra posibilidad. No se trata de certeza: no sabe, no conoce, no palpa, no experimenta, ni siquiera intuye. ¡No! Simplemente cree. El otro “Manolo”, el hiperbóreo Kant, hubiera dicho que los conceptos no existen, sino en el mundo de las ideas —una vez más aplicaba Bargas su vieja artimaña que consistía en citar una indiscutible autoridad filosófica seguida del verbo decir en modo condicional para impresionar a sus interlocutores—. Por eso el “necio” cree —continuó—, como se cree en papá Noel, en los reyes magos o en el hombre de la bolsa. Entonces, para el necio Dios Existe porque No Existe, es necesario porque No Es, o mejor dicho aun, de forma cartesiana como te gusta a vos, Régine: Dios no existe, *ergo* existe. El argumento es reversible. Mi desesperanza es grande pero no llega a límites tan extremos como para creer...

—Bargas —repuso el Gordo Suñé—, la desesperanza es extrema por naturaleza, ya lo dice el tango: la vida es una herida absurda.

—Me niego a creer en Dios solo por desesperanza. ¿No entra todo el mar en una botella? Todos los colores caben en

el blanco, todos los sonidos del universo caben en una semifusa, *La Biblioteca de Babel* contiene todos los libros. No me interesa que Dios exista o no, lo que quisiera conocer y tocar algún día con mis manos de triste mentecato es algo certero, ese “algo más allá” de San Anselmo de Canterbury. Si el tiempo es infinito, todo ha de suceder en su momento, podemos esperar siglos y siglos...

—Bargas —interrumpió Suñé—, el mate no es un micrófono y no voy a esperar siglos y siglos hasta que me lo pases, dejalo a Dios en el Olimpo y entregate dócilmente a Morfeo, único Dios que a estas horas merece adoración y respeto.

La nieve volvía a caer tupido, el mate estaba ya más que lavado y la plática menguaba. Régine trocó relinchos por bostezos, el Gordo miraba la hora cada dos minutos y la escultura del *Pasamurallas* parecía dormir plácidamente. Sin embargo, el retorno a su morada estaba más allá de sus propias fuerzas, lo tentaba la perspectiva de dejar lejos los ahora abatidos rostros de Régine y de Suñé, pero pudo más el cansancio y el sueño. Al cabo de dos o tres minutos de intensos cabeceos, quedó Bargas profundamente dormido sobre el canapé.

Entre el Gordo y Régine le quitaron los zapatos y lo recostaron, un poncho y un gamulán sirvieron de frazada y la almohadilla que Suñé “trajo de recuerdo” de su de viaje transoceánico por Iberia hizo las veces de almohada. Era tan tarde ya que el Gordo ni siquiera atinaba a mirar el reloj; Régine se marcharía al trabajo en unas pocas horas y prefería, resignada, pasar lo poco que quedaba de la noche en vela. Volvió a poner Suñé la pava al fuego y renovó la mitad de la yerba a fines de resucitar el mate sin sacrificar por ello las últimas migajas que quedaban del “oro verde”.

Evitando los estrepitosos ronquidos de Bargas, quedaron Régine y el Gordo sentados en la exigua cocina.

— ¿Y los setecientos francos que estaban en la mesita de luz? —preguntó Régine a quemarropa.

— Tuve que ponerlos para el M.E.M.O, me los devuelven el mes que viene. Tenemos que viajar a Lyon para ver a Platini.

— ¿Platini? ¿Y el alquiler, acaso lo va a pagar Platini? ¿O el M.E.M.O? Además, dime una cosa: ¿qué carajo es el M.E.M.O con el que te están volviendo loco tanto el pánfilo de Bargas como el Colorado ese, que anda pavoneándose por el barrio en camiseta de fútbol? ¿Y para qué cuernos lo quieren ver a Platini? Que Bargas esté loco, ya lo sabemos todos, pero de ahí a seguirle la corriente hay un gran paso que no estoy dispuesta a dar, empiecemos por el principio y de manera cartesiana, como dice Bargas.

— Lo que acabás de exponer no es del todo falso —intento contemporizar el Gordo, utilizando nuevamente la afrancesada doble negación, pensando con ello ablandar a Régine.

— Pero contéstame lo que te pregunté en vez de irte por las ramas con frases alambicadas que nada quieren decir.

— Que no quieren decir nada —pretendió corregir Suñé para retardar la explicación que se tornaba inevitable.

— ¡Lo mismo da! Te escucho. Tengo que ir al trabajo en un par de horas y por el tiempo que me queda, no pienso dormir.

Suñé se vio en un brete. Su capacidad de resistencia había llegado al límite. De todas maneras, pensó, debía darle explicaciones. ¿Explicarle? ¿Explicarle qué? ¿Explicarle lo inexplicable? ¿Cómo podría el Gordo contarle a Régine que un Bargas de latitudes australes comparaba las certidumbres lógicas con las pompas de jabón? ¿Y que a las pompas de jabón las comparaba con los “átomos” de Demócrito? ¿Y a los “átomos” de Demócrito con los “inmutables” silogismos aristotélicos? ¿Explicarle también que si se funde la lógica aristotélica se derrumba al mismo tiempo todo? ¿Que según Bargas, un tigre de papel es más fuerte que un tigre, porque en “piedra, papel o tijera” el papel envuelve las fauces? ¿Que

no hay papel en el universo que envuelva las fauces del tigre que merodea al Negro? ¿Que para el tigre de Bengala del poema de Borges los barrotes de hierro no eran su cárcel? ¿Que el otro día en *Le Progrès*, al borde del llanto, Bargas le preguntó si iba y venía Hansen por el predestinado camino, como el tigre de papel de aquel poema?...

—Al M.E.M.O lo fundamos con el Negro Hansen —dijo al fin— el ocho de octubre del setenta y seis, no, más bien lo fundó Bargas, o mejor dicho se fundó solo.

—Me queda clarísimo— ironizó Régine.

—El 8 de octubre de 1976 era para mí un gran día —comenzó el relato Suñé— en homenaje al aniversario de la muerte del Che Guevara, o mejor dicho en homenaje al Che. Con el Negro Hansen íbamos a ejecutar un acto “heroico y combatiente”: debíamos, con una bomba molotov, hacer explotar la concesionaria *Renault* de la avenida Maipú. Cuando digo “debíamos” es en sentido literal y no metafórico, ya que la sensación de deber primaba sobre el miedo. Pasé esa tarde, como tantas otras tardes en Martínez, en casa del Negro. Al anochecer, y luego de un gran esfuerzo, me sinceré y le confesé a Hansen que eso del atentado me daba un miedo espantoso. Hansen me contestó que el miedo que yo tenía no era más que un resabio de mi educación pequeño burguesa —el Gordo cebó un mate, lo bebió de un sorbo y prosiguió—. No me atreví a contradecirlo, si el Negro lo decía era porque aquello era cierto. Finalmente salimos altivos y dispuestos al combate, a eso de las once de la noche, armados Hansen de la molotov, y yo de un “discreto” adoquín, destinado a romper la vidriera antes de la explosión final a cargo de mi compinche. El sentido común indicaría que nuestra huida tras semejante fechoría se realizara gracias a compañeros que pasarían a buscarnos en un auto, o un viejo auto destortalado, una moto, o aunque más no sea en una bicicleta.... pero no, nuestra huida se iba a realizar, y así

fue... ¡en colectivo! Ese día además iba a ser, según nuestras “fuentes de información”, un reguero de pólvora, y todo el país se prepararía para homenajear al Che. Nos bajamos del colectivo 59, creo que en Maipú y San Martín. Mirando a diestra y siniestra, yo saqué el adoquín del bolso, respiré hondo y sin pensar en nada lo lancé con toda mi fuerza hacia la vidriera —el Gordo hizo otro alto para alcanzarle un mate a Régine y de paso crear un poco de suspense, ya que Régine se entregaba de nuevo a los bostezos—. El estruendo, en el silencio de la noche, me parece que debe haber llegado por lo menos hasta Puente Saavedra, mítico puente que separaba y separa, si no lo cambiaron de sitio, la Capital, en la que yo vivía, de la Provincia. Me asombra descubrir cómo puedo extrañar a tal punto un lugar tan feo como Puente Saavedra ... Te decía entonces que el estruendo fue impresionante, pero el único detalle que no me habían sugerido mis “responsables” era que para que el vidrio ultra-reforzado se rompiera hacía falta no solo un adoquín y buena voluntad, sino además un mínimo de puntería ya que el golpe debía darse (lo aprendí en el acto) en un ángulo, aunque tal vez ni siquiera así se rompiera (por las dudas no volví a probar.) Hansen se dijo entonces “ya que fracasamos con la vidriera, por lo menos hagamos explotar rápido la molotov antes de que llegue la cana”. Pero con los nervios que tenía, mi compañero no lograba ni siquiera encender el fuego. Terminó tirando la botella de Coca Cola que contenía la molotov contra la vereda y perdiendo el encendedor. Contándote esto ahora, y pensándolo bien, creo que la lógica resistencia del vidrio fue para nosotros una suerte, porque supongo que en caso contrario la huida en colectivo hubiera sido ligeramente difícil.

— ¡Qué lo parió, como dicen en tu país!

— Tomamos el primer colectivo que pasó y nos bajamos cerca de Puente Saavedra. Bargas estaba comiendo una pizza en Acuarium.

—¿Bargas? ¿El pánfilo?

—Bargas estaba en la mesa que da a la avenida Maipú. Entramos al bar y nos sentamos con él, el Negro le contó con lujo de detalles la aventura que te acabo de relatar.

—¿Qué dijo Bargas? ¿Los felicitó? ¿Pidió *champagne* para todo el mundo para festejar?

—A Bargas se le atragantó la pizza del ataque de risa que le agarró, se le saltaban las lágrimas, y las carcajadas se oían una legua a la redonda.

—¿Cuánto es una legua? —preguntó Régine.

—No sé, pero reía como una hiena. ¡Por ahí cantaba Garay!, dijo cuando se hubo calmado.

—¿Quién es Garay? ¿Y por qué cantaba?

—Garay no es nadie, mejor dicho sí, es alguien y no cantaba, pero no tiene nada que ver, es una manera de decir: por ahí va la cosa; Bargas siguió entonces diciéndonos: no podemos seguir luchando así, con paupérrimas armas, o mejor dicho sin armas nosotros, y armados ellos hasta los dientes. Por más que el tábano pique, el buey seguirá arando, o algo así, no recuerdo exactamente, además lo dijo en latín. Luego bajó el tono de voz, “porque las paredes, los taxistas y los mozos, escuchan”... Si hubieras roto el vidrio, me dijo, ahora no estarías aquí para contar el cuento; por más que lo hubieses logrado y que el Negro hubiera acertado con la “molotov”...

—¿El camarero no lo escuchaba?

—No, el Gallego seguía ocupado, y estaba ya tan acostumbrado a los desvaríos de Bargas que no le prestaba la menor atención; además, sus palabras en ese momento eran apenas un susurro, pero sus ojos mostraban la euforia del iluminado: el tábano no puede contra el buey, pero menos puede un quirquincho o una mariposa. ¡Sócrates, el tábano de Platón, muchachos! ¡El tábano de Platón, puede cambiar el curso de la historia! Con el vidrio hecho trizas y los autos

“cero kilómetro” destrozados, el enemigo se agiganta. En cambio con un agujerito del tamaño de una pasa de uva... ¡miles de agujeritos dispersos de la talla de una hormiga, pesan más que un agujerazo del grosor de una vinchuca! La cosa está que arde, no diez vinchucas, no veinte escarabajos, no treinta langostas, ni cincuenta lagartijas: ¡no! ¡Miles de tábanos, sí, miles de tábanos pueden con el buey! —nos decía Bargas.

— ¿Qué es una vinchuca, Gordo?

—No sé exactamente, nunca lo supe, pero con ese nombre, seguro que es un bicho peligroso. El Negro intentó luego explicar a Bargas que en Uruguay las acciones del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros estaban más cerca de la vinchuca que del tábano, Bargas le respondió enajenado: “¡Ma’ qué Tupamaros, ni qué ocho cuartos, a partir de ahora somos y seremos el Movimiento Extremista Moderado y Oximorista! ¡M.E.M.O! Lo que sucedió esta noche es una señal, ¡debemos ser tábanos, y si tenemos paciencia podremos con el buey! Nuestras armas serán paráboles, paradojas y sofismas, agujeros de tábano en vidrios ultrareforzados. Debemos desestructurar el edificio aristotélico” (no sé porqué se las agarró ese día contra Aristóteles). El Negro intentó argumentar que por más que a Bargas no le gustara, uno más uno serán siempre dos. Bargas se quitó inmediatamente los zapatos, los puso encima de la mesa y me pidió asimismo que lo imitara. Temiendo más al escándalo que haría Bargas si yo me negaba que al furor del Gallego si le obedecía, puse también mis zapatos sobre la mesa, el Gallego por suerte estaba ocupado con las cuentas de la caja. “Ya ven —declaró Bargas—. ¡Un par de zapatos más un par de zapatos es igual a cuatro zapatos!”

—¿No me vas a decir que ya en ese momento no te habías percatado de los trastornos psicológicos de nuestro ilustre huésped? Una de dos, Gordo: o bien el ridículo demiurgo del pánfilo Bargas existe y a partir de ahí podemos

comprender y aceptar todo, incluso el hecho de que toda la gente que os rodea (y conste que me incluyo en tal grupo), participe activamente de vuestra locura, mimetizándose a tal punto, que a veces me pregunto si no seremos nosotros mismos quienes os arrojamos los anzuelos y abastecemos de carnada para que os lancéis a delirar, tomando, no digo ya vuestros deseos, sino lisa y llanamente vuestras alucinaciones por realidades. Ya ves, Gordo, es eso ni más ni menos lo que acabo de hacer. Mi intención primigenia era naturalmente la de echarlo a Bargas a las patadas. En cambio, en lugar de asumirlo y llevarlo a cabo como tan pertinente lo hicieron en la oficina de correos, me vi envuelta en una insulsa tertulia, la cual, no me cabe duda, será olvidada hasta por el mismísimo Bargas cuando despierte de su borrachera verbal mañana por la tarde. O bien, como lo exige el sentido común, dicho demiurgo no existe y quienes giramos alrededor vuestro adaptamos nuestra visión del mundo, nuestro lenguaje y hasta nuestro modo de respirar para ponernos a vuestra altura, aceptando incluso la humillación de tener que discutir a estas horas de la madrugada a propósito de sofismas infantiles. ¡Fíjate que poco me faltó para aceptarle a Bargas que Unamuno podría llamarse Manuel y no Miguel como Cervantes! ¿Por cuántos siglos más, para Bargas, para todos ustedes, y también para nosotros, simples cartesianos, Unamuno, el del Sentimiento Trágico, seguirá llamándose Manolo? No son gigantes, no, ¡son molinos! ¡Despierta, Gordo! ¡Son molinos! ¡Molinos verbales!

“Esta vez la saqué barata —pensó Suñé—. Yo en su lugar me hubiera echado de casa, no sin antes exigirme los setecientos francos, con intereses y todo”.

—Aunque te parezca mentira, Régine, la convicción con la que Bargas defendía sus incongruencias, sumada a la pertinencia o verosimilitud de algún que otro sofisma, el escaso riesgo que aquel compromiso implicaba, un poco también la amistad, la posibilidad de ver las cosas a través de

un prisma nuevo, y la convergencia de espíritu en el objetivo final, que consistía simplemente en crear las condiciones mínimas para que en ese país, ahora lejano, se pueda por lo menos respirar. Todas esas razones hicieron que aquel ocho de octubre uniéramos nuestras manos sobre la mesa de *Acuarium*, alrededor de los cuatro zapatos, para dejar sellado el nacimiento del M.E.MO. Como decía Bargas, necesitábamos una verdad, aunque esta verdad fuera mentira.

Agotada por la noche en vela, Régine escuchaba las anécdotas del Gordo, ya sin prestarle demasiada atención. Su voz grave y monocorde la adormecía más aun que un improbable silencio. Para fijar la mente en algo que la mantuviera despierta intentaba imaginar al Gordo del otro lado del océano, pero infaltablemente un velo gris cubría la imagen. Para ella, su amante no existía sino en París, las causas que lo llevaron hasta su regazo se desdibujaban a medida que pasaban los días.

La banda de inextricables perdularios que revoloteaba alrededor del Gordo terminaría más temprano que tarde por dispersarse. Por el momento, le era menester lidiar entre fingir una beata comprensión o despertarlo brutalmente para ponerlo frente a la dura realidad transoceánica: de este lado del océano, uno más uno dará siempre dos; Dios existe o deja de existir, sin que ello implique para nadie cambio existencial alguno; las horas duran indefectiblemente sesenta minutos y Cristo nació en Navidad.

Dentro de muy poco tiempo se disponía a cruzar París en un metro con los vagones siempre repletos, a ver los rostros de siempre, apáticos y resignados a una vida sin sorpresas. Encontraría también los mismos periódicos, los mismos cambios de andén, las mismas escaleras mecánicas, los horarios precisos y el aire viciado de los interminables pasillos, encontraría como siempre al acordeonista ciego tocando por enésima vez *Les Feuilles Mortes*. Saldría, al fin, como todos los martes a las ocho y diecisiete, compraría su

croissant en la panadería del *Boulevard Raspail*, tomaría su cortado en la esquina de la *rue de Rennes* hasta el momento de la confrontación heroica con decenas de adolescentes que aprenderían un español tan distinto a “eso” que hablaba el Gordo y pasarían dos o tres años hasta abandonar definitivamente la idea de pronunciar la *R* correctamente o a comprender la diferencia entre el ser y el estar.

—¿Y Platini qué tiene que ver con todo este delirio? —preguntó Régine, saliendo al fin del estado de somnolencia.

—¿Platini? Es una idea de Bargas, inspirado por Tristán y su famoso metafulbo. Cuando me lo explicó ya se había bebido como media botella de *guignolet* y no le entendí mucho que digamos. El día que lo entienda un poco te lo explico bien. Lo poco que sé es que quiere verlo a Platini con nosotros para convencerlo de que, como el movimiento es imposible metafísicamente hablando, o algo parecido, de nada serviría su participación en el mundial de fútbol.

—¿Qué tiene que ver el movimiento y la metafísica con el mundial y con el M.E.M.O?

—Tampoco lo sé muy bien, creo que se trata de crear la duda y la polémica por donde nadie se lo espera y de esa manera desenmascarar....

A las siete menos cuarto sonó inútilmente el despertador, ya que Bargas seguía durmiendo a pata suelta mientras que Régine y Suñé continuaban despiertos, si se puede llamar “despierto” al estado de duermevela en el que se encontraban ambos. Régine dio por terminada la charla, enormes cantidades de maquillaje intentaban esconder sus profundas ojeras. Esa misma mañana, seguramente, se le patinaría las erres y las jotas, y al conjugar en la clase el pretérito imperfecto del verbo amar no podría dejar de pensar en el Gordo Suñé.

Despertaron muy tarde con los gritos de los niños que intentaban alegremente saltar y colgarse del brazo extendido del *Pasamurallas*. El Gordo Suñé sacó de la despensa un paquete de insulsas galletitas y preparó un mate cocido a fines de ahorrar un poco de yerba. El oro verde costaba un precio exorbitante y con un mate normal hubiera gastado mucho más.

Bargas abrió de par en par las ventanas del salón y se asomó para saludar al son de estridentes cantos a un *Pasamurallas* todavía cubierto de nieve. Los niños, al oír las desentonadas melopeas y verlo a Bargas con el cabello hirsuto y la crecida barba de una semana, cesaron inmediatamente toda veleidad de migas con la escultura y salieron corriendo cuesta arriba dando alaridos.

—¡Bargas, los chicos tienen razón, parecés un cavernícola! —dijo el Gordo cerrando las ventanas.

—Cierto, me vas a tener que prestar la afeitadora, che. Es hora de quitarme la hebdobarba, sobre todo si lo vamos a ver a Platini.

—¿Conseguiste los datos? —preguntó Suñé, mientras ablandaba el bizcocho, hundiéndolo en el mate cocido.

—¡Todos! Teléfono, dirección, código postal... lo que quieras.

—¿Te los dio la Duverneuil? ¡Sos un capo! ¿Te creyó el cuento del autógrafo para tu sobrino?

Bargas sacó del bolsillo y alzó orgulloso la hojita arrugada con los datos de Platini.

—No, Gordo. No me creyó, ni me contesta cuando le hablo de Platini, se hace la interesante y mira para cualquier lado. Tuve que aprovechar un momento de distracción de la *Madame* para arrancarle la letra P de la libretita. Y vos, ¿ya sacaste los pasajes?

—Sí, los saqué, Régine me quería matar porque gasté los setecientos francos del alquiler. Para hacerme perdonar tuve que pasarme la noche, mientras vos roncabas plácidamente, contándole la génesis, desarrollo y decadencia del M.E.M.O.

—¿Cuándo salimos?

—Mañana mismo. Hay que avisarle a Tristán, que además es el único de nosotros que sabe un poco de fútbol.

—No hace falta saber nada de fútbol, lo importante es el sentido común y el “metafulbo”.

—A Tristán le podemos ir a avisar a la plaza, debe estar como de costumbre escrachando turistas. ¿Ya sabés lo que le vas a decir?

—¿A Tristán?

—No, a Platini.

—Sí, le diré: “¿Vos sos Platini? ¡Yo soy Socratini!”

—¡Bargas! Pensás viajar quinientos kilómetros para decirle semejante barrabasada, supongo que estarás bromеando y que tenés un plan más interesante, porque si no...

—Sí, tengo un plan, creo, pero no te puedo adelantar nada ¡las paredes, los mozos y los taxistas escuchan!

—¡Y yo estoy escribiendo un libro, pero no te puedo adelantar nada porque todavía voy por la tapa!... ¿Las paredes? Puede ser. Ahora, ¿los mozos? Vladimir te conoce de memoria, ¿los taxistas?... ¿Cuándo te tomaste un taxi por última vez?

—Justamente, por eso no los tomo, no quisiera que los servicios secretos se enteren de nuestros planes.

—¿Nuestros planes? ¿Así que tenemos planes?

—¿A qué se debe ese dejо de ironía y animosidad?... Vamos a buscar a Tristán.

—Vamos, pero primero afeitate como prometiste, che, ¿o querés que nos lleven presos antes de llegar a ver a Platini?

Bargas se encerró en el baño, y luego de media hora de lucha sin cuartel contra sus pilosidades faciales, salió triunfal, como si acabara de ganar como mínimo el Premio Nobel de literatura y de física al mismo tiempo.

— ¡Ahora sí, Bargas! Parecés casi un ser humano.

—Salmamos ya, Gordo, espero que el Colorado me reconozca.

Una vez en la *Place du Tertre* divisaron rápidamente al Colorado Tristán, quien esta vez estaba rodeado de una pareja de turistas norteamericanos.

—Ave Tristán, *¿quod talcum?* —preguntó Bargas en su “latín-criollo”.

—Aquí me ven, pagando el precio de la fama. Como pueden apreciar, al lado mío Rembrandt es un poroto. Acá tienen, en este paquete va mi modesta contribución para la operación. Pero me van a tener que dejar terminar estos luminosos retratos ya que los trajes de combate han sido subvencionados con los fondos de vuestro seguro servidor.

Tristán dejó por un instante el retrato de la rubia y entregó el paquete, que Bargas no tardó en apropiarse y abrir.

—Colorado —dijo el Gordo— ¿te pensás que vamos a ponernos semejantes disfraces? No cuentes conmigo, prefiero meterme directamente en la boca del lobo. ¿La camiseta albiceleste? Con todo el respeto que me merece la noble institución deportiva conocida bajo el nombre de Selección Argentina, prefiero formar parte de la masa de ciudadanos anónimos, que se muestran indiferentes a los atuendos guerreros de nuestros atléticos compatriotas.

—Gordo —respondió el Colorado—. Si vamos a ver a Platini vestidos de civil, van a sospechar, los servicios secretos ya deben estar alertas, sin hablar del innombrable...

—¿De quién? —preguntó inocente Suñé.

—Braulio, Gordo, ¡¿quién va a ser?! —contestó Tristán.

—El otro día me pareció verlo en el correo, no me da buena espina —dijo Bargas.

—¿Te pareció o estás seguro? —preguntó Tristán mientras entregaba el retrato a la pareja.

—¡*Varon solle prese guroa!*

—¿Qué decís, Bargas?

—¡*Varon solle prese guroa!*

—¿Bargas, hablás en sánscrito? ¿No te alcanza acaso con tu famoso latín-criollo?

—No es sánscrito, Colorado, es cubista, hablo en cubista, aplico la técnica de Picasso al lenguaje. ¡*Varon solle prese guroa!* Lo que en cristiano da: “A seguro se lo llevaron preso!”

—Encima, si la *Madame Duverneuil* se da cuenta que le falta la página de Platini en la libretita, vamos mal —acotó el Gordo.

—Mal o bien, nos encontramos mañana a las ocho de la mañana en la cafetería *Le Train Bleu* de la *Gare de Lyon* —ordenó Bargas, perentorio.

Emprenderían viaje en busca de Platini, con la espada de Damocles de un posible encuentro con Braulio.

El espectro amenazante de su presencia volvía a irrumpir en el peor momento.

El Colorado Tristán terminó su faena, mientras que el Gordo Suñé pretextó una terrible jaqueca para deshacerse de Bargas.

Si todo se desarrollaba como Bargas lo tenía previsto, la expedición solo duraría unas pocas horas. En caso de complicación, la cosa se pondría delicada ya que no tendrían sitio en donde pernoctar.

Llegando a su morada, Bargas encontró la puerta entrebierta. Se vio entonces a sí mismo en la ridícula situación de tener que golpear la puerta de su propia casa antes de penetrar en ella. Temía más que nada la intromisión de los

servicios secretos o de Braulio. Sabía que cuanto más se acercaba la hora del viaje, más posibilidades tenía de toparse con el “enemigo”. Volvió a golpear la puerta, el silencio reinante lo inquietaba todavía más que si hubiera una presencia manifiesta. Se dio ánimos para empujar la puerta, pensando en lo que el Negro Hansen hubiera dicho en aquella situación: “Prefiero bueno por conocer que malo ya conocido”.

La madera, hinchada por la humedad invernal, chirrió como el grito de un gavilán. Al traspasar el umbral de la puerta, sintió una desagradable sensación de desfase, de algo familiar y al mismo tiempo distinto, como cuando leyendo un libro se saltaba una página, como cuando Suñé lo convidaba con un mate dulce, como un gol anulado...

—¿Bargas? —preguntó una voz áspera.

—¡*Madame Duverneuil*!

—¿Qué hace por aquí?

“No solo me veo obligado de golpear a mi propia puerta —pensó— sino que encima tengo que justificar el por qué de mi presencia en casa. Si seguimos así, pronto tendré que explicarle a la *Duverneuil* por qué me llamo Bargas.”

Sus manos, todavía heladas a causa de la caminata, Bargas no se atrevía siquiera a calentarlas en el radiador, como era su costumbre al volver de la intemperie. Esta vez no tenía la fuerza suficiente como para enfrentarse a *Madame Duverneuil*, quien sentada en el banquito con la espalda junto al radiador parecía adueñarse hasta de la vida misma de Bargas.

Sin pensar en lo que hacía y para calentar sus manos de algún modo, enrolló Bargas sus manos en la camiseta de la selección, transformándola así en un enorme guante que *Madame Duverneuil* no tardó mucho en percibir.

—¿Parece que a Bargas le gusta mucho el fútbol?

Más que la intromisión de la propietaria, lo que ahora lo sacaba de quicio era la manía que ella tenía de dirigirse a él en tercera persona, como si con ello confirmara lo que en los

hechos ya era flagrante: a ojos de *Madame Duverneuil*, Bargas no era más que una especie de objeto acerca del cual podía ella hablar, opinar y hasta ridiculizar sin el menor tapujo.

—No sé, pregúntele a Bargas, si tanto le interesa. Yo no lo conozco tanto —se defendió como pudo Bargas.

—No se me haga el gallito, inquilino, puede agradecerme desde ya que le hablo en tercera persona, porque más bien se merecería usted que le hable en cuarta o quinta persona, si ello existiera. Usted mismo lo dice a veces cuando habla con Suñé: hay varios Bargas en uno, hoy por hoy yo le hablo al tercero.

—¿Y usted, qué cuernos sabe de lo que hablamos con Suñé? ¿Acaso también comprende nuestro idioma? ¿Debo entender que además escucha nuestras conversaciones agazapada detrás de la puerta?

—Sí, señor, soy su propietaria, y eso quiere decir lo siguiente: su cuarto me pertenece, por lo tanto puedo considerar mío el espacio sonoro que linda con él. ¡Que le guste o no, yo escucho lo que quiero detrás de Mi Puerta!

—*Madame*, me alcanza ya con mi demiurgo para que encima tenga que soportarla a usted con su omnipresencia. Le ruego que tenga la amabilidad de liberar si no mi espacio vital, por lo menos mi espacio sonoro.

—Si desea que lo deje libre, no tengo ningún problema. Me bastaría con poner un anuncio en la panadería para que veinte Bargas hagan cola en la escalera y alquilen inmediatamente mi cuarto. Incluso, si se descuida, no me extrañaría que también haga la cola el Gordo Suñé, porque la tal Régine no creo que lo soporte por mucho tiempo más.

Como siempre le ocurría con *Madame Duverneuil*, Bargas se vio en la obligación de contemporizar. Sabía que “la *Madame*” tenía razón, su cuarto era lo único que lo salvaba de la decadencia final, de una vida desenfrenada y cuesta arriba. Sin su habitación, con su radiador, su tabla de

planchar, su tocadiscos ruso, su banquito y su incommensurable desorden, perdería todo contacto con la realidad, si podemos llamar “realidad” a esa pesadilla constante en la que las intromisiones de *Madame Duverneuil* alternaban con las no por esporádicas menos desagradables apariciones de Braulio en las inmediaciones de su hogar.

—Déjole por hoy su espacio vital —gritó *Madame Duverneuil*, tras lo cual abandonó el radiador para salir y ya desde el pasillo agregó— ¿Usted también piensa disfrazarse como el pelirrojo ese que me retrató en la *Place du Tertre*?

La cuestión del atuendo comenzaba a cobrar importancia entre las decisiones que Bargas debía tomar para el inminente viaje. Quizás la mejor manera de pasar desapercibido fuera la de llamar la atención, como la carta de Poe, “escondida a la vista” encima del escritorio. Sintió el regocijo que le daba esta nueva paradoja. “Luchar contra la lógica aristotélica, el edificio puede también derrumbarse, llamar la atención para pasar desapercibido, pensar en modo infinitivo, cambiar el rumbo de las cosas, el mismo río no ha de ser inalterable. Pifió Heráclito, si el río cambia, ya no es el mismo, pero si es el mismo río, tampoco puede cambiar, porque *lo mismo* no cambia por definición”.

Una vez decidida la cuestión del atuendo, quedaba por resolver lo más importante: ¿para qué cuernos ir a ver a Platini? Ya no podía echarse atrás, había embarcado en esa historia tanto al Gordo como a Tristán, sin hablar de Régine, quien de manera involuntaria pero certera subvencionó los pasajes de tren.

Es cierto que cuando por la mañana el Gordo le preguntó el porqué de la expedición, Bargas no atinó a responder, puesto que no lo tenía del todo claro. Intuía que era necesario, tan solo porque algo parecido a su demiurgo lo empujaba a hacerlo.

Las pocas noticias que recibían de Argentina provenían de las llamadas telefónicas que lograban efectuar cuando los hados les eran favorables, ayudándolos a hallar el *grial* de una cabina de teléfono “pinchada”. Las técnicas para encontrarla eran muy diversas, fruto y recompensa, siempre, de interminables caminatas al azar. Una de las técnicas preferidas de Bargas consistía en “desorientar” a la horqueta del teléfono. Primero, introducían en la ranura una moneda de cinco francos, esperando el primer tono, luego se daban a una serie de sutiles maniobras que requerían una precisión milimétrica, bajando la horqueta de su sitio natural y moviéndola con suma delicadeza hacia arriba y hacia abajo, hasta llegar a un punto de equilibrio perfecto en el que, si bien la horqueta descansaba un poco más abajo de la mitad de su recorrido potencial, el tono seguía sonando cual música celestial a sus oídos. Bastaba con marcar entonces el diecinueve para obtener el sésamo del tono internacional, que les permitiría hablar gratis y por tiempo indefinido sin perder siquiera la moneda de cinco, que volvería a sus manos una vez que colgaran el tubo dejándolo descansar, todavía caliente, sobre la “horqueta desorientada”.

Escasos contactos quedaron por los pagos *del otro lado*. Tenían siempre la desagradable impresión de que había alguien que se introducía en la línea telefónica y escuchaba las conversaciones. Los tiempos no estaban para tomar riesgos hablando de asuntos comprometidos, además, *del otro lado*, nadie quería hablar de otra cosa que no fuera de fútbol.

“Hace tiempo que ando buscando a Fulano, lo llamo a cada rato y no está nunca en casa” —preguntaban ansiosos.

—Se debe estar entrenando para ir a la cancha —contestaban aquellas lejanas voces.

—Pero ¿no tienen otra cosa en la cabeza allí que no sea ese maldito Mundial? —preguntaban en el aire.

Poco a poco los interlocutores daban a entender que lo mejor sería que no siguieran llamando, una llamada internacional que no hablara de fútbol podía resultar sospechosa. ¿Para qué preguntar por fantasmas? La gente no está, así es, es un axioma, algo sobre lo cual mejor no indagar. ¿Dónde están? ¿Adónde fueron a parar?... vaya uno a saber...

“No hay peor ciego que el que no quiere ver” —decían los vecinos, dando a entender así que algo turbio se escondía en aquel misterio.

Ante la imposibilidad de comunicar y hablar claramente de las cosas, Bargas pensaba más bien que por allá “no hay peor tuerto que el que quiere ver tan solo un poco”. De otra manera, no se explicaba el porqué de tanto silencio.

“La *meta* es pincharles la pelota, como pinchamos aquí los teléfonos” —decía el Negro. “Más peligrosa que la espada, es la pelota. ¡Guarda con los guardametas!”

Por la línea telefónica “pinchada” se escuchaba el ruido del océano, que todo lo cubría. ¿Por qué no preguntar, entonces, si el ruido del fondo del mar disfrazaba las palabras? ¿Dónde están? El eco de los futuros pelotazos, la lluvia torrencial de papelitos multicolores, el silencio verdadero, ese que esconde el bullicio, todo apuntaba al miedo.

Tenía la intuición de que Platini sería uno de los más importantes gladiadores en ese imponente *circus*. El enemigo, cual ejército de vinchucas, intentaría durante el Mundial desviar las miradas del mundo hacia un punto mágico y movedizo, un epicentro de cuero, un *Ser* de Parménides que todo lo abarque y todo lo oculte, como el sonido del océano. Un epicentro que cubra las dudas, las preguntas, los silencios.

La “megapelota” desplegará su negro manto y todo lo esconderá. Con los primeros toques de Platini, Bargas, el Gordo, el Negro, Tristán y tantos otros, quedarían definitivamente en orsai. No habría retorno posible, no más Puente

Saavedra, no más pizza en *Acuarium*, no más colectivos ni boletos capicúas, por los siglos de los siglos.

¿Cómo podría llegar a entender esto Platini, si para el mismo Bargas todo era un mar de confusión? ¿Cómo parar la pelota, la *megapelota*, en sentido literal? ¿Si el epicentro deja de ser movedizo? ¿Si se rompe el cristal del ceniciente zapato? ¿Si la carroza vuelve a ser zapallo? ¿Si la Cenicienta se vuelve *Madame Duverneuil*? ¿Si a ojos del mundo la pelota se pincha y las miradas se liberan?...

Casi toda la noche pasó Bargas revista del futuro encuentro con Platini sin lograr definir una estrategia concreta. A pesar del cansancio, el sueño tardaba en llegar. Abrió entonces las ventanas haciendo caso omiso del gélido viento para escuchar los comentarios de su “tele-radio”, la cual, como su nombre lo indica, no era más que el sonido de la televisión de los viejos y sordos vecinos. Era la hora de las noticias nocturnas. “Nada nuevo bajo el sol, o mejor dicho y más acorde con estos pagos: nada nuevo sobre la nieve”, pensó. Llegó la hora fatídica de las reseñas del deporte y como era de prever, el bigotudo presentador (Bargas nunca vio su rostro, pero por alguna oscura razón, no podía imaginárselo ya sin bigotes) hablaba de la preparación psicológica del equipo francés, el cual, de la mano de su capitán Platini, apodado Platoche, se disponía a cerrar los ojos, o por el contrario a abrirlos grande y fijarlos únicamente en el sagrado balón.

“Platoche, Platoche... —horas después del reportaje en la teleradio, el apodo del delantero galo daba vueltas y vueltas en la mente de Bargas—. ¿Qué daría un ser híbrido entre Platón y el “Che”? ¿Entre Platero y yo? ¿Tal vez dé alguien como “Platoche”? Si todo acontece sin demasiados escollos pronto lo sabré.”

Faltaban aún varias horas para que despuntara el alba. Decidió al fin abandonar las frazadas, se preparó un mate

cocido con el puñado de yerba que le había regalado el Gordo, se puso luego tres o cuatro pulóveres cual armadura, la vieja gabardina gris del Negro Hansen, y encima de los hombros, anudada por las mangas, la camiseta de fútbol que le había legado Tristán. Bajó lo más discretamente posible las escaleras, evitando así ser visto en tan llamativo atuendo por *Madame Duverneuil*, quien no se privaría, lo sabía de sobra, de acosarlo con inquisitorias y tendenciosas preguntas. Al verlo con la camiseta albiceleste anudada así, lo relacionaría seguramente con la hoja de la letra P arrancada de la libretita de direcciones, y quién sabe si la *Duverneuil* no comunicaría la información a alguna “autoridad competente”. Por suerte, atravesó el pasillo y luego el patio hasta llegar a la calle sin toparse con nadie. Contaba con más de una hora de tiempo hasta la cita con el Gordo y el Colorado en la *Gare de Lyon*, por ende decidió, pese al frío, hacer el camino a pie, teniendo en cuenta que pasaría más desapercibido en la calle que en el metro, aunque a decir verdad, Bargas no sabía a ciencia cierta ante quién y sobre todo por qué debía esconderse. “Nada más sospechoso que un inocente”, pensó.

A poco de entrar en la avenida *Magenta* y oír el ritual concierto matinal de bocinazos, creyó que este era consecuencia del efecto que provocaba la camiseta de la Selección Argentina en los automovilistas parisinos. Sin embargo, no tardó mucho en percatarse de que semejante bochinche provenía simplemente de la impaciencia de los conductores ante el atasco que les impedía atravesar la *Rue du Faubourg Saint-Martin*. Llegó finalmente al cabo de una hora, sin demasiados escollos, a la estación. En la cafetería estaban ya esperándolo Tristán y Suñé. Se los veía algo inquietos, el Colorado lucía la camiseta a modo de bufanda y el Gordo la llevaba como una mezcla de gorro y de turbante. Profundas ojeras circundaban los ojos de ambos.

—¡*Ave, amicus!* ¿*Quod talcum?* —exclamó Bargas.

—¡Ave, Bargas! —respondieron al unísono Tristán y Suñé.

—¡*Rajemus!* ¡*Tren quasi in partenza est!*

Llegaron al andén número trece, de donde saldría el tren.

—¡Directo a Lyon! ¡En un par de horas llegamos! —declaró Suñé, mientras subían al vagón.

Faltaban pocos minutos para la partida y el tren estaba casi vacío. Llegando a la puerta transparente que delimitaba el compartimiento, vio el Colorado Tristán una silueta algo morruda que se desvíava en esfuerzos por acomodar la pesadísima valija en el maletero.

—Bargas, hacele honor a tu bien ganada fama de caballero y dale una mano a la pobre señora, no seas haragán, al final voy a pensar que la empleada de correos tenía razón al tratarte de maleducado —dijo Tristán.

La pollera escocesa dejaba ver unas fuertes y algo veilludas pantorrillas. El cuerpo era robusto, pero no daba abasto con la maleta.

—Sacate la camiseta, Bargas, si no vas a espantar a la pobre dama —acotó el Gordo.

—¿La puedo ayudar, señora?

Una voz carrasposa respondió algo que Bargas no logró comprender. Reiteró entonces la pregunta:

—¿Uma manito, señora?

Todavía de espaldas, volvió a responder la voz carrasposa, algo que Bargas alcanzó a distinguir como una suerte de lamento o de suspiro. “*My god, my god*”, decía. Abandonando luego sus vanos esfuerzos, dejó caer ruidosamente la maleta encima del asiento y giró la cabeza con la intención de asentir a la propuesta de ayuda que le ofrecía Bargas. Durante los segundos que precedieron a su descubrimiento, mientras se quitaba la camiseta del cuello, Bargas se dio a imaginar el rostro que esconderían los enmarañados cabellos.

Esta vez el desfasaje con la realidad fue violento. Unos anteojos redondos, un aro en forma de ancla en la oreja

izquierda, una cicatriz en el entrecejo y, sobre todo, una barba de tres días ornaban el semblante taciturno del escocés.

—*My god! My god!* —repetía el mismo aporreando la valija.

—¡Éramos pocos y parió la abuela! ¡Un escocés! ¡Y yo que pensaba que un escocés con pollera solo se veía en los dibujos animados! ¡Aquí tenemos un ejemplar en vivo y en directo! ¡Al diablo mis veleidades de discreción indumentaria, este hombre nos ganó por goleada! ¡Ahora sí que pasaremos desapercibidos! ¡Gordo, vos que hablás tanto, ayudame a subir este mastodonte!

Gracias a los esfuerzos conjugados de los tres y bajo los aplausos y la mirada divertida del Colorado, lograron al fin ensartar la valija en el maletero.

—Yo no me siento acá, che; si se llega a caer semejante ropero, nos mata a todos juntos —declaró Tristán, risueño.

El tren partió a la hora prevista, con el escocés sentado frente a los tres representantes del Movimiento Extremista Moderado y Oximorista. El Gordo Suñé intentó hacer migas con el escocés para hacer el viaje más ameno con comentarios en francés y en castellano acerca de la maravillosa puntualidad de los trenes europeos, mas el escocés no se dignaba a responder, levantaba alternadamente las cejas o los hombros, hasta que Bargas sentenció:

—No se gasten más en hablarle, muchachos; este señor, por lo visto, no entiende ni el francés ni el castellano.

—Yo entiendo un poco el italiano —dijo Suñé.

—Yo también, pero la verdad que de escocés ni idea, che —dijo el Colorado.

—No seas bestia, Tristán —repuso Bargas—, el idioma escocés no existe, este hombre habla simplemente en inglés.

—Y vos, Gordo, ¿te las arreglas en tal exótica lengua? —le preguntó Tristán.

—Lo entiendo un poco, pero no lo hablo —respondió Suñé; el único aquí presente que quizás nos pueda hacer salir del paso sos vos, Bargas. Supongo que además de tu bendito latín-criollo, por lo menos chapuceás un poco la lengua de Shakespeare —sugirió el Gordo.

—¿El inglés?... Lo hablo pero no lo entiendo.

Finalmente no les fue muy necesaria la charla, puesto que cinco minutos más tarde el escocés quedó cómoda y profundamente dormido, ocupando la total superficie del asiento; enfrente suyo, no tardaron mucho en sucumbir a las garras de Morfeo el Gordo, con la cabeza apoyada en la ventana, aprovechando como almohadilla la camiseta-gorroturbante, Bargas, con la cabeza apoyada en el hombro del Gordo, y Tristán, con la cabeza apoyada en el hombro de Bargas. El equilibrio era perfecto pero sumamente precario. Bastaba con que uno de los tres se moviera un ápice para que la inercia despertara también a los otros dos. Pero el cansancio era tal que emergieron del profundo sueño solo al cabo de un par de horas con los gritos del guarda, quien cansado de solicitar cordialmente los boletos sin que a ninguno se le moviera un pelo, decidió emplear un método radical a base de grito y zamarreto en la persona de Tristán. Prácticamente al mismo tiempo despertaron todos sobresaltados, excepto el escocés, que seguía durmiendo plácidamente.

La conjunción de miradas hurañas con la desconfianza natural del guarda ante aquella banda de presuntos perdularios vestidos con turbantes y bufandas a base de camisetas argentinas, hizo que el tono se volviera de pronto más afable; su voz mutó por un instante y cobró hasta cierto dejo de dulzura.

—¿Tendrían ustedes la inmensa amabilidad de presentarme los boletos? —insistió el guarda, mientras se quitaba la gorra y se rascaba la pelada.

—*What's the matter?* —preguntó el escocés semidormido, enderezándose y refregándose los ojos.

—¿Qué dice el gringo, Bargas? —preguntó Tristán.

—*"What's the matter?"* Preguntó si tenemos agua para el mate.

— ¡Buena idea!

Sacó el Gordo termo, mate y bombilla y se dio a la tarea de cebar, tomó el primer mate como de costumbre y le tendió el siguiente al guarda.

—Usted primero, jefe, legítimo brebaje de las pampas.

El guarda lo bebió de un sorbo e hizo sonarlo dos o tres veces con el familiar chirrido del aire pasando por la plateada bombilla.

—Muy rico el menjunje, un poco amargo, quizá, pero insisto a riesgo de parecer pesado: ¿tendrían ustedes la gentileza de presentarme los boletos?

El Gordo dejó en manos de Bargas el material para el mate y se puso a hurgar dentro del bolso con la intención de encontrar rápidamente los boletos. El guarda comenzaba a perder paciencia y a retomar el tono hostil del comienzo. Bargas cebó otro mate y lo puso en manos del escocés, quien no se atrevió a rechazarlo y se atragantó cual si hubiera tragado un sapo.

—¡Boleto, señores, boleto! —insistió el guarda, ya altamente ofuscado.

El Gordo terminó por desparramar en el asiento del escocés todas sus pertenencias, a saber: medias, biromes, un paquete de yerba, revistas, calzoncillos, dentífrico, cepillo de dientes y zapatillas.

—¡*Eureka*, aparecieron! ¡Aquí tiene, jefe! —tendió los tres pasajes, como si fueran tres excelentes cartas de truco.

El guarda volvió a ponerse la gorra y examinó largamente los boletos. El Gordo, con la confianza adquirida merced a la certeza de haber respetado la ley, le preguntó:

—¿Qué pasa, jefe? ¿Acaso hay algún problema con los pasajes?

—Aparentemente no, pero déme otro por favor.

—¿Otro mate? —inquirió el Gordo, entre divertido e intrigado.

—¡Qué mate ni mate! ¡Deme el otro pasaje, si no ya me están pagando la multa!

—¿No me había dicho usted que no había problema con los boletos? —protestó el Gordo Suñé.

—Efectivamente, hombre, pero falta uno.

—¿Cómo que falta uno? Somos tres: Bargas, Tristán y quien le habla: Suñé —argumentó el Gordo señalando a sus compinches y propinándose luego sonoros golpecitos en el pecho.

—¿Y el caballero ese?

—¿El escocés? ¡Qué sé yo! Pregúntele a él. No viaja con nosotros —declaró Tristán.

—¡Me lo podían haber dicho antes! ¡Oiga! —se dirigió directamente al escocés— ¡El boleto, ya! ¿O se piensa que me voy a quedar todo el día en este compartimiento?

El escocés volvió a mover hombros y cejas a fines de significar lo poco que entendía de la intimación del guarda.

—¡Se acabó la broma, señor! ¡O boleto o boleta! Y cuando digo boleta es una multa de ciento cincuenta francos, ¡por ahora!

El escocés lo miraba intrigado, sin entender una palabra de lo que se hablaba.

—No entiende ni iota, jefe. ¡Es escocés! —retrucó Bargas.

—¡Que alguien le explique que me debe mostrar el boleto! ¿Quién de ustedes habla inglés?

—El único que lo habla es Bargas, pero no lo entiende —respondió el Colorado.

—*Traduttore traditore* —dijo Bargas, para salir del paso.

—Bargas, explíqueme al escocés ese que me tiene que presentar el pasaje, en caso contrario la multa será de doscientos francos, y usted, grandulón, sáquese ese turbante y deme otro brebaje pampeano, que esto veo que va para largo —agregó el guarda estirando el brazo en dirección al

Gordo—. ¿No les da vergüenza pavonearse con esas camisetas de fútbol en los ferrocarriles franceses?

—¿Qué tiene de malo? —sugirió el Gordo, mientras se quitaba la camiseta de la cabeza y le cebaba un mate.

“¡Los ferrocarriles franceses!”, pensó Bargas. “Al igual que el correo el otro día cuando me sacaron a las patadas, una vez más me acosa el maldito ogro de La Institución. Parece que por aquí la adoración a La Institución es deporte nacional. Si queremos salir de sus garras, hay que llamar la atención para pasar desapercibidos. El axioma funciona a la perfección: la prueba fehaciente es que el guarda se fijó en las camisetas, sin siquiera reparar en la falda del escocés, diez veces más llamativa que nuestros pobres disfraces. ¡Otra vez la carta robada de Poe!”

En una extraña lengua que seguramente tenía más de arameo que de inglés, le hizo Bargas entender al escocés que el guarda requería el boleto urgentemente. Este último perdió definitivamente la paciencia y en una hoja escribió esta vez la suma de trescientos francos y la exhibió en las narices del escocés.

—*Ticket o trescientos, that is the question* —declamó el guarda, mostrando siempre la hojita con la suma escrita.

Menos para obedecer al guarda que para informar de la situación al escocés, Bargas se dio a una serie de gestos lo suficientemente explícitos como para que el escocés comprendiera la disyuntiva. Este último, ya al borde del llanto, subió de un salto al asiento sobre el cual tronaban todavía las pertenencias del Gordo, y de un manotazo certero atrapó la maleta y la hizo caer al suelo. Bargas, que tenía los pies estirados, tuvo que retirarlos ágilmente para evitar que fuesen aplastados por la valija. El escocés, refunfuñando, la abrió por completo y extrajo de ella una vieja billetera.

—Veo que cortamos por lo sano, me va a pagar la multa como un buen ciudadano, le voy preparando la boleta, está

usted de suerte, amigo: como me agarró de buen humor, se la dejo a trescientos cincuenta.

En lugar de dinero, el escocés sacó de la billetera una foto amarillenta de lo que se suponía debía ser su mujer y su hijo y le mostró al guarda el resto de la billetera completamente vacía.

—Lo siento, amigo, muy enternecedora la foto de familia, ¡pero va a tener que pagar esa multa!

—*I can't! I can't!* —respondió el escocés en una súplica.

—¡Le doy un minuto para que me abone la boleta!

—*My god! I can't! I can't!* —repitió el escocés lloroso.

—¿Qué dice este señor? —preguntó el guarda, guiñándole el ojo a Bargas, con la intención de hacerlo cómplice.

—¡Dios mío! ¡Ay, Kant! ¡Ay, Kant! —“tradujo” Bargas.

—¿Qué pretende significar con eso?

—Mire, jefe, aunque no parezca, esto va mucho más allá de la mera querella pecuniaria. Lo conozco muy poco a nuestro amigo escocés, poco, pero lo suficiente como para entender sus no por escasas menos profundas palabras. A usted lo único que le interesa es salir de este comportamiento con el galo sentimiento del deber cumplido, habiéndole encajado al pobre hombre una onerosa boleta. ¿Qué pretende significar el escocés con el “¡Dios mío! ¡Ay Kant!?” La explicación merece una breve introducción a la ontología Kantiana...

—¿Qué tiene que ver la odontología con el boleto del escocés?

—Ontología, jefe, ontología. Para Kant, Dios existe como necesidad, es lo que él llamaba un imperativo categórico. Dios es lo que le da sentido al mundo. Un mundo sin Dios no sería concebible, mejor dicho, el mundo sin Dios sería quizás concebible, pero Dios no dejaría de ser necesario desde el punto de vista de la Moral. La Moral existe *de facto*, pero necesita de un Dios, de un *alter*, para ser justificada a

posteriori. Me dirá usted, como tantos otros mentecatos, entre los cuales no le esconde que me incluyo casi todos los días, que la existencia de Dios es incompatible con la idea del mal, y en eso tiene toda la razón. Ahora, acontece que si Dios existe como necesidad, sea esta una necesidad moral o un imperativo categórico o cualquier otro tipo de necesidad, desde el momento en que comienza a existir nuestro flamante Dios con garantía secular incluida (suponiendo que la existencia de Dios pueda tener un principio), desde ese preciso instante deja de ser una necesidad y por ende deja también de existir. Y es ahí, estimado señor, que se produce el gran intersticio, el hueco profundo y visceral al que llamaremos “buraco ontológico”. En ese preciso lugar del universo, en ese abismo del ser, en ese *mondo sine Dei* o mundo sin Dios, nuestro joven Dios no deja de existir; mas el mal gana terreno, se hace un lugar, ocupa a sus anchas el buraco ontológico hasta el momento en que ese mal hace que el mundo se vuelva injusto e insopitable. Es en ese entonces, en ese *hic et nunc*, cuando la teoría de Kant vuelve a ser de actualidad, revive Dios por un lapso de espacio y de tiempo, para esparrcir minúsculas dosis de justicia por doquier. El pobre Dios hace lo que puede, ya renunció hace rato a la idea de perfección, tiende o pretende tender hacia ella, como lo pretendemos también humildemente nosotros, pero la faena es inalcanzable. En síntesis, Dios existe por intermitencia, lo que permite tanto el bien como el mal, tanto el Infierno como el Paraíso. Todo esto es lo que quiso decirle el escocés, y ahora, si usted se muestra sensible al argumento de la existencia de Dios por intermitencia, ¡perdónele la multa y tómese otro mate con nosotros!

—¡Por esta vez vaya y pase, lo perdonó tan solo porque no quiero oír más ni los lloriqueos del escocés, ni sus pavadas odontológicas, o como se llamen!

Tomó el guarda un último mate, y abandonó al fin el compartimiento. El escocés, con la ayuda del Gordo y de Tristán, volvió a colocar la valija en el maletero, aceptó un nuevo mate, lo tomó casi de un sorbo y ya sin atragantarse.

Bajaron Bargas, el Gordo y el Colorado, hambrientos y sientos en la estación *Lyon Perrache* y comieron cada uno un sándwich completo con un *guignolet* en un barcito del casco antiguo. Cuando caía ya la noche, se encaminaron hacia la zona de la *Croix-Rousse*. Ninguno de los tres conocía el camino, pero gracias a la amabilidad de los pocos transeúntes que para su asombro no huyeron al verlos, llegaron al fin a la casa de Platini. La fachada parecía relativamente modesta, cosa que los sorprendió de entrada ya que tenían entendido que un jugador de fútbol de tan alto nivel como “Platoche” debía, como mínimo, nadar en el lujo y la abundancia.

—Muchachos —declaró al fin Bargas, imitando un micrófono con la mano, como si estuviera dando una conferencia de prensa—, la modestia del edificio denota la probable permeabilidad de Platini para con nuestras ideas.

—¿Nuestras ideas? ¿Cuáles son nuestras ideas? —reclamaron prácticamente al unísono Tristán y el Gordo.

—Si lo supiera, amigos, no estaría aquí.

—Si no lo sabés, te sugiero que lo vayas pensando, si no, me saco ya mismo esta maldita camiseta y me vuelvo a casa, que Régine cuando se entere que ya estamos aquí a la deriva, se me raja sin previo aviso.

“El Gordo tiene razón —pensó Bargas—, los tengo a todos a la merced de la inspiración de un Bargas oxímoron, por el momento más moderado que extremista. Un oximorista que se precie debe mantener el equilibrio perfecto entre el extremismo y la moderación. ¡Maldita sea! Me está ganando la moderación. ¿A no ser que se trate del miedo?...

—Muchachos —respondió Bargas—, es menester que el tábano que en nosotros vive despierte de una vez y que colándose por los intersticios de la vida despierte al mundo de su letargo. El Negro Hansen, dondequiera que esté, apostó cien contra un puchón a que el tábano puede más que la vinchuca. Ayer, cuando lo vi en mi teleradio a Platoche, descubrí que había algo en su mirada que me inspiraba confianza. No puede mostrarse insensible a nuestras inquietudes, sobre todo él, quien, como su apodo lo indica, tiene algo de Platón y algo del “Che”. En suma: un legítimo extremista moderado.

—Todo muy interesante, Bargas, pero hablando de colarse por los intersticios, decime una cosa: ¿cómo diablos entramos aquí? Me estoy congelando, y no quiero ni pensar en el escocés con las gambas al aire, que me da más frío todavía —protestó Tristán. Y agregó— Bargas, sacá el papelito con los datos, así conseguimos el número del código para abrir de una vez la puerta. ¡Qué manía tienen por estos pagos de ponerle tanto código a tanta puerta!

—¡No me atosiguéis! —protestó Bargas—. La idea de ver a Platini no la tuve yo, la tuvo Tristán. Vos, Gordo, aunque de forma indirecta, la financiaste, así que *hic et nunc* soy tan solo un tábano más, pero admito y acepto que estoy en el baile y bailo, hasta “con la más fea”, y si fuera necesario también podría bailar con la escoba, incluso con una escoba fea. No pienso escabullir el bulto. Aplicaremos con creces las incipientes tesis del metafulbo y Platini será uno más en el Movimiento Oximorista. Además, si acepta colaborar con nosotros, se convertirá en un verdadero ícono. De dispersos tábanos pasariamos al estatuto de vinchucas, y lo más importante es que todo esto lo lograríamos sin perder la movilidad del tábano. No teman, muchachos, estamos bien encaminados. —Y agregó— No se les ocurra quitarse las camisetas, es el momento clave en que tenemos que llamar lo

más posible la atención para pasar desapercibidos, ya lo comprobamos empíricamente con lo que podríamos llamar “la Fábula del guarda y el escocés.”

—¡Bajá un poco del caballo, Bargas, y mirá el código, que esto es una heladera! —insistió Tristán casi tiritando.

—Pará un poquito... —sacó lívido Bargas del bolsillo el arrugado papel que otrora perteneciera a la libretita de *Madame Duverneuil*, y lo buscó en vano.

—Cagamos muchachos, no tenemos el código —dijo Tristán al adivinar, por la expresión de la cara de Bargas, la ausencia del mismo.

—No importa, che —se aventuró Suñé—. Esperamos que entre alguien, nos incrustamos con él y se acabó. ¿Cuál es el problema?

—¿Cuál es el problema? ¿No te das cuenta que si nos ven entrar con las camisetas a estas horas terminamos la noche repimporoteando en el calabozo? —replicó Bargas.

—Pero entonces saquémonos las camisetas y listo —sugirió tímidamente Suñé.

—Gordo! ¡No entendiste nada! ¡Sin las camisetas sería mucho peor; así ni siquiera terminaríamos en cana, nos deportarían *ipso facto* a Argentina! —retrucó Bargas.

—No se aflijan —dijo Tristán, acercándose al umbral de la entrada—. Nos fijamos en el tablero cuáles son los cuatro números más gastados y ya con eso se nos simplifica ampliamente la tarea. Sabemos que en Francia los códigos siempre poseen cuatro cifras. ¿Quién tiene un encendedor, que no se ve nada ya?

El Gordo, siempre dispuesto a resolver los problemas prácticos, sacó un encendedor que siempre llevaba consigo, a pesar de no haber probado un cigarrillo en toda su vida. Se acercó y encendió la lumbre. Destelló el bronce y brillaron los botones con los diez misteriosos números. En el momento en que estaban ya a punto de sacar las primeras con-

clusiones, fueron interrumpidos por los pesados pasos de un hombre cincuentón, bajito, barrigudo y calvo, quien los hizo apartarse inmediatamente del umbral.

—Buenas noches, ¿buscaban algo? —preguntó cordialmente el barrigudo señor.

—Nada inmediato, tan solo tiempos mejores —bromeó Bargas.

—En ese caso, les recomiendo que tomen asiento —bromeó a su vez el señor.

Ejecutó luego rápidamente y con suma destreza los cuatro codiciados números, pero ni Bargas, ni el Gordo, ni Tristán alcanzaron a distinguir nada.

Tampoco se atrevieron a entrar detrás del barrigudo, ya que a pesar de la simpatía o por lo menos de la falta de hostilidad, no les cabía la menor duda que el señor acabaría llamando a la policía y terminarían los tres, con camiseta y todo, en la comisaría. Una vez alejado el eco de los pasos, volvieron a acercarse a la entrada y el Gordo a encender la llama.

Grande fue la sorpresa y la decepción cuando descubrieron que todos los números estaban gastados por igual.

—Esto es imposible, si hay solo cuatro números que los habitantes de este edificio marcan a cada rato para entrar, estos deberían lógicamente estar mucho más gastados que los demás y por ende, ser reconocidos de inmediato —sentenció Tristán.

—No contaste con la posibilidad de que cada tanto cambien el código, sabés cómo son de desconfiados en este país. Menos mal que Bargas acaba de tener una idea brillantísima —dijo Bargas, quien no escatimaba en utilizar la tercera persona al hablar de sí mismo, sobre todo para vanagloriarse—. Vos, Gordo, sacate el turbante, buscá una farmacia de turno y comprate un talco. Decí que es para un bebé, nadie puede desconfiar de alguien que se ocupa de un bebé a estas horas, y si digo sacate el turbante, no es como

debés imaginar para no llamar la atención, sino más bien para diversificar los focos de visibilidad. Seguro que en el inconsciente colectivo del vecindario, el Gordo del turbante no es el mismo que el honesto ciudadano que compra el talco...

—¿Y para qué diablos querés que vaya a comprar talco? —preguntó el Gordo, escéptico.

—Es en momentos de gran dificultad que la agudeza y el ingenio de Bargas se agigantan —contestó Bargas—. El maquiavélico plan es el siguiente: una vez cumplida la primera fase de la operación, que consiste como os adelanté en la compra del talco, operación que se llevará a cabo merced al Gordo sin turbante, ya de nuevo por aquí el Gordo volverá a ponerse la albiceleste en la cabeza para despistar a quienes podrían haberlo visto antes. Procederemos luego al entalcado de la chapa con el código...

—¿Y para qué querés ponerle talco al código? ¿Acaso están paspados los numeritos? —preguntó Suñé, irónico.

—¡Qué paspado ni paspado! Untamos bien los números de talco, nos escondemos aquí enfrente, detrás del camión ese, y esperamos que el primero que entre al edificio marque el código. Por supuesto que con la oscuridad de la noche no se va a percatar de la presencia del talco; después, se trata simplemente de actuar rápido. Con el encendedor del Gordo será un juego de niños ver cuáles son los cuatro números que quedaron sin talco.

El Gordo desanudó la camiseta de su cabeza, la guardó en el bolso y se dispuso a salir rumbo a la farmacia, no sin antes exigir una colecta para pagar el talco entre todos. Para no tener que explorar a la intemperie el bolso en busca del monedero y de su pasaporte, como le había sucedido esa misma tarde con los pasajes de tren, decidió llevarlo a cuestas a pesar de que a causa del hielo la calle estaba sumamente resbaladiza. Dejándose llevar por el instinto, inició un arbitrario periplo en busca de una farmacia, cruzó en su camino varias panaderías, varios bares e incluso

kioscos de venta de periódicos, pero no lograba divisar farmacia alguna. Miraba a lo lejos la avenida, con la esperanza de ver aparecer la cruz verde fosforecente que indicara la farmacia de turno. No se atrevía a preguntar a nadie. Pensó que quizá Bargas estuviera en lo cierto y que sin la camiseta argentina parecería aun más sospechoso que con ella. ¿Qué hacer entonces? Se sentía como un delincuente pese a tener la certeza de no haberle hecho mal a nadie y de no haber cometido ningún delito. Tal vez hubiera, al fin de cuentas, una víctima, pero esa víctima no era otra que él mismo. “¿Qué vine yo a hacer en esta inútil epopeya? En los mitos esos que Bargas no cesa de citar como ejemplo, la lucha es clarísima, hay malos y buenos, hay laberintos, hay minotauros, hay princesas que rescatar... ¿Mi laberinto? Aquí aparece: calles y avenidas que sin ser hostiles, parecen enredarse para que pierda el rumbo sin siquiera poder cumplir con el propósito de sentirme útil y aportar mi granito de arena en la redada al minotauro (¡ya estoy pensando como Bargas, Dios me salve!)... Laberinto, minotauro, princesa... ¡princesa! ¿Seré yo quien salvará a la princesa? ¿Terminará como siempre Régine salvándome a mí? ¿Por dónde andará mi Régine? A esta altura estará arrancándose los pelos al ver que pudo más la corriente que me arrastró hasta aquí que la razón”. La veía, en el recuerdo, al borde del llanto, implorándole que abandonara a los oximoristas y se quedara en París a su vera. Hacía solamente un par de horas que estaban en Lyon, pero París quedaba ya muy lejano. Al pasar por una cabina telefónica, sintió la necesidad de llamar a Régine. Entre las monedas de la colecta para el talco, había por lo menos tres de cinco, lo que permitiría por lo menos media hora de charla y consuelo con Régine. Esperó más de diez minutos a que se desocupara y llegado el momento, se dispuso a llamarla. Necesitaba su apoyo. Además, le parecía injusto haber sido designado por Bargas como emisario encargado del talco. El frío lo hacía temblar y la falta de abrigo en la cabeza, debido al abandono del turbante

albiceleste, lo hacía sufrir. Extrañaba ya *Montmartre*, su calefacción, su *Pasamurallas* y su princesa cartesiana. Sacó la camiseta del bolso y optó por usarla a modo de bufanda, para ganar en abrigo lo que perdía en discreción. Puso dos monedas de cinco en la ranura y marcó su número: daba ocupado. Régine estaría hablando desconsolada con alguna colega del trabajo, o quizá con su madre o su hermana. Alguien, del otro lado del tubo, le debía estar recomendando que huyera, que huyera del Gordo y de la banda de oximoristas que le envenenaban la vida. Intentó comunicarse dos o tres veces más, pero seguía dando ocupado. Colgó el tubo enérgicamente, pero las monedas habían sido tragadas y digeridas por el vientre plateado y voraz del aparato telefónico. Por suerte le quedaban algunas monedas en el bolso. Abandonó la cabina, ya que el frío se tornaba insoportable y los árabes que ya iban formando cola detrás comenzaban a impacientarse. Siguió caminando al azar, temeroso de perder el rumbo. Al cruzar un policía en uniforme pensó en huir, pero recordó la premisa oximorista que preconizaba llamar la atención para pasar desapercibido. Entonces, atacó de frente.

—Buenas noches, agente. ¿Podría usted indicarme si hay alguna farmacia abierta?

—¿Argentino, el señor?

—Yo... —pensó en los pasaportes italianos legados por Salvatore y evitó pisar el palito.

—Italiano.

—¿Y esa camiseta? ¿Es italiana, acaso?

—La camiseta... ¿qué camiseta? —Suñé sabía que estaba respondiendo una estupidez, pero intentaba ganar tiempo mientras pensaba en alguna coartada.

—Es cierto, no es una camiseta, es una bufanda —respondió irónico el policía.

El Gordo Suñé maldijo el momento en que dejándose llevar por las ideas de Bargas encaró al policía; tenía la impresión de haberse metido en la boca del lobo.

—¡Ah, la camiseta! Es para un baile de disfraces.

—¿Y la farmacia? ¿También es para el baile?

—Voy en busca de talco, usted sabe, los bebés...

—¿Los bebés? ¿Tiene mellizos?

—Trillizos! —respondió sin reflexionar, aunque quedó satisfecho calculando que las dos posibilidades que se abrían favorecerían un feliz desenlace, ya que si el policía tomaba su respuesta a la chacota, probablemente lo dejaría partir con una sonrisa. Mientras que si la tomaba en serio, también lo dejaría marcharse, conmovido por la devoción familiar que representaba el Gordo.

—Ocupese de los bebés. La farmacia está la segunda cuadra a la derecha.

—Gracias, agente, allá voy.

—De nada, señor, lo acompañó, no sea cosa que se vaya a perder.

Caminaron en silencio hacia la farmacia. El Gordo volvió a temblar, aunque no sabía si era a causa del frío o del susto que le daba la presencia del agente. Entró, despidiéndose nuevamente y dándole la mano, pero el policía parecía querer seguirlo como una sombra, e ingresó con él a la farmacia.

—El señor necesita talco para los bebés —anunció el policía.

—¿Qué talco? —preguntó la farmacéutica.

—Cualquiera, déme un kilo —contestó el Gordo, intentando retomar la iniciativa.

—¿Un kilo? ¿Oí bien, dijo un kilo?

—Sí, tengo trillizos...

—Son treinta y dos francos.

El Gordo sacó del bolsillo las monedas que habían sobrado de la colecta luego del intento fallido de llamado a Régine. El total llegaba apenas a veinticinco francos. Se vio entonces obligado a hurgar dentro del bolso. Pero a causa de la tácita presión que ejercía el policía y en menor medida la

farmacéutica, el monedero no aparecía por ningún lado. Colocó el bolso encima del mostrador y comenzó a revolver sus pertenencias. Tuvo que sacar el termo y la bolsa con la yerba, hasta dar finalmente con el monedero.

—Me permite, señor —el policía tomó la bolsa con la yerba, al mismo tiempo que sacaba las esposas del cinturón. El Gordo Suñé sintió que había llegado la hora fatídica, se imaginó recluido en una celda. Durante el tiempo que pensaba alguna respuesta para salir del mal paso, logró ver *in mente* a Régine, ronca y ojerosa, visitándolo en la cárcel.

—Las hierbas estas, ¿también son para los trillizos?

—Es... es mate, señor agente.

—¡Ah! Lo mezcla con el talco para los bebés.

—No, señor, es un tecito diurético, lo venden en las farmacias, pregúntele a la señora.

—¿A ver? ¿Me deja oler? —se entrometió la farmacéutica—. Efectivamente, se trata de una hierba medicinal carísimamente. Supimos venderla hace algún tiempo, pero era tan cara que nadie la compraba.

—Si tiene unas bolsitas, señora, les pongo un puñado a cada uno, así la prueban.

Para alivio del Gordo, la señora trajo dos bolsitas de papel madera y las llenó de yerba repartiéndoselas con el agente, quien volvió a guardar las esposas en su cinto y se retiró sin saludar. Para dejar pasar un poco de tiempo esperando a que el policía se alejara, el Gordo Suñé se pesaba una y otra vez en la balanza y leía atentamente la posología de cuanto medicamento encontraba.

—¿Algo más deseaba?

—No, señora, gracias.

—No se olvide del mate —la señora le tendió con una sonrisa la bolsita con su puñado de yerba y le abrió la puerta de vidrio echando un vistazo a diestra y siniestra, para comprobar que el policía se había marchado.

Salió Suñé de la farmacia agradecido, y se encaminó hacia la morada de Platini con el bolso cargado de talco. Temió perderse en la vuelta, pero felizmente encontró el sitio sin mayores escollos.

—Apareciste, Gordo, ya pensábamos que te había agarrado la cana.

El Gordo volvió a sentirse culpable y guardó para sí el encuentro con el policía. Sacó el paquete con el kilo de talco y se lo entregó a Bargas, como si fuera un diploma o una medalla.

—¡Bravo, Gordo! —exclamó Bargas— Vos sí que sos un grande. Sabiendo ya cuáles son los cuatro números ganadores, la tarea se nos facilita muchísimo. Seguro que, con un poco de suerte, en un ratito estaremos adentro. Bueno, pensándolo bien, tanto como en un ratito, no. Habiendo cuatro números, tendremos solamente nueve mil novecientos noventa y nueve posibilidades de acertar. Evidentemente las posibilidades son muchas, pero no es imposible. Además, hay una posibilidad sobre dos para que el numero “ganador” sea inferior a cinco mil, en ese caso el tiempo se dividiría por dos —pretendió argumentar Bargas, intentando insuflar en sus cómplices un poco de optimismo con su ingenua y falaz aritmética.

—Bargas —retrucó Tristán—, si marcamos diez códigos por minuto, lo que con el frío que hace y sin guantes ya sería de por sí una hazaña, en una hora habríamos marcado tan solo seiscientos códigos; en diez horas, seis mil; en quince horas, nueve mil; en diez y seis serían nueve mil seiscientos, así que en el mejor de los casos en diecisiete horas estaríamos adentro. Si tu intención es pasar la noche a la intemperie, lo mejor sería volver a París y esperar la primavera.

—El Colorado tiene razón, Bargas —dijo Suñé, arrepentidísimo de haber ido a buscar el talco—. No podemos pasarnos la noche intentando acertar con el código. Tiene que haber otra solución. ¿En qué piso vive Platoche?

—En el tercero, creo, así que si lo que pretendés es que nos trepemos por los balcones, lo veo todavía más difícil que

acertar con el código. Por suerte se ve la luz en el tercer piso, porque si hacemos todo esto para que después nadie responda al timbre...

—¿Y si tiramos una piedrita para que se asome al balcón y ahí le explicás quiénes somos? —dijo el Gordo.

—Ni se te ocurra, eso sería empezar el diálogo con Platini con el pie izquierdo. Dejémosle a Platoche el monopolio de la zurda, que además le va a servir más que a nosotros en los futboleros tiempos que se avecinan. Paciencia, muchachos, esperamos aquí hasta que alguien entre, nos jugamos el todo por el todo y entramos de prepo con él. Mientras tanto, armémonos de coraje.

—Coraje no nos falta, Bargas, pero, a ver si encontrás la solución. ¡No se aguanta más este sopor canicular, che! —ironizó Tristán.

—Dejá de cacarear un poco que vas a estropearlo todo. Como de costumbre, yo me mato elaborando planes para que...

Los ruidos de las rejas del vetusto ascensor interrumpieron la incipiente polémica, llevándolos en el acto a un prudente silencio cargado de miedo y expectativa. Estaban preparados psicológicamente para entrar en cuanto ingresara alguien desde la calle, pero por algún motivo irracional, el hecho de que el sésamo viniera desde el interior del edificio los confrontó por fin al momento en que tomarían cuerpo y se concretarían al fin las elucubraciones de Bargas. El miedo no provenía solamente de las posibles denuncias por intrusión abusiva en propiedad privada o de las consecuencias de algún delito similar, no, la amenaza más importante provenía de la incógnita acerca del resultado que daría el tan esperado encuentro. A decir verdad, y aunque todavía ninguno se atrevía a reconocerlo, los tres oximoristas sabían que no podían esperar gran cosa de Platini pero, como decía Bargas, estaban en el baile y tenían que bailar.

El Gordo y Tristán interrogaron con la mirada a Bargas, ya que casi ni se atrevían a hablar.

—¿Y si la persona que saliera del oscuro pasillo fuera Platini? —preguntó ya en un susurro el Gordo, alejándose de la entrada.

Bargas, dando muestras de coraje, tuvo que retenerlo por la manga y contestó.

—¡De aquí no nos vamos sin ver a Platoche!

Resonaron como latigazos en el pasillo unos pasos algo cansinos, hasta que se abrió el portal. Bargas hizo un gesto con la cabeza para indicar la inminencia del acecho.

—Ya me decía yo que los argentinos eran atolondrados como para ser capaces de pasearse con esas camisetas de fútbol a cuatro meses del Mundial, y por encima esperar tiempos mejores con cuatro grados bajo cero! —sentenció el barrigudo, y agregó solícito— ¿En qué puedo servirles?

Sin saber qué contestar, el Gordo y el Colorado interrogaron nuevamente a Bargas con la mirada, ninguno de los tres abría la boca. Por fin tomó coraje Bargas y se decidió a hablar.

—Señor, no estamos esperando tiempos mejores, aquello que le dijimos otrora era una broma, no podemos permitirnos el lujo de esperarlos, por aquí y por allá la cosa va mal, es más, está que arde. Pongo las cartas sobre la mesa y se lo digo sin tapujos: buscamos a Platini. No somos violentos, enarbolamos patrióticas camisetas para fundirnos con la masa, sobresaliendo discretamente, no sé si me explico. El oxímoron es nuestra bandera, nos permite atacar por todos los frentes, sin ser siquiera percibidos como agresores por el Unicornio nacional y, por qué no decirlo, internacional. El Unicornio expande su veneno por doquier. Vencido por Teseo, ya ofreció su corazón a los hambrientos buitres, así como su cuero seco y desgajado al Omnisér, Dios, As, o Res Esférica, más bien conocido por el vulgo por el apelativo de Pelota.

El Gordo Suñé, más sorprendido aun que el afable panzón, se rascó como siempre el barbijo, y el Colorado Tristán levantó las cejas y abrió sus ojos como faroles.

—¿Unicornio? ¿Platini? No es que quiera meterme en asuntos que no me incumben, pero la verdad es que mucho no lo entiendo, amigo —acotó el señor.

—¿Qué cuernos tiene que ver el unicornio, valga la redundancia, con los males que aquejan este mundo? No lo sé exactamente —dijo Bargas—, pero presiento, digo, presentimos, que el metafulbo será la magna palanca que pondrá de una vez por todas la mesa patas para arriba, y ahí sí, señor, una vez destapada la olla, el ruido del océano no cubrirá más las líneas telefónicas. Se trata de parar la pelota. Lamentablemente, no podemos detener al planeta. Por más esfuerzos que hagamos, la tierra seguirá rotando, no se la puede frenar. ¡Aten al planeta! ¿Se da cuenta de que si la fuerza de este palíndromo “Aten al planeta” alcanzara, el planeta ya hubiera cesado de rotar? Pero no, el palíndromo no es suficiente, es necesario llegar al oxímoron. Debemos llegar al magno caracú, a la médula existencial, y despertar poco a poco las violentas contradicciones que nos aquejan. Somos extremistas moderados, nuestra revolución no puede esperar, pero urge la prudencia. Atacaremos a pequeñas dosis por donde nadie se lo espera, y si las heridas abiertas por las contradicciones acarreadas por los oxímoros no nos alcanzan, dejaremos de ser moderados. La balanza se inclinará cada vez más para el lado oscuro del oxímoron, para dar lugar a la variante “pacífico-violenta”. Cuanto más pacífica e inofensiva sea la variante, más violenta y explosiva será en sus consecuencias. Tampoco podemos detener al Unicornio, pero lo que todavía está, sí, al alcance de nosotros, humildes tábanos, es el hecho de desorientarlo, de mostrarle al Unicornio el rojo paño por un lado y clavarle el aguijón por el otro, de embestirlo a ciegas y obligarlo a salirse tambaleante del laberinto. Ya vencido y entregado, nos será fácil exigirle que

nos rinda cuentas: ¿por qué tanto océano de por medio? ¡Usted que vuelve calentito a su lar! ¡Usted, que en breves instantes, una vez liberado de nuestra perorata, entrará a su aposento, encenderá su televisor para oír seguramente al bigotudo ese hablar de tantas pavadas: de la temperatura, de las decoraciones de navidad, de la elegancia de la princesa de no sé dónde, de cómo se debe cocinar una oca, de alguna que otra guerra y... quién sabe incluso si el bigotudo no volverá a hablar de Platini! ¡Usted, que llegando a su casa buscará por todos lados el maldito tirabuzón que seguramente se extravió, como se extravían siempre los tirabuzones a la hora de abrir un buen *Bourgogne*! ¡Usted, no puede entendernos, señor, porque está del otro lado. Nosotros también lo estamos, como puede comprobar, pero nosotros estamos, estuvimos y estaremos siempre del otro lado, ya antes de cruzar el Charco estábamos del otro lado aquí y allende el océano, antes y ahora estamos del otro!...

—No sé si encontraré el tirabuzón, es cierto, acertó, creo haberlo perdido en la mudanza; pero si así lo lograre, os invitaré a compartir unas copitas de vino tinto. La calefacción está al máximo desde hace dos semanas y la tele no me funciona, con o sin bigotudo, como dice usted —dijo el barri-gudo, intentando complicar al máximo sus conjugaciones, pensando así seguirle la corriente a Bargas.

Desorientados al encontrar tanta amabilidad junta en lo que creían ser territorio enemigo, quedaron los tres boquiabiertos. Entonces pudo más la tentación de la promesa del tinto y de la calefacción que la innata desconfianza que arrastraban desde el otro continente.

—No quisiéramos abusar de su hospitalidad, pero visto y considerando que nos estamos congelando hace más de una hora y que la plática es harto agradable y amena, me permito aceptar la invitación en nombre de mis camaradas —declaró Suñé—. Ya habrá tiempo de sobra para dar con Platini.

—Con un poco de suerte acabaré por entender algo, porque la verdad es que por ahora no entendí ni jota, a ver si con la ayuda del *Bourgogne* se nos aclaran un poco las ideas. Por otro lado, el clima no favorece mucho que digamos la caminata, así que, síganme.

Lo siguieron callados y en fila india hasta el vetusto ascensor, tan vetusto y diminuto se veía que fuera del barrigudo ninguno más se atrevió a subir en él. El Colorado atinó a pretextar motivos deportivos, y subieron finalmente los cinco pisos por la escalera, llegando prácticamente al mismo tiempo que el chirriante ascensor.

—Adelante, caballeros, estáis en vuestra casa.

Entraron con un dejo de timidez y se sentaron el uno al lado del otro en el sofá.

—Voy a por el *Bourgogne* y vengo enseguida, pónganse cómodos.

Bargas y el Gordo se miraron en silencio y el Colorado se entretuvo leyendo una revista de fútbol. Platini lucía en la portada como un dios entre los dioses. De repente, desde el fondo del pasillo, en lo que se suponía que era la cocina, se escuchó un jovial alarido:

—¡El tirabuzón, apareció el tirabuzón!

Volvió entonces el amable señor con las dos botellas descorchadas y cuatro tazas de café.

—Sabrán disculpar, señores, pero no me quedan más copas, se me rompieron en el divorcio. Espero que no sea una afrenta para ustedes tomar el *Bourgogne* en estas tacitas.

—Vea, caballero, es la primera vez que tenemos la oportunidad de libar semejante elixir, así que se imagina que no nos vamos a poner tan exigentes para andar fijándonos en tan nimio detalle. Lo importante, mi amigo, no es la forma sino el fondo, no es el contenedor, sino el contenido: ¡Vamo' arriba! —dijo Bargas, mientras distribuía las tacitas de *Bourgogne*. Alzo mi copa y brindo por la hospitalidad de nuestro amigo...

—Michel...

—Bargas, quien le habla, a mi diestra, el Gordo Suñé y a mi siniestra, el Colorado Tristán.

—Aquí estoy para servirlos, así no dicen más que los galos somos inhospitalarios...

—¿Inhospitalario? Usted es ya como un padre para nosotros, la verdad que el calorcito de su estufa, sumado a la calidad indiscutible de su *Bourgogne*, hacen que esto sea lo más parecido que vimos a la idea platónica del Paraíso, y si encima de todo usted tuviera algo para picar...

—¡Colorado, no seas irrespetuoso! No es necesario abusar, comimos ya unos sanguchitos en la estación, así que lo mejor será terminar el vino y que salgamos nuevamente en busca de Platini —ordenó Bargas.

—El que busca encuentra, para qué lo van a seguir buscando a Platini, si acá lo tienen.

—No nos referimos a la foto de la revista del sofá, Michel —dijo Bargas señalando la revista que hojeaba fascinado el Colorado—, lo buscamos a Platoche, al verdadero Platini, a ese falso dios de carne y hueso y no a este ícono de papel glasé.

—¡Carne y hueso! ¡Carne y hueso! Sé muy bien que con los kilos que engordé después de mi divorcio soy más carne que hueso, pero no por eso dejo de ser Platini, Michel Platini...

—¿Us... ust... usted dice ser Michel Platini? —preguntó Bargas, lívido.

El Gordo se rascó el barbijo, pero esta vez más frenéticamente que nunca, como cuando temía que se desatara una tormenta. El Colorado cerró sus afarolados ojos y sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Perdimos una guerra, pero no la batalla! ¡El orden de los productos no altera el factor! Acuérdense que el Negro decía siempre que cuando el capitán deja el barco, la tripulación... ¡No!... cuando la tripulación deja al capitán, el

barco... ¿Qué decía el Negro? No recuerdo, pero algo del barco y del capitán, decía. ¡La culpa la tiene la Duverneuil que tanto hablaba de Platini! Es una cleptómana, digo una mitómana, yo vi su libretita, y acá ven, la hoja arrancada es de su propio puño y letra. ¡Podría haber indicado al margen que no se trataba de Platoche!

—Lamento mucho desilusionarlo, Bargas, pero si lo que buscaba era ver a mi homónimo futbolista, no puedo hacer mucho por usted, y dudo que mi execrable ex suegra, *Madame Duverneuil*, lo ponga en la buena senda para llegar a Platoche... Lo máximo que puedo hacer hoy por hoy, es ir a buscar unos bizcochitos para acompañar el *Bourgogne*, que dicho sea de paso no está nada mal. Créame, Bargas, que lo siento en el alma.

—Régine tenía razón —rezongó el Gordo Suñé—, esto es una locura, Bargas. Te seguimos hasta acá para llegar hasta el verdadero Platini, para que al fin demos con este amable señor... Todavía ni siquiera sabemos para qué lo querías ver; sin embargo, confiamos en vos, te seguimos, Bargas. Te seguimos durante años y kilómetros, no conocíamos tu plan. ¿A dónde pretendías llegar combinando el metaulbo del Colorado este con tu oximorismo? ¿A dónde pretendías llegar, Bargas? O sea, y para decirlo de manera delicada: ¡¿para qué carajo lo querías ver a tu bendito Platoche?!

—Mirá, Gordo, si lo supiera no estaría acá, lo que me trajo es la duda, mi motor en la vida siempre fue la duda. Aunque el cabezón de Atenas con la cicuta se fue al mazo, soy un socratista convencido, no tanto por lo de las ideas platónicas, sino por eso de los tábanos, acordate que el oximorismo preconiza la propagación de miles de tábanos; y si lo convencíamos a Platini...

Al percatarse de que estaba empleando ya el pretérito, se le hizo a Bargas un nudo en la garganta. Las lágrimas

rodaron por sus mejillas, pero su voz se mantuvo firme, había una contradicción flagrante entre el firme tono de su voz y las lágrimas que le caían a borbotones.

—Si lo convencíamos a Platini, todo hubiera sido posible. Era más fácil detener una pelota que detener al planeta; si Platini mismo pinchara la pelota ante millones de miradas ávidas de sangre transparente, de sangre incolora, de sangre invisible y de silencio, el aire que de la pelota hubiera escapado, alcanzaría, sin duda, para abrirlle los ojos al mundo. Somos grandes, pocos, y nos conocemos demasiado, es muy probable que yo esté loco, pero no por eso La Pelota deja de ser una pelota, es decir: una metáfora por omisión.

—¿Una qué? —preguntaron al unísono Suñé, Tristán y el “falso” Platini.

—Una metáfora por omisión. Aunque toda metáfora implique omisión —reconoció Bargas, perdiéndose en los meandros de su retórica—. Para que haya metáfora son necesarios dos términos, de los cuales el segundo es la representación del primero. Así, la nieve es la representación de lo blanco, las crenchas de fuego simbolizan, por ejemplo, la abundante cabellera del amigo Tristán. Si bien en toda metáfora falta el primer término, no por eso deja de ser una metáfora. Al contrario, toma más fuerza, se agiganta, es como si brillara por su ausencia, y el brillo que de su ausencia emana, encandila y deslumbra. No habiendo primer término se abren puertas y ventanas, no solo la pelota es metáfora, sino que la metáfora es pelota. Es una metáfora clara como el agua, lo que también es una metáfora ¡clara como el agua! Lo que también es una meta...

—¿Bargas, te rayaste? —dijo el Gordo Suñé.

—No, no me rayé, ¿vos querías que te hable de la metáfora? ¡Ahí tenés! O te querés quedar con la nieve, los cabellos de fuego y el agua clara, o como decía el himno a la bandera, ese que nos obligaban a cantar en el patio de la

escuela, “Aurora”, se acuerdan de “Aurora”: metáfora pura, muchachos, de tan pura está al borde de la metáfora por omisión. Y me tendrán que perdonar si repito tanto la palabra metáfora, es que no tengo ninguna metáfora capaz de reemplazarla.

—Ya sé que no viene al caso, pero me parece que estás confundiendo metáfora con comparación —objetó tímidamente el Colorado.

Se irguió Bargas, se puso en posición de firmes, y mirando una bandera imaginaria comenzó a entonar, o mejor dicho a desentonar a grito pelado:

—¡El ala es paño, el águila es bandeeeera!

—¡Es la bandeeeeeeeera, de la paaaatria míííía! —se sumaron Tristán y El Gordo.

—¡Paren! ¡Paren! Sabe Dios cuán amigo soy del arte lírico, pero quedé traumatizado cuando mi ex suegra, la Duverneuil, para sembrar cizaña en mi pareja inició la petición vecinal que terminó por echarme del edificio —protestó Platini—. ¿Metáforas? ¿Metáforas por omisión? Al final vuestra revolución, porque con la pinta que llevabais con esos turbantes, lo menos que pretendéis, me imagino, es hacer la revolución, aunque la vuestra, por lo que veo, no pasa de ser una revolución lingüística.

—La Duverneuil! Siniestro personaje si los hay. A mí también cada dos por tres me quiere rajar de la pocilga, por la cual me exige seiscientos francos el primero de cada mes a la mañana. Pero dejémosla un poco a la arpía esa, que esta noche no quisiera tener pesadillas, y volvamos al tema que nos interesa: el metafulbo. Con el metafulbo podemos llegar, como su nombre lo indica, más allá del fútbol, mucho más allá de este circo post-romano en donde los verdaderos gladiadores sacrificados por el emperador se encuentran fuera del estadio, mientras que los leones se pasean en uniforme. Por eso, si lográramos establecer el contacto con

Platoche... Ya sé, omisión o no, todo esto no deja de ser una metáfora. Empero, si no podemos detener al planeta, aplicando al metafulbo las paradojas de Zenón, podemos al menos detener la pelota, que por otro lado no puede moverse ni siquiera un milímetro, pues parafraseando al amigo eleático: suponiendo, y eso queda por demostrar, que el movimiento existe, ¿la pelota se movería por dónde? ¿Por el lugar en el que está? ¿Por el lugar en el que no está? Por el lugar en el que ella está sería imposible, porque allá está, inmóvil; en el lugar por donde no está tampoco podría moverse, pues por definición, allí no está. *Ergo*, queda demostrado teóricamente y de manera contundente que la pelota no se mueve ni puede moverse, por ende, si no se mueve de por sí, no es necesario tampoco detenerla, ya está detenida, está detenida desde tiempos inmemoriales, antes de que el mismo Zenón asome al mundo y antes ya que el mismísimo mundo asome al mundo. Entonces, y ya con la pelota *ad aeternum in situ, sub piedibus*, Platini puede hacer maravillas. ¡Y eso les parece poco! ¡Las palabras pueden mover montañas!

El nudo en la garganta esta vez le quebró la voz y Bargas no pudo seguir con su embrollado discurso. Las veleidades reivindicativas del Gordo Suñé se diluyeron con las lágrimas de Bargas. El Colorado, por un lado compartía el desasosiego del Gordo Suñé ante el fracaso en la expedición, pero por el otro, se sentía responsable de tan infortunada aventura por haber preconizado la idea primigenia del metafulbo. Pero quien más incomodo se encontraba era el “falso” Platini, pues de alguna manera se sentía culpable de la tristeza inconsolable de Bargas. Intentó cambiar de tema, alejarlo a Bargas de la temática del Platini semidiós. Para sacarlo de tan melancólico estado, el único nexo que encontró para seguir con una conversación mínimamente coherente fue el de *Madame Duverneuil*, aunque suponía que así el riesgo consistiría en sacarlo a

Bargas de su estado melancólico, para hacerlo entrar en ese otro estado de cólera que la madame Duverneuil les inspiraba tanto a Bargas como a sí mismo.

—Entonces, amigo Bargas, ¿llegó usted hasta aquí merced a la libretita de *Madame Duverneuil*? Espero que un día de estos la parta un rayo a esa bruja. Cada vez que pienso en ella me convenzo más de que hice muy bien en divorciarme. Tenía yo que convivir con mi ex mujer y de prepo con la Duverneuil, quien, cuando no se instalaba durante semanas enteras en casa, llamaba por teléfono cotidianamente para controlar vaya a saber qué. El último berretín que le agarró fue el de organizar una exposición de pintura en la Embajada argentina. Quería que yo le diera una mano con la organización. Para mí fue la gota que hizo rebasar el vaso, no podía yo soportar que *Madame Duverneuil* intentara lucrar con esos cuadros espantosos que me mostró en unos catálogos que había encontrado no sé dónde, y exponerlos ni más ni menos que en la Embajada argentina. Yo no entenderé mucho que digamos sobre lo que ustedes llaman... ¿cómo era que lo llamaban? ¿Metapelota? ¡No! Metafulbo, ¡eso, metafulbo! Pero lo poco que sé de vuestro país, además de lo que sabemos todos acerca de la inminente Copa del Mundo a la cual asistirá sin duda mi homónimo y celebérrimo compatriota, es que por vuestros pagos, si no son algunos que otros goles, no creo que haya mucho para festejar. Pero bueno, Bargas, usted mismo lo dijo: no se puede detener al planeta, ya vendrán tiempos mejores, ¡ánimo! Ahora, amorticemos el tirabuzón y abramos otro *Bourgogne*. ¿Les traigo más bizcochitos?

—¿El *vernissage* en la Embajada argentina? ¿Organizado por la Duverneuil? —preguntó el Gordo mientras le secaba las lágrimas a Bargas con su camiseta argentina otrora turbante— ¡Solo faltaba eso! Por lo menos nos confirma lo que no solo sospechábamos, sino que ya sabíamos de sobra: además de trabajar para los servicios secretos, Braulio ahora se hace también adular por la Embajada.

—¡Braulio! —intervino Bargas— El muy cretino, para saciar su sed de gloria conspira activamente con la gente de la Embajada. Capaz que se hace pasar ahora por un excéntrico pintor para no levantar la perdiz. Seguro que se inspiró en nuestro “llamar la atención para pasar desapercebidos” y se infiltró con cuanto oximorista desconocido pasó por su camino. Lo peor de todo es que tiene el cinismo y el tupé de representar en sus bazofias, que él llama en sus catálogos “pintura figurativo-testimonial”, al vacío que a nosotros nos queda... —pensó luego en el cuadro de la gabardina colgada en el castaño, y ya no pudo seguir.

—Disculpen que me entrometa, ya sé, estarán pensando que los franceses nos pasamos la mitad de la vida pidiendo disculpas y la otra mitad metiendo la pata. Es que la verdad, apenas consigo atar algunos cabos gracias al azar que hizo que la maldita Duverneuil fuera un nexo entre nosotros. Sin embargo, no entiendo, insisto, por qué parecen huirle como al mismo diablo al Braulio ese. Concuerdo, por lo que vi en los folletos que me mostró la Duverneuil, en que su obra no merece ser colgada en los salones del *Louvre*, pero de ahí a odiarlo tanto...

—El Gordo lo vio hace poco en la Embajada —repuso Bargas—, estaba vomitando en el retrete. Un tipo que en los tiempos que corren se pasea por la Embajada como si estuviera en su propia casa y que vomita *in situ* como si con ello tuviera que pagar no sé qué culpas, no ha de ser trigo limpio. Al encontrarlo por estas tierras, lo hubiéramos acogido como uno más de los nuestros, como un oximorista cabal, pero sus idas y venidas por la Embajada, su sigilo y su manera de escabullirse y sentirse perturbado al vernos, hacen que cada vez confirmemos más lo que en principio fue solo una sospecha: trabaja Braulio para los servicios secretos. Ahora no cabe duda. Exponer en la Embajada es como exponer ante nosotros su complicidad con el Unicornio del cual ya le hablamos, es decir, con el monstruo ese que todo lo englute, que todo lo mastica y diluye hasta que no queda nada, nada.

Ni rastros, ¿se da cuenta, Platini?: ni rastros quedan de muchos de nuestros *Teseos*, y el laberinto aquel no es una imagen borgeana, como les gusta tanto ver a los literatos parisinos ¡No! Del laberinto ese no se sale nunca, es real. Braulio, al igual que las hordas de cancerberos “del otro lado”, diluyen y trituran a los nuestros hasta que se esfuman, se esfuman de verdad. Así como el laberinto es real, el humo de los nuestros también lo es, humareda informe, último peldaño de la materia y del espíritu antes de la nada, átomos gaseosos.

—Hablando de gaseosos, ¿abro una gaseosa o seguimos con el *Bourgogne*?

—Seguiremos honrando al *Bourgogne*, es un valor seguro —contestó Tristán, siempre listo para libar.

—El Negro se hizo humo, Platini. Y no solo el Negro, tanta gente se hizo humo que ya cuesta ver el horizonte —continuó Bargas—. Quién sabe si los átomos dispersos de la humareda volverán a reunirse, para que el Negro y tantos otros vuelvan a ser. “Nunca entenderás que el no ser sea”, nos enseñaba Parménides, pero los átomos gaseosos están en una etapa intermedia entre el ser y el no ser, y luchan para volver a juntarse, apretujarse, para volver a ser.

Platini fue hacia la cocina caminando casi a los tumbos, descorchó una nueva botella de vino y regresó hacia el salón silbando. Al oír la melodía entonada por el silbo de Platini, los tres oximoristas canturrearon junto a él, bien bajito para no despertar al vecindario: ¡Es la bandeeeeeeeera, de la paaaatria míííía!

Alrededor de medianoche, Platini los había dejado en la estación *Lyon Perrache*, ebrios los tres de sueño y de *Bourgogne*. Llegaron a casa del Gordo un poco antes del amanecer. La fatiga era tal que por una vez ya ni siquiera se detuvieron a bromear con la escultura del *Pasamurallas*, la cual pareció mirarlos entristecida.

En la escalera, el Gordo, quien era de manera cierta el más cuerdo, o por lo menos el menos borracho de los tres, les pidió como primera medida que se quitaran los zapatos antes de subir para evitar el ruido, así como las camisetas de Argentina que Bargas y el Colorado volvían a lucir orgullosos. No le fue fácil convencerlos, pero al fin lo logró.

—Les pido encarecidamente, muchachos, que hablen en un susurro. Ya me veo que la Régine me estará esperando con el palo de amasar, y si encima de todo me ve llegar con dos páñfilos (como los llama a ustedes cariñosamente), en tal estado de embriaguez, me echa *ipso facto* de la casa y van a tener que aguantarme entonces como inquilino hasta el fin de sus días. ¿Se imaginan la cara de felicidad que pondría la Duverneuil si me viera llegar con las valijas a casa de Bargas?

—No te preocupes Gordo, ya sabés que lo que nos caracteriza a nosotros, por sobre todas las cosas, es la discreción —comentó el Colorado, mientras subían sigilosamente la escalera con los zapatos, las camisetas y los bolsos en la mano.

Entraron con sumo cuidado para no asustar a Régine. Bargas, llevado por la inercia, se recostó en el mullido sofá que tanto conocía, el cual parecía no haber sufrido cambios

desde la última vez que lo usara antes del viaje a Lyon. El mismo poncho rojo que hizo las veces de frazada seguía en su sitio, esperando desparramado a Bargas como un perro que espera a su amo.

Tristán se dirigió a la cocina para cebar mate, mientras que el Gordo se debatía ante la tentación de despertar dulcemente a Régine o esperar a que se hagan las siete menos cuarto, hora a la que ella solía levantarse para ir al trabajo.

—De todos los crepúsculos, el más lejano es el mar —dijo un Bargas ojeroso, saliéndose del ensueño, con la voz gastada y la cabeza apoyada al borde del sofá.

—De todos los crepúsculos, el más lejano es el mar —volvió a decir.

El Gordo y el Colorado no atinaban ya siquiera a indagar acerca del sentido de sus palabras. Por otro lado, a Bargas ya casi ni lo escuchaban. Para ellos, Bargas se había transformado definitivamente en algo tan oscuro como los oscuros crepúsculos a los cuales intentaba aludir. La búsqueda empedernida de quién sabe qué, lo hacía hablar a Bargas de modo cada vez más enigmático. De tan oscuro, de tan crepuscular, Bargas se había vuelto también casi una sombra. Sombra de una sombra, su voz se dispersaba con el viento, como se dispersaba también su voluntad. "Voy para donde me lleva mi demíurgo", solía decir.

Nunca supo cuál fue el impulso que lo llevó a la búsqueda de Platini, tampoco se explicaba cómo los demás oximoristas lo habían seguido en sus desventuras. Tal vez estuvieran todos bajo el mismo sino, el sino del demíurgo, y así como para el Negro Hansen todo lo que sucedía en el bajo mundo terrenal estaba ya escrito en algún lugar del Cielo, como lo sugería Diderot; para Bargas aún estaba todo por escribirse... Cada página hoy escrita de la mano del demíurgo, diferida en el tiempo y en el espacio, lo llenaba de una especie de vértigo indiferente. Era como si cayese en un inmenso tobogán, y al cabo de unas horas se quedase dormido,

profundamente dormido, pero con la permanente sensación del vértigo. "Tal vez sea ese vértigo la muerte", pensaba.

El eco de sus palabras resonaba en su memoria, como gotas de garúa: "De todos los crepúsculos, el más lejano es el mar".

Hablabía sin comprender lo que decía, sus palabras fluían, pero le era imposible darles un contenido concreto, no conseguía que tomaran cuerpo ni sentido. La garúa, aquel eco, como gotas de un mar crepuscular, no llegaba a evocarle sensación alguna. Al no haber sensación acompañando las palabras, estas se disfumaban en el aire y se perdían para siempre, resonaban como tristes aves, volando alto y lejos, mucho más allá de sus pensamientos. El Colorado y el Gordo las oían ya sin demasiado interés, como quien oye un hermético poema y se resigna a escuchar tan solo la musicalidad de los versos, abandonando toda veleidad de comprensión.

A Bargas le costaba horrores, como de costumbre, despegar del sofá. El Colorado cebaba mate y el Gordo hacía rato que no se había movido del sillón. Incrédulo, rígido, como petrificado, Suñé leía y releía el lacónico mensaje dejado quién sabía cuándo por Régine. "Gordo: si te he visto no me acuerdo, te deseo lo mejor, pero no cuentes conmigo para que te siga. Deja, si así lo deseas, un cordial saludo para los pánfilos. Hasta aquí llegamos, Régine."

Para el Gordo Suñé el golpe había sido duro. "Ahora me explico por qué tanta pasividad ante el préstamo forzado de los setecientos francos", se decía maldiciendo.

—Es como un jaque mate de torre y rey contra un rey solitario, únicamente es cuestión de acorralarlo, pero el mate es ineluctable —comentó el Colorado, intentando consolar a Suñé con el famoso argumento de la fatalidad que tanto apreciara desde otros lares el Negro Hansen.

—Hablando de mate, a ver si me pasan alguno, che —dijo Bargas con la voz cada vez más áspera, estirando el brazo hacia la mesita en donde el Colorado cebaba infati-

gable, con la pava apoyada como siempre en un viejo *Clarín*.

—Tiene razón el Colorado, el jaque mate era inevitable, ya te decía yo que la Régine se te iba a plantar... Además, si solo quedaba la torre y el rey contra tu rey solitario, era de prever que, como su nombre lo indica, Régine, la Reina, se plantara del tablero.

—¿Vos te pensás que mi vida es un tablero de ajedrez? Mirá, Bargas, en efecto, la culpa es mía. Nunca debería haberte seguido en plan tan descabellado e inútil como el de la expedición a Lyon. ¿Qué ganamos, hermano? ¿Acaso salimos a relucir a los ojos del mundo? ¿Acaso clavamos la mínima banderilla, el mínimo aguijón en tu bendito Minotauro? Ni siquiera vos sabés si se trataba de un minotauro, de un cíclope o de un unicornio. Te da lo mismo, lo que vos querés es atrapar lo inalcanzable, a decir verdad, no sos más que un domador de pompas de jabón. Se nos va la vida, Bargas, y vos seguís ahí, acostado como un pánfilo en mi sofá, esperando las órdenes o la inspiración de tu demiurgo. ¡Despertá, carajo! ¿Llamar la atención para pasar desapercibidos? ¿En semejante gansada se basaba toda tu filosofía y tu famoso oximorismo, que, ya ves, tan caro me costó?

—Vamos, Gordo, no te lo tomes así, que tampoco soy un gurú. Si me siguieron hasta aquí es porque en algo habré acertado, ¿no? El oximorismo no es solo una forma de pensar, es también una forma de vida: “*oximorismo modus vivendi est*”. Lo más parecido a la vida son las palabras, y en ellas tenemos que basarnos si queremos cambiar un poco las cosas. Tu vida no la podría aprehender, ni aunque se convirtiera en tablero de ajedrez; pero a través de tus palabras, de tus lágrimas cuando leíste la notita de la Régine, a través de tu mirada, pero sobre todo a través de tus palabras, me puedo acercar a algo así como lo que puede sentir mi demiurgo cuando nos traza la senda venidera. Las palabras sirven para eso, son dioses, “*Magna Diosa palabra est*”. Por eso defiendo el oxímoron, porque el oxímoron es vida, porque la palabra que se roe a sí misma no es tautología

sino vivo oxímoron —hizo una pausa para toser, y prosiguió exhausto—, roída por sí misma queda vacía como la nada. En cambio, llena por lo roído, cobra la palabra nueva vida. Por eso ataco yo al Minotauro, por eso ataco al pleonasmo. ¡Alejaos de mi ruta, apóstoles del subir arriba y del bajar abajo! A vosotros os opongo la tenebrosa luz, tu triste alegría, Gordo, al saber que sin la Régine vas a tenernos aquí día y noche. Toda nuestra existencia, teniendo en cuenta que viene de la mano de algún demiurgo, está basada en el oxímoron, en las llamas refrescantes, en el Negro que hoy está más cerca que nunca porque no está... Si no podemos cambiar el rumbo de las cosas, si no podemos intervenir ante las decisiones de nuestro demiurgo, podemos... podemos quizás controlar la Palabra. Y no me tomes por místico. Aunque no lo parezca, tengo los pies sobre la tierra, o mejor dicho, la tierra me tiene a mí sobre ella. No se trata de bargocentrismo, se trata de oximorismo y de lucidez. Las cosas son más complejas de lo que parecen, la garúa es tormenta y la palabra sigue siendo la zona más frágil en la corteza del Minotauro. ¿Cómo explicar, sino con el oxímoron, que el *Ser* y el *No-Ser* son uno, por mucho que le pese a Parménides? ¿Que un año puede ser secular? ¿Que un siglo puede ser semanal y una gota de garúa puede ser oceánica? ¿Que el ala es paño? ¿Que el águila es bandera? Para eso nos sirve el oximorismo, para romper fronteras, para rebasar...

Una súbita tos lo interrumpió nuevamente en su indomable verborragia. Sus ojos, exorbitados como siempre y como nunca, brillaban denotando un avanzado estado febril. Sudaba y tiritaba al mismo tiempo. El Gordo, solícito pese al vacío que le causaba la partida de Régine, acomodó el poncho para cubrirlo y le pasó un trapito por la frente para secar su sudor. Tristán puso una vez más la pava al fuego y renovó la yerba.

—Barguitas, tomate esta aspirina con el mate y quedarás como nuevo —propuso el Colorado, ayudándolo a erguirse.

Bargas tomó el mate con la aspirina, y cerró los ojos. Al cabo de un rato menguó un poco la tos, mas los escalofríos

persistían. Se puso el poncho y comenzó a dormitar. Cada tanto alzaba la mano en dirección al Colorado, quien le cebaba el mate infatigable. Poco a poco, el mate ya renovado por tercera vez se fue lavando. El Gordo no se atrevía a aventurarse en el cuarto, ya que si así lo hiciera la ausencia de Régine le partiría el alma. Bargas se durmió acurrucado, enrollado en el poncho; el Colorado sucumbió también al sueño sentado a su lado en el extremo del sofá, así como el Gordo, hundido en el sillón con la carta de Régine en la mano.

14... Del otro lado...

El vozarrón del capitán lo sacaba cada tanto al Negro Hansen de su ensueño.

Como alguna vez en Europa se le entreveraron los puntos cardinales y las estaciones, también se le entreveraban ahora las realidades, los tiempos, los espacios, las ideas, los recuerdos. El ayer fue hoy, el presente mañana y el “futuro anterior”, decían tanto el manual de gramática francesa, como también el *Perseguidor* del cuento de Cortázar, aquel genial saxofonista que se perdiera en los limbos de un desenfrenado solo, superponiendo en el transcurso de los más que fugaces doce compases de un *blues* todas las armonías posibles. “Esto ya lo toqué mañana”, había dicho el *Perseguidor*... era esa la más acertada descripción de sus sensaciones en ese caótico paréntesis en el que los sueños pretéritos se dispersaban en un presente de olitas marrones, en el que la neblina de Montevideo mutaba en recuerdos de otras latitudes. Quizás la insólita neblina prefiguraba el olvido adonde irían a parar los recuerdos. Fue tal vez su “suicidario” retorno, un desesperado intento para disipar la bruma y volver a ver una Buenos Aires que no existía ni siquiera en los tangos de Gardel. “Volver con el alma aferrada...”, volvió el Negro Hansen, sin avisarle a nadie, pero su alma no tuvo donde aferrarse. Buenos Aires le quedaba grande, estaba aun más gris que Montevideo y su misteriosa neblina estival. Su alma quedó colgando entre uno y otro lado del océano.

En el viaje de regreso no consideró necesario pasar por Montevideo. Al Tano Salvatore se le había ido la mano con las precauciones innecesarias. Si el pasaporte de Longo había funcionado a la ida, debería entonces funcionar a la vuelta. Después de todo, ¿quién conoce a los oximoristas? No, no había peligro alguno. Efectivamente, llegado a Ezeiza el soldado encargado del control de pasaportes, apenas lo miró.

—¿Longo? —preguntó el soldado.

—Sí, Longo —aseveró sonriente el Negro.

—¿Vacaciones?

—Sí, vacaciones —respondió el Negro fingiendo un ligero acento italiano, para justificar el pasaporte extranjero sin entrar en explicaciones.

—¡Pasá, pasá! —dijo el milico, como si Argentina fuera su propia casa, e hizo una extraña broma hablando de subversivos, que el Negro Hansen no entendió para nada.

Volvió Hansen a imitar la afable sonrisa del foráneo ignorante de las costumbres locales. Recogió el pasaporte disimulando al máximo el miedo que le causaba el regreso, y salió a tomar el autobús para Capital. Una vez en el Centro, se tomó el 68 bajándose en Saavedra, e ingresó en una modesta pensión de la calle San Isidro. Agotado por el viaje se recostó en el colchón, cuyos resortes salían prácticamente a la superficie, mas le fue imposible pegar ojo pese al cansancio. Daba vueltas y vueltas en la cama, reviviendo sin cesar la noche en París en vísperas del viaje: lo tenía todo preparado, estudiado y cronometrado hasta el menor detalle, el último metro, casi vacío, ocupado solo por borrachos y algún que otro trabajador africano muerto de cansancio, los horarios del cajero que vendía los boletos, las combinaciones para huir luego, todo, todo bajo control.

Era muy tarde. Bajó en la estación *Denfert Rochereau* y siguió por los pasillos al taquillero que iba como todas las noches, llevando la cartera de cuero con la recaudación de la

jornada, algunos miles de francos, con suerte, que entregaría luego al maquinista, quien llevaría el dinero vaya a saber dónde. Al pasar por el molinete se acercó muy de a poco, hasta alcanzarlo. Sacó al fin la pistola de juguete, como lo había visto en alguna película, y se dijo: “esto es como cantar faltaenvido sin tantos, el tipo este sabe seguro que estaré mintiendo, pero ante la duda no se atreverá a resistir... ¡Ma’ sí! Yo me juego. Total, ¿qué puedo perder? ¿A qué me van a condenar si me pescan? Yo tan solo estaré haciéndole una broma al señor, apuntándolo con una pistola de cotillón”.

—¡El bolso o disparo! —“¡Faltaenvido y truco!”, pensó para sus adentros.

La voz era bien suya, la mano que no temblaba también. El boletero no parecía siquiera haberlo escuchado. Pasó el molinete como si nada. El Negro se le adelantó cortándole el paso y volvió a encararlo, esta vez bien de frente.

—¡El bolso o disparo! —gritó el Negro Hansen, ostentando la pistola trucha.

“Nadie puede aceptar un faltaenvido si va ganando el partido” —pensó Hansen—. Yo aquí, como foráneo, tengo todas las de perder. Me tiene que dejar los puntos a mí, él no los necesita”.

—¡El bolso o disparo, carajo!

El taquillero lo miró asombrado e intentó explicarle por gestos y con una frase nasal y entrecortada que era sordomudo, o por lo menos sordo, ya que aunque gutural e incomprendible, algún sonido salía de su garganta.

—¡El bolso o disparo! —insistió el Negro por tercera vez, ahora señalando alternadamente el revólver y la cartera.

Ante tanta indiferencia, finalmente decidió pegar el manotazo y arrancarle de un tirón el bolso. Fue recién en ese momento cuando el sordomudo pareció entender el propósito del Negro Hansen. Curiosamente, no ofreció resistencia alguna, entregándole dócilmente la codiciada cartera. Pero

en lugar de perseguirlo pegó la vuelta, y saltando los molinetes se alejó como ausente. Hansen apuró ligeramente el paso. Al acercarse a las escaleras oyó el metro que se aproximaba y echó a correr. Subió agitado al primer vagón, desplomándose en el asiento. Escondió la cartera por debajo del abrigo, tenía la sensación de ser blanco de todas las miradas. Por las caras de cansancio de los pasajeros, dedujo que era probablemente el último metro.

Llegó muy tarde a su cuarto parisino para hacer la maleta con sus escasas pertenencias: un par de libros de Diderot, algo de ropa vieja y la desvencijada máquina de escribir Olivetti. Pensaba tomar el primer vuelo para Buenos Aires. Palpando el botín supuso que la plata alcanzaría para un pasaje en las Líneas Aéreas Paraguayas y para una semanita de arroz con sardinas en alguna pensión de barrio. A esta altura, seguramente la policía ferroviaria parisina lo andaría buscando. “Al menos el sordomudo, por suerte no abrirá la boca” —pensó sonriente.

La yerba, como de costumbre, no alcanzaba ni para cebar un mate. Con el puñado que quedaba en el fondo del paquete preparó un mate cocido, y abrió la cartera en la cual había, además del dinero, la credencial del sordomudo, con una foto-carnet en la cual este parecía sonreírle.

Contó la plata delante de la foto, besándola luego agradecido como si fuera una estampita de la Virgen. Tal como hubo calculado en el metro palpando el botín, había unos cinco mil francos. Se los guardó en el bolsillo delantero del pantalón, así como le enseñara su padre. De todos modos, estadísticamente hablando, sería más que improbable que le robaran a un ladrón, pensaba.

Luego de dedicarse a lavar con un resto de detergente, que diluyó con un buen chorro de agua, ollas, platos y sartenes acumuladas desde hacía varios días en la cocina, se disponía a salir hacia el aeropuerto cuando recordó que a mediodía había quedado en pasar por casa de Bargas, quien

tenía, según le dio a entender, un plan importante con el cual saldría por fin a luz el oximorismo en su máximo esplendor. Se trataba, aparentemente, de preparar para dentro de poco tiempo algo relacionado con el fútbol, o por lo menos con Platini, pero habiendo sido telefónica la conversación, Bargas se había mostrado parco en detalles, agregando con esto más confusión a las ya de por sí entreveradas ideas de Bargas.

¿Cómo explicarle a Bargas que de este lado del mundo no sentía la sangre correr por sus venas? Su mente razonaba, pesaba una y otra vez las ventajas de quedarse en Europa, quizás para siempre, pero el solo hecho de pensarlo lo envolvía en una melancolía más densa aún que la neblina montevideana de aquella última noche en el hemisferio Sur. No tenía el coraje suficiente como para enfrentarse con Bargas y comunicarle su decisión, que más que decisión era una especie de abandono, un dejarse llevar por la vida y por la corriente. Buscó en vano un bolígrafo por todos los rincones para dejarle una misiva a Bargas, pero ni lápiz ni bolígrafo aparecieron por ningún lado. Tuvo entonces que deshacer la valija y sacar a relucir la *Olivetti*, que a decir verdad, dormía el sueño de los justos desde hacía varios meses. Colocó en el carrete una hoja blanca y comenzó sin saber muy bien lo que iba a dejarle por escrito. Sabía tan solo que el tiempo apremiaba y que algo debía decir. Por alguna razón que lo sobrepasaba, sentía que la misiva podía tornarse epítafio. Seguramente el Tano estaba en lo cierto con su versión apocalíptica de Buenos Aires, y el regreso fuera entonces la excavación de su propia fosa; pero podía más el llamado del “otro lado” que la cordura y la temperancia. Le fallaba como siempre la lógica: el amor a esa oscura sensación, la de sentirse vivo, era infinitamente superior al deseo de volverse al otro lado, y sin embargo, estaba a punto ya de emprender el regreso. “Bargas:”, escribió. Le hizo bien reconocer el familiar chasquido de la máquina de escribir. Miró la hoja, para inspirarse y vio que esta lo miraba. No

solamente percibió que la hoja lo miraba, sino que también pudo comprobar que su mirada era triste. Tantos meses en desuso habían secado por competo la tinta. Nada de nada, ni siguiera la sombra de una letra. Sacó una vez más la hoja ya un poco arrugada del carril y humedeció la cinta con un trapo mojado. Reinstaló nuevamente la hoja luego de plancharla, colocándola dentro de la guía de teléfonos y sentándose por encima, recomendó: “Bargas...”. Esta vez, la *Olivetti* pareció despertar. Afloraron tímidamente los caracteres de un rojo pálido que no llegaba ni siquiera a ser rosa. Imaginó el rostro sorprendido de Bargas al divisar el colorido de las letras y no pudo contener una sonrisa. “Bargas...” ¿Qué cuernos decirle? Además, teniendo en cuenta lo pálido y rojizo de las letras, le era imposible explayarse demasiado. Había que decir mucho en poco espacio, recordó aquello de los palíndromos, esas frases de ida y vuelta que tanto amaba Bargas, esas que descubrieran en algún cuento de Cortázar, en las que el reverso era verso y el verso, reverso. Decidió que tenía que encontrar esa frase capicúa. El palíndromo definitivo que se mordiera la cola, que comenzara en el final y terminara al principio.

Pocas letras, rojizas, pálidas, pero que cundan de ida y vuelta, como el “Ser a mares” del amigo Bargas, como el “Ser, amar es”, como el “Seres, somos seres”, de esta manera, cabe la posibilidad de un oscuro final que se vuelva claro comienzo, como un amanecer que surge en el punto más oscuro de la noche, y que podría llegar a alegrarle la vida, aunque esta se le fuera por alguna alcantarilla de Buenos Aires, como se les iban las chapitas cuando jugaban al pepsigol.

Había entonces que nombrar a la muerte en un ir y venir de letras que prefiguren una especie de Fénix: la palabra vital que resurja de sus cenizas. Pese a la destreza que poseía, al igual que Bargas, en el arte de la literatura palindrómica, el diptongo “ue” de la palabra muerte impedía toda posibilidad simétrica. La palabra “mortal”, si bien ofre-

cía más posibilidades, no terminaba de convencerlo, ya que los intentos de alguna frase redonda le fallaban continuamente, y ahora el tiempo apremiaba, pues llegaba el punto mágico en el que la noche se vacía de estrellas y muta en día... Luego de manosear y volcar por todos lados la palabra óseo, llegó a construir el palíndromo que reflejaba de forma lo más fide digna posible, aquel estado en el cual sabía que terminaría por caer, en el cual dejaría de ser Hansen para volverse la sombra del Negro Hansen, una sombra más de las que transitan del otro lado del océano; desvaneciéndose ni bien alguien se le acerca, como en un sueño, como una burbuja, como una faceta del ser lo más cercana posible al no ser. Sabía que del "otro lado", no podía durar mucho tiempo sin caer en las fauces de lo que Bargas llamaba el Minotauro, pero iba ciegamente, quizás por curiosidad. Con un poco de suerte, podría zafar de sus garras, era como el vértigo de cantar la faltaenvido sin naipes contundentes.

Dobló en cuatro la hoja con la misiva palindrómica, la puso en el bolsillo, y salió arrastrando la maleta. Ya a esa hora funcionaban los metros y la gente vestida de colores oscuros salía de sus subterráneas bocas ornamentadas de hierros verdosos. Bajó en una de ellas, más para salvarse del frío que para ganar tiempo, y tomó la línea cuatro hasta *Barbès*. Saliendo del metro se dio cuenta de que no era capaz de enfrentar a Bargas. Además, el edificio estaría seguramente cerrado, y con la nueva manía parisina de poner códigos, el ingreso al predio se le complicaba, sin hablar del humor de perros que tendría Bargas a esas horas de la madrugada. ¿Qué hacer entonces? ¿Cómo hacerle llegar esa especie de epitafio capicúa? Epitafio para un ser fantasmagórico, para un ser que sin dejar de estar vivo pasaría a ser sombra, que una vez en las inevitables fauces del Minotauro, ni siquiera sombra de una sombra sería, ni tampoco pesadilla, sino simple y llanamente final de un sueño que se morderá eternamente la cola.

Sacó el papel del bolsillo, lo desplegó con las manos entumecidas por el frío y lo leyó en voz alta, intentando dilucidar si la simetría de los rojizos caracteres tendría su equivalente en la fonética. Trataba Hansen de saber si la voz lograba la misma consistencia que las simétricas huellas dejadas por su destortalada *Olivetti*.

“Ni fósil óseo, ni soñado daño, sino eso: liso fin”

“Cuanto más enigmática sea la misiva que deje, más viviré en el recuerdo” —pensó—. Se encaminó a la oficina de correos de la *rue Clignancourt*. No tenía siquiera un sobre, por lo cual decidió mandarla por medio de un telegrama. Era la primera vez en su vida que intentaba enviar un telegrama, y la idea de esa nueva experiencia, a la hora de su partida, lo llenaba de entusiasmo. Imaginaba la cara de Bargas mostrándoles al Gordo y al Colorado el telegrama, tratando de descubrir el sentido. Quizás al principio ni se darían cuenta que se trataba de una frase capicúa. El hecho que sea un telegrama y no una carta les llamaría en un primer lugar la atención, solo después intentarían descifrar el sentido.

Llegando por la vereda de enfrente a la oficina de correo, vio que en lugar de la habitual puerta de vidrio había una enorme banderola con la inscripción: “En huelga”. “¡Justo hoy! ¿Será un complot de Braulio para evitar que mande mi palíndromo?” —pensó risueño.

Se acercó al piquete con el futuro telegrama en mano.

—No me hagan esto, muchachos, este telegrama sale hoy, o no sale nunca, no hay margen.

—No me va a decir también que es cuestión de vida o muerte, amigo, no estamos aquí en el lejano Oeste. ¿Acaso le corre detrás la policía? —preguntó un flaco sindicalista haciendo sonar una cajita que hacía las veces de alcancía.

Hansen entendió que el ruidito de las monedas entrechocándose era un clarísimo llamado a la solidaridad pecuniaria. El primer reflejo hubiera sido de marcharse *ipso facto*, acostumbrado como estaba a vivir sin un peso encima, cuando recordó el reciente episodio del atraco en el metro. Metió la mano en el bolsillo y sacó algunas monedas de cinco francos, modesta suma que depositó Hansen en la cajita. El flaco, al escuchar el grato sonido de las pesadas monedas cayendo, lo miró con ojos absortos. Se esperaba cualquier cosa menos eso.

—Entre bomberos no nos vamos a pisar la manguera —dijo Hansen enigmático.

Dicha frase, expresada en el precario francés del Negro, no hizo más que aumentar la perplejidad del cartero huelguista.

—De una manera u otra estamos todos en la lucha —siguió—, quien más, quien menos, intentamos vencer al Unicornio. ¿Sería usted capaz de hacer una pequeña brecha temporal en la lucha, una huelga dentro de la huelga, dejándome ingresar en la oficina para mandar mi telegrama? Supongo que pensará que mi don se trataba de una falsa generosidad fríamente calculada, pero créame que no es así.

—No pongo en duda su desinteresada generosidad, pero la asamblea intersindical de anoche votó la huelga por tiempo indefinido. Ahora, dígame, hombre, seré curioso, ¿por qué es para usted cuestión de vida o muerte ese telegrama?

—¿Usted juega al “truco”?

—¿Qué truco? No, amigo, no tengo tiempo ni para jugar al fútbol con hijos, ni para jugar a la lotería, ni siquiera a las carreras de caballos, así que de otros juegos ni hablar, y mucho menos hoy por hoy, que tenemos que ocupar la oficina día y noche.

—No le proponía jugar ahora, le hablaba del truco porque la situación es análoga: en el truco, si yo canto envido y tengo muchos puntos, usted se va a percibir, si es avisado

e intuitivo, que no le estoy mintiendo. En consecuencia me va a dejar a mí con mis naipes inservibles en la mano. Si le miento en cambio y canto con muchos puntos menos, o con ningún punto, usted...

—Déjese de pavadas y dígame la verdad. Yo pertenezco, y de ello me enorgullezco, al servicio público. De modo que, si puedo darle una manito se la daré.

—Es que... bueno, si usted quiere, así será. De cualquier modo, si le mintiera, seguramente usted me creería, y yo me saldría con la mía, en cambio si le digo la verdad, seguro que no me va a creer, pensará que le miento.

—Usted ayudó nuestra causa, si en algo pudiera yo serle útil...

—Olvídese, le ruego, de mi dinero, pero permítame mandar el telegrama. Le seré sincero, le diré la verdad, aunque usted piense que miento: quiero volver a mi país. Como mi valija lo indica voy rumbo al aeropuerto. En cualquier momento me agarra la policía ferroviaria, pero antes de dejar estos parajes quisiera mandarle un telegrama a quienes comparten el destierro conmigo. Si no lo hago, pensarán ya no que me fui de este lado del mundo, sino que simplemente me fui del mundo, y no es mi intención dejar como mensaje un “adiós, mundo cruel”, porque lo cierto es que no sé lo que va a ser de mí. No sé por qué le estoy contando todo esto, tal vez piense que estoy delirando, tal vez alerte usted a la policía ferroviaria.

—¿La policía ferroviaria?

—Sí, me busca la policía ferroviaria.

—¿Usted piensa que yo puedo denunciarlo a la policía ferroviaria? Primero que nada le informo que, por lo menos a mi humilde parecer, no existe tal brigada, e incluso si existiera, ¿cómo yo, hijo de un resistente denunciado por “colaboradores”, podría denunciarlo? Además no quiero saber lo que usted hizo, pero a decir verdad, no tiene pinta de

haber hecho nada que merezca la intervención de la “brigada ferroviaria”. Me guío simplemente por mi intuición y, por lo que veo, usted se asemeja más a una gallina mojada que a un delincuente.

—Le agradezco el apodo apícola, pero ¿cómo procedemos? ¿Acaso me abrirá las puertas de la oficina?

—Imposible, amigo, la decisión de la asamblea general es inapelable, incluso en un caso como este en que la necesidad revolucionaria, por llamarla de alguna manera, así lo requiere. Hagamos una cosa, ¿cuál es su nombre?

—Hansen, me llaman el Negro Hansen.

—Mira, Hansen, no sé ya si es más inverosímil tu apodo o tu perorata... Si no te molesta te voy a tutear, entre camaradas... Dame el texto del telegrama y cuando se levante la huelga yo te lo mando.

—El telegrama tiene que salir hoy. Si desaparezco sin aviso, pensarán... ¡No sé qué pensarán, pero tiene que salir hoy! Si no, no podría irme de este país con la conciencia en paz.

—¿Dónde vive el destinatario del telegrama?

—¿Bargas? A dos cuadras de acá, pero no me atrevo a entregárselo yo mismo. Bargas pensará que mi partida es un suicidio disfrazado, y no lo es; el riesgo es grande, hay un hilo casi invisible que separa a la vida de la muerte y otro aún más fino que la separa de ese otro estado del cual nada sabemos. ¿Dónde están si no los que no están? “El otro lado” está poblado de sombras. Casi todos mis amigos son... no, no son ceniza, son humo, como decía Bargas, son una especie de viento cargado de un eco de voces. Ni son memoria ni son olvido. Si me vuelvo hoy a Buenos Aires, como lo tengo decidido, es más que probable que yo también me vuelva sombra, me vuelva viento y al fin humo. ¿Se preguntará por qué lo hago partícipe de todos mis miedos, de todas mis entreveradas elucubraciones? Fue usted quien así lo quiso: me pidió la verdad. No sé si tengo verdades, llevo un papel

que mutará en telegrama, un mensaje de despedida que en lugar de cerrar las puertas de la certeza, abrirá para siempre las puertas de la duda. La verdad es esta, la verdad es una mentira. La verdad es que no me atrevo a enfrentar al destinatario de la misiva, porque el destinatario, al fin de cuentas, soy también yo mismo. No existe esta situación, ni siquiera es sueño, tampoco pesadilla. No es coherente que un tal Hansen, apodado el Negro, tan rubio como me ve, esté parado aquí en puertas de este correo en huelga, hablando con usted. No existo. Si no resuelvo esta situación, nunca más existiré, ya ni seré el Negro Hansen. Bargas, el destinatario de la misiva, como dice usted, pretende que somos personajes creados por un oscuro demiurgo quien mueve los hilos de nuestra voluntad. Hace unos meses pensaba que él estaba loco, pero poco a poco me voy dando cuenta de que Bargas tenía razón, que como dice la canción que por supuesto usted no conoce “*no soy de aquí, ni soy de allá, no tengo edad, ni porvenir*”...

—Desafinas demasiado, Hansen, mejor sigue hablando, nomás.

—Para usted es todo muy simple, sus calles, sus padres, sus perros, sus plantitas... todo obedece a un orden “egocéntrico”, es decir que todo gira alrededor suyo. De vez en cuando, admito, se sale seguramente un tornillo y se desbarajusta el mecanismo, como por ejemplo si lo echaran de su trabajo tras esta huelga, pero tarde o temprano las cosas se reacomodarían, el perro saldría a buscar el periódico. Las pantuflas, el whisky, la chimenea, todo eso contribuye a alimentar su sistema “egocéntrico”, mientras que yo lo perdí, como toda mi gente. Sigo a la merced de un demiurgo que me niega todo tipo de seña. Se me borraron los puntos cardinales. En el bosque, la nieve escondió los garbanzos de Pulgarcito. Por eso me vuelvo. Antes de encontrar el camino tengo que encontrar los garbanzos. Puede ser que también

allí, del otro lado, me pierda, y si así fuera, será para siempre; pero necesito saber quién soy, no aguento más estar a la merced de la inspiración de ese demiurgo inventado probablemente por Bargas, pero tan real como este sueño. ¿Me sigue?

—¿Demiurgo? ¿Bargas? ¿Garbanzos? ¿Nieve? La verdad, es que mucho no te entiendo, pero lo único que te puedo ofrecer es llevarte al aeropuerto.

—No me entiende, y es normal, tampoco yo me entiendo. Bargas pretende también que no vivimos, que “*la vida es sueño*”, ya que estamos a la merced de ese maldito demiurgo que nos va inventando según su inspiración. Cuesta creerlo, pero me convenció, la única manera de salir de esta espiral es recuperando los garbanzos. Se trata, para mí, de recuperar el céñit volviendo al Sur. Mil gracias por lo del aeropuerto, pero lo que más me urge es el asunto del telegrama...

—Ni una palabra más, acompáñame hasta la casa de tu amigo, y yo, si me permites, me quitaré la gorra (pues oficialmente estoy en huelga y me prohíbo trabajar), iré de civil y entregará el telegrama en manos propias.

—Allá vamos, entonces, es cerquita, tomemos por la *rue de Clignancourt*. Eso sí, le pido encarecidamente que no se saque la gorra, si lo ve sin uniforme, Bargas pensará que usted trabaja para los servicios secretos o algo por el estilo, y lo recibirá seguramente a las patadas limpias. Es menester que no se quite el uniforme, acreditaremos así la tesis del telegrama.

Echó el cartero, con la ayuda del Negro Hansen, algunos listones de madera para avivar la fogata, y marcharon a pie rumbo al domicilio de Bargas, arrastrando la valija entre los dos. La promesa tácita del cartero de conservar el uniforme reconfortó al Negro Hansen, asegurado ya de que la curiosidad de Bargas, sumada a la solemnidad del momen-

to de la entrega del mensaje, harían que este perdurase en el corazón de Bargas y, por extensión, de todos los oximoristas, hasta que los caminos de la vida, o aquellos trazados por el demiurgo, hicieran que la balanza se inclinase hacia el “fósil óseo”, hacia el “soñado daño”, hacia el “liso fin”, o en el mejor de los casos, hacia caminos sin huella previa, donde todo pudiera suceder sin que la mano de ningún demiurgo trazase destinos ajenos.

—Es aquí, segundo piso. Esperemos que entre alguno, no me sé el código de memoria.

—¿Qué código? Acuérdate que soy cartero, tengo la ganzúa que me permite abrir todos los portales del barrio.

—Si Bargas lo mira asustado, entréguele rápido el papelito, dígale como en las películas que se trata de un telegrama urgente, luego márchese sin decir nada. Yo lo espero en esta esquina... y si sigue en pie su propuesta de llevarme al aeropuerto, acepto encantado. ¡Con lo que pesa esta maleta!... Le juro que desde el otro lado del océano le erigiré un monumento.

—No hará falta el monumento, tampoco hará falta mi sésamo. Va saliendo alguien por la puerta. ¿Segundo piso, dijiste?

—Sí, segundo a la derecha.

Subió el cartero con el papel en la mano. Tuvo que golpear varias veces, hasta que por fin Bargas entreabrió la puerta.

—Cartero soy, le hago entrega de este telegrama.

Bargas lo miró con ojos exorbitados, como si se tratase del mismo Lucifer.

—¡Braulio, lo manda Braulio! ¿A estas horas, correo? No espero telegrama alguno. Si está armado, ya me puede ir matando; si está desarmado, salga corriendo antes que lo saque yo a las patadas.

—Cálmese, buen hombre. Paso a estas horas porque le estoy haciendo un favor a su amigo Hansen. No debería trabajar hoy, ya que estoy en huelga. No sé, ni quiero saber quién es el Braulio ese. Le dejo su misiva y *arrivederci Roma*.

—¡Váyase!...

Antes que terminara la frase Bargas, estaba el cartero, ya sin la gorra, escaleras abajo.

—Vamos al aeropuerto, Hansen. Tu amigo, efectivamente, es un troglodita. Casi me mata, pensando que me mandaba Braulio... Cuídate Hansen, perdona que me entrometa, pero a pesar de que hace solo media hora que nos conocemos, me permito aconsejarte: piénsatelo dos veces antes de volver a tu país, tú mismo dijiste que la cosa está que arde.

—Ya está pensado, más que pensado, decidido: caiga quien caiga, me vuelvo.

—Si ese es tu profundo deseo, vamos. El auto está a un par de cuadras.

Salieron en dirección al aeropuerto, el Negro Hansen miraba las calles parisinas, consciente de que cada vuelta de esquina era también un adiós. Cuando el cartero lo estrechó en un abrazo, el Negro sintió que la suerte estaba echada. París quedaría para siempre dentro de él, tan lejos y tan cerca de su corazón.

15... Del otro lado del otro lado...

La cruda luz lo encandilaba. Aunque más que de luz, podría hablarse de estado luminoso, ya que la luz proviene siempre de una fuente, mientras que en este caso, no había fuente luminosa alguna. Sin embargo, el halo irradiaba al máximo por todas partes. No había muebles, ni puertas, ni ventanas, y las desnudas paredes eran blancas e impolutas.

Allí estaban: eran unos cuantos e iban vestidos de largas túnicas todavía más blancas que las paredes. En lugar de rostros, gigantescos pulgares emergían sobre sus hombros. Bailaban y se contorsionaban al son de una música ternaria en la que brillaban clarinetes, trompetas y kalimbas, sobre una base de chillones cascabeles y de rudos tambores. Una fuerza intrínseca los impulsaba a emprender lánguidas ondulaciones que desembocaban más tarde en frenéticos saltitos. Convertíanse estos en giros acrobáticos, pasaban luego por una fase de ritmicos movimientos de “cabeza-pulgar”, en contrapunto con las lentas oleadas de brazos y piernas. Alternaban gestos calmos y gráciles con otros vertiginosos y bestiales que desafiaban la ley de gravedad. Emitían extraños sonidos con agudísimas voces. No paraban de moverse continuamente de un lado a otro, parecían desenfrenadas hormigas sin paradero.

En el centro de aquel recinto, a pocos metros de Bargas, había un hombre en gabardina. Permanecía cabizbajo y silencioso. La luz desdibujaba sus facciones. Bargas trataba en vano de utilizar sus manos a modo de visera, pero cuanto más lo intentaba, más la luz lo enceguecía. Danzaban todos

ellos alrededor del hombre de la gabardina, como si fueran demonios o emanaciones del pensamiento. Nada distinguía a unos de otros, eran tantos y ninguno. A pesar de que carecían de rostros, Bargas podía sentir sus miradas. No eran de reprobación, ni de miedo, tampoco de pasión, ni de desdén, eran, sí, miradas ausentes, miradas sin ojos y sin mirada, como volcanes apagados.

—¿Tiene frío? —preguntó Bargas.

La pregunta era estúpida, y lo sabía; le salió sola. Su voz tampoco tenía el tono ronco habitual, mutó chillona como los cascabeles de la invisible orquesta. A toda costa intentaba Bargas asirse a lo poco de humanidad que existía en aquel hermético mundo.

“Oyendo su voz, viendo su rostro, saldré de este blanco infierno y volveré a mi bargolaberinto”, pensó.

Redoblaron con creces bronces, maderas, parches y kalimbas, y su pregunta quedó flotando en el aire. El inmóvil epicentro de tan alocada coreografía siguió tan mudo como impávido. Por un instante, Bargas creyó encontrarse frente a un espantapájaros, cuya parte más humana era aquella sucia gabardina.

“Si mi voz no responde, tal vez puedan ver mis ojos.”

Enfrentó entonces al omnipresente fulgor y dejó caer lágrimas que no eran de tristeza sino de ardor, dispuesto a darle vida por fin al espantapájaros.

“Si aguento este fulgor con estoicismo, seré demiurgo. Habrán salido de mi mente no solo estos demonios saltarines, sino también algo humano, pero tengo que enfrentarme con su mirada, saber quién es, saber quién se esconde tras la gabardina.”

—¿Tiene frío? —insistió.

Esta vez la voz surgió grave, confundiéndose con los tambores que comenzaban a su vez a desmoronarse como caballos desbocados.

Alrededor del espantapájaros, los gigantescos pulgares le impedían a Bargas descubrir la faz escondida de aquella silueta. Poco a poco, la caída de su voz acarreó también uno a uno la caída de los híbridos demonios.

Así como los tambores fueron menguando, también menguaron los siniestros danzarines. Cuando Bargas estuvo a punto de zamarrear la oscura silueta para descubrir su identidad, levantó la cabeza y comprobó aliviado que no había ya en torno suyo demonio alguno. Las paredes ya no eran más blancas, en cambio, enormes manchas anaranjadas, violetas, azules y verdes, cubrían toda la extensión de los muros y el cielo raso. Las manchas se movían y cambiaban de forma, como nubes coloridas.

Al fin le pareció oír una voz que salía de la gabardina. Hablaba en una lengua extraña que, por alguna misteriosa razón, Bargas comprendía. Las palabras le eran perfectamente inteligibles.

—Lo importante del viaje no es la distancia sino el camino —dijo la gabardina.

Por un instante, Bargas creyó reconocer la cálida voz del Negro Hansen, y esta vez las lágrimas fueron de tristeza. Era como si de repente los miles de kilómetros que lo separaban del Negro y de su gente se hubieran transformado en polvo.

—¿Hansen?

De la gabardina salió la misma voz. Surgieron las mismas palabras llenas de consonantes impronunciables pero no aparecía el rostro. Ya no había ni siquiera manos, ni torso, ni pies. Finalmente constató Bargas que bajo la gabardina no había probablemente cuerpo alguno. Solo una voz, una lengua extraña, y el abismo del camino recorrido.

La gabardina descansaba ya, rodeada por montones de nubes coloridas. ¿Qué hacer, entonces? ¿Patearla como la chapita de Pepsi de su infancia? ¿Aplastarla? ¿Ponérsela y salir de aquel infierno sin puertas ni ventanas? ¿Qué hacer

con esa voz que le recordaba tanto al Negro Hansen? ¿Independientemente de la gabardina seguiría existiendo aquella voz? ¿Aparecería el alma de Hansen debajo de la gabardina?

Bargas se dejó llevar por un irrefrenable impulso, abalanzándose hacia la prenda que descansaba vacía, patéticamente abandonada en medio de aquel recinto. El gris oscuro de la sucia franela contrastaba con el vivo colorido de las nubes en los muros. Con un pie aprisionó una de las mangas y con las dos manos atrapó un bolsillo, tironeando fuertemente hasta desgarrarlo por completo. Callaron definitivamente los tambores y la orquesta. Sobre vivía tenue la melodía pentatónica de la kalimba, y la voz del Negro seguía hablando de distancias y caminos. Su otro pie aplastó la solapa mientras se dio a arrancar uno a uno los botones metálicos. Enroscó luego el manto e hizo un fuerte nudo con las ya pisoteadas mangas. Mordisqueó luego la franela por doquier, hasta atragantarse con las hilachas. Ya sin fuerzas, arrojó el bulto sin mirar por dónde. El abrigo cayó inerte en un rincón. Bajo una nube naranja en forma de pájaro, la gabardina amorfa yacía triste como un atardecer.

“Poco me importa Dios —se dijo—, necesito una verdad, aunque esta verdad sea mentira”.

Levantó Bargas por última vez el enorme trapo, y cuando ya no se lo esperaba, alcanzó fugazmente a ver unos ojos. De la kalimba quedaba solo un murmullo, tan fino como las hilachas de la gabardina. La voz del Negro Hansen, imperturbable, señalaba caminos recorridos.

Despertó Bargas sobresaltado al oír el sonido de su propia voz, que repetía en sueños: “De todos los crepúsculos, el más lejano es el mar”. No sabía si hablaba en sueños o despierto. Afuera nevaba como nunca, pero Bargas estaba sofocado de calor a causa de la fiebre. Se quitó el poncho, se dirigió a la ventana y, a pesar de la nieve, la abrió de par en par. El

Colorado y el Gordo seguían profundamente dormidos.

—Bargas, sacame de aquí, no puedo más de tanto crepúsculo —imploró el *Pasamurallas* en un ahogado murmullo que se confundía con el viento.

“Pensar en infinitivo. Reventar el cemento que lo enjaula. Respirar la nieve a grandes bocanadas. Olvidar.”

En la placita desierta, algunos metros debajo de la ventana todavía abierta, prisionero del cemento, del acero y de la nieve, el *Pasamurallas* aullaba ya sin la ayuda del viento, con sus huecos ojos vivos, fijos en Bargas mirando la nada.

Prefacio al postfacio de Daniel Gatti

Apenas terminé esta novela, decidí mandarle el manuscrito a mi amigo Daniel Gatti, cuyo mote por aquellos tiempos era Gordo Suñé (la única razón de dicho apodo era que no había para ello el más mínimo motivo: podría haberse llamado el Tuerca Galván o Chirolita Flores, pero lo llamábamos así y, a pesar de ser flaquíssimo, el apodo le iba como un guante), para pedirle, aprovechando su talento literario, un prefacio o postfacio para esta edición.

Con la derrota del Minotauro, nuestras lejanías se hicieron llevaderas, dejaron como un gusto siempre amargo, pero a la vez dulzón. Yo me quedé luego de la segunda dispersión, la del desexilio, como el niño que en el medio de un partido se lleva la pelota a su casa y deja a sus compañeros y adversarios con las ganas de seguir jugando.

Me llevé nuestros nombres, nuestros apodos, nuestra incipiente e inofensiva locura, y lo plasmé en estas páginas, pero me quedó un poco la sensación de haberme apropiado de algo que no era exclusivamente mío.

Durante el exilio, todos llevábamos más de un Negro Hansen colgado de alguna ausencia. Desde el primer esbozo de esta novela, pasaron muchos años hasta que llegué a lo que podría haber llamado Fin, pero que mi instinto palíndromo prefirió llamar "Ni fin ni fin", como queriendo dejar una puerta siempre entreabierta, por si de algún rincón del Otro Lado pudiera surgir algo inesperado. Y aquello surgió, de la pluma del Gordo salió este ave.

Pablo Nemirovsky

Suñé solo bien se lame

A Suñé nunca pudo constarle que hubiera sido Bargas quien le bajó el copete, le destrozó el ego y lo devolvió al terrenal mundo del que por un tiempo sintió que había zafado. En el infiernillo que se había automodelado y del que ya no quería separarse, Bargas ocupaba el pedestal.

Lo veía como el demiurgo de su impotencia, el hacedor metódico de su locura, el Atila de su soberbia comodidad burguesa.

Cuanto más pensaba y trataba de remontar el Rubicón para identificar el momento exacto de la debacle, más caía Suñé irremediablemente en los ejercicios de “instrospec-cionaje” a los que lo convocabía Bargas cada vez que lo veía bajoneado, y que terminaban –una vez sí y otra también– por liquidarlo. “Vamos a autocalibrarte, Gordo, lo necesitás”, le decía Bargas en esas ocasiones.

Suñé aceptaba, e invariablemente rumbeaban para el *Luxemburgo*, así estuvieran en *La Défense*. El pacto no dicho era que en el camino no se hablaran, aunque les llevara horas llegar, y que al pisar el Jardín lo primero que hicieran fuera dar tres vueltas a la fuente y capturar cuatro sillas y un montón de piedritas. Se sentaban cada uno en una silla, cuidadosamente elegida para que las hendijas permitieran el pasaje de las piedras pero no tanto como para que no hubiera desafío, agarraban el montoncito de piedras y lanzándolas trataban de hacerlas pasar entre las barras de otras sillas que colocaban enfrente. El “Stone Chaise” no los apasionaba

ni los divertía, pero era la ocasión para que Bargas jugara al psicoanalista y Suñé se desplomara.

Solo el Gordo hablaba, Bargas escuchaba y de cuando en cuando sentenciaba algo. “Cuando te introspecciónás, te sentís ventrílocuo de vos mismo, Gordo, dejá esos circunloquios que a nada te llevan y empezá a ser otro, a revivir: es lo que precisás, Gordo, creeme”, sentenció por ejemplo Bargas en su primera incitación al autocalibraje de Suñé. Y fue la condena del Gordo.

Hoy, en la tierra oriental que muchos años atrás lo vio pasar como un hado y que ahora lo cuece en su hervor, Suñé recuerda aquellos “introspecciónajes” como el comienzo de su fin. Aquel soberbio que vivía mirándose el ombligo, aquel Adonis al que –decía– “los demás” necesitaban llamar Gordo para exorcizar su propia mediocridad, fue dejando en los oídos de Bargas toda pretensión, toda voluntad, todas ganas de ser.

De a poco, Suñé se vació.

Cuando piensa en aquel Bargas socarrón que poco le decía – apenas recuerda un “así te quiero, Gordo, abyecto y fugaz” o un “vencerás, Gordo, y serás sillones”, que él atribuía a la vacuidad infinita de su amigo–, Suñé se aferra al 33 bis, uno de los hexagramas del I Ching Criollo que más habitualmente le tocaba en suerte: “Para pacer en los grandes charcos, extermina a tu propia vinchuca”. Era cosa hecha.

Daniel Gatti

Este libro se terminó de imprimir
en Buenos Aires, primavera 2012,
para el festival El Otro Lado – Buenos París Aires.